



Universidad Autónoma de Querétaro
Facultad de Psicología
Maestría en Psicología Clínica

La neurosis obsesiva, de la teoría de la defensa a la función paterna

TESIS

Que como parte de los requisitos para obtener el grado de la
Maestría en Psicología Clínica

Presenta:

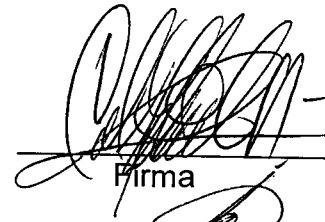
María Laura Sandoval Aboytes

Dirigido por:

Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez

SINODALES

Mtro. Carlos Gerardo Galindo Pérez
Presidente



Firma

Mtra. Rosa Patricia Núñez Lemus
Secretario



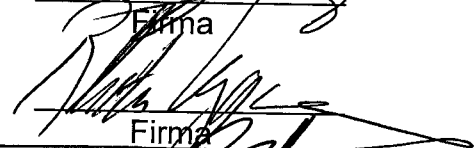
Firma

Mtra. Ma. Cristina Gutiérrez Gutiérrez
Vocal



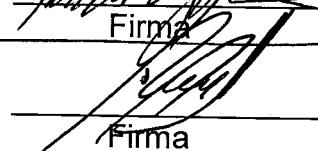
Firma

Dra. Rebeca Contreras Vázquez
Suplente

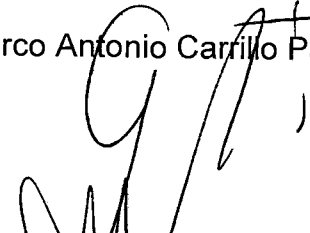


Firma

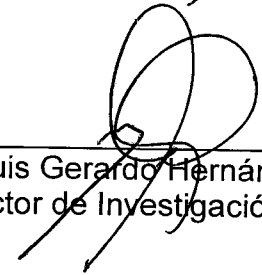
Mtro. Marco Antonio Carrillo Pacheco
Suplente



Firma



Mtra. Ma. Guadalupe Rivera Ramírez
Directora de la Facultad de Psicología



Dr. Luis Gerardo Hernández Sandoval
Director de Investigación y Posgrado

Centro Universitario
Querétaro, Qro. México
Mayo de 2006.

BIBLIOTECA CENTRAL UAO

No. Adq. H63662

No. Título _____

Clas. TS

616.85227

S218n

Resumen

En el Hombre de las Ratas, si una función trata de reconstruir, es la función paterna. Función que da la pauta a que la neurosis obsesiva sea ubicada a partir de la agresión que se suscita en relación con ella. Agresión considerada constitutiva de la función narcisista, lugar por excelencia donde se erige la conformación del sujeto. Hay un anhelo en el obsesivo, la de dar muerte al padre, única salida que posibilita la condición edípica y abre el paso a la ubicación en el contexto del sujeto, del sujeto del deseo. Freud asigna a la función paterna un rol de soporte del deseo del sujeto, normalizaste en la identificación. Es en el mito de Edipo, donde la función paterna desde una lectura del significante, aparece como iniciadora de lo que llama: complejo de castración, misma que da lugar a la metáfora paterna (Nombre-del-Padre). El obsesivo se enfrenta con su deseo, con la muerte, ambos conceptos encuentran posición en la relación y correspondencia con el padre en el contexto del testimonio de la palabra de la madre, de su deseo, deseo del Otro sobre el Padre.

(Palabra Clave: Función del Padre, Neurosis Obsesiva, Hombre de las Ratas.)

Summary

In *The Man of the Rats*, if a function tries to reconstruct, it is the parental function, which sets the standard so that the obsessive neurosis can be found from the aggression that is provoked in relation to this function. The aggression of which it is spoken is considered constituent of the narcissist function, place of excellence where the conformation of the subject is born. Exactly in the obsessive subject, there is a yearning, the one to give death to the father, the only exit which makes possible the edipic condition and opens the path to the location in the context of the subject, of the desire's subject; Freud assigns to the paternal function, a roll of support of the subject's desire, normalize in the identification. It is in the myth of Oedipus where the paternal function from a reading of the significant one appears as initiator of what it is called: complex of castration, which gives place to the paternal metaphor (Name-of-the-Father). The obsessive one faces its desire, the death, both concepts find position in the relationship and correspondence with the father in the context of the testimony of the mother's word, of its desire, desire of the Other over the Father.

(Key Words: Paternal function, obsessive neurosis, Man of the Rats.)

Para *Laura Daniela*

Índice

	Página
Introducción	1
I.- Formación de síntoma	
I.1. De la formación del síntoma en la histeria	4
a) El trauma y la seducción	4
b) La defensa o teoría de la represión	9
c) Trauma versus Fantasía	12
I.2. De la formación del síntoma en la neurosis obsesiva.	13
a) Seducción	13
b) Represión. Defensa primaria y secundaria.	16
I.3. Un modelo. El de la histeria aplicado a la neurosis obsesiva	20
a) El modelo	20
b) El modelo de la sustitución. ¿En dónde queda la representación?	23
c) El acto fallido y el chiste, su relación con el síntoma obsesivo	26
d) El síntoma y la formación del sueño.	33
II.- Complejo de Edipo	
II.1 El complejo de Edipo	36
a) Primeras aproximaciones al complejo de Edipo	36
II.2 El complejo de Edipo a través del Superyo	41
a) El totém y el complejo de Edipo	43
b) Hacia donde apunta el tótem	45
c) El tabú y su concomitancia con el totém	48
d) El surgimiento del Superyo	51

II.3 El complejo de Edipo Femenino.	54
II.4 Castración simbólica y castración imaginara	61
III.- La Función del Padre	
III.1 El padre en Freud	73
III.2 Concepto de falo y metáfora paterna	79
III.3 El síntoma como una metáfora	86
a) Necesidad de castigo y conciencia de culpa	90
IV.- La Función Paterna en la neurosis obsesiva	
IV.1.- El síntoma en la neurosis obsesiva	95
IV.2.- La deuda impagable	100
IV.3.- El obsesivo y su deseo	106
IV.4.- El obsesivo y la muerte	111
IV.5.- La Función Paterna	114
Conclusiones	125
Bibliografía	128

Introducción

Es en el complejo de Edipo, donde se edifica la formación de un síntoma en la neurosis. Pero ¿cómo es el complejo de Edipo en la neurosis obsesiva? ¿se debe presumir que hay un papel especial para cada uno de los progenitores, para la madre y para el padre? ¿sólo es la relación madre hijo, la que decreta la estructura psicológica de un sujeto? ¿cuál es la función, el papel o la acción del tercero, del padre? ¿para qué existe el padre? ¿qué es lo que él determina? ¿cómo su entrada y asentamiento establece una estructura patológica? ¿realmente es el padre, quién establece la patología de su hijo? ¿es posible tener una definición del padre en la neurosis/estructura obsesiva? Todas estas preguntas serán guía en este trabajo de tesis, que seguirá el papel de la función del padre en las neurosis obsesivas, desde una lectura en Freud y Lacan.

La función paterna está en el principio del psicoanálisis, es al padre a quien se le adjudica la causalidad psíquica. En los primeros artículos de Freud, se encuentra la seducción por el padre o por algún sustituto de él, planteamiento del cual se desprenden los "Estudios sobre la histeria". Posteriormente y bajo todo un desarrollo teórico propone el "*complejo nuclear*", antes de ser nombrado, por primera vez en 1910 como complejo de Edipo en su obra "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. (Contribuciones a la psicología del amor I)". Es en este mito de Edipo que Freud revela la función paterna como iniciadora de lo que llama complejo de castración.

Lacan en "El mito individual del neurótico", propone para el padre un rol patógeno, asigna a la función paterna un rol de soporte del deseo del sujeto, normalizante en la identificación. En el mito de Edipo, el acento normativo está subrayado y puesto en primer plano. Siendo el padre el portador del falo, quien puede contener la potencia oscura del sexo femenino. El padre se ofrece como soporte de una identificación para el sujeto que va en el sentido del deseo, pero a

costa del precio de la rivalidad respecto de la madre, su consecuencia es el deseo de asesinato en el niño.

La elección del tema, se debe al interés por definir al padre, su función en la neurosis en general y en particular en el obsesivo. De esta manera, se pretende dar lectura a uno de los apartados relevantes del psicoanálisis, la función del padre misma anclada en el deseo del neurótico. Por lo anterior, en el capítulo primero se presenta la constitución del síntoma en la teoría psicoanalítica, en específico en la neurosis obsesiva. Esta última entidad aislada por Freud en los años 1894-1895, donde la señala como una innovación nosográfica al lado de la histeria, como una afección autónoma e independiente. Freud comenzó por analizar el mecanismo de las obsesiones, llevándolo a plantear sus puntualizaciones con relación a los síntomas descritos desde hacía tiempo: sentimientos, ideas, conductas compulsivas, etc.

Freud planteó las características psicopatológicas de la neurosis obsesiva, primero desde el punto de vista de los mecanismos de desplazamiento del afecto hacia representaciones más o menos alejadas del conflicto original, aislamiento y anulación retroactiva. Segundo, desde el punto de vista de la vida pulsional, ambivalencia, fijación a la fase anal y regresión. Tercero, desde el punto de vista tópico, desde la relación sadomasoquista interiorizada en forma de tensión entre el Yo y un Superyó singularmente cruel.

Las aportaciones del psicoanálisis con relación a la neurosis obsesiva, se han orientado más sobre la estructura obsesiva que sobre los síntomas, consintiendo ubicar la función del padre en esta estructura, lo que al mismo tiempo permite entender la conformación de los síntomas en esta neurosis. En el capítulo dos, se señalan las vicisitudes en la instauración del complejo de Edipo en el niño y en la niña, situación determinante para la asunción de la castración y la ubicación del Superyó (acérrimo en su función con el obsesivo). Se explora la implantación del complejo de castración, misma que remite en el obsesivo a la posibilidad de ser

identificado como falo, y al mismo tiempo a la imposibilidad de ser objeto. Con esta huella, el obsesivo pretende alcanzar el deseo de su madre insatisfecha bajo la mirada del padre.

En el capítulo tres de este documento se precisará con mayor detalle la concepción del padre en Freud y en Lacan, así como la castración atravesada al concepto de falo y a la metáfora paterna, como una contingencia de dar nombres desde lo simbólico al padre, o más bien a los padres (Nombre-del-Padre). Subrayando en este apartado, el texto freudiano desde la lectura de J. Lacan, permitiendo observar la primacía del orden simbólico sobre lo imaginario y el real, así como sus incidencias en el contexto edípico, mismas que al acercarse a la idea de qué es el Nombre-del-Padre dará significación al hijo a partir del deseo de la madre, de aquello que falta en ella, es decir, del falo simbólico.

Finalmente en el capítulo cuatro, se abordará la función del padre en la neurosis obsesiva a través del Hombre de las Ratas, será rescatado el complejo paterno en el gran temor obsesivo, así como a través del síntoma. El síntoma del Hombre de las Ratas recoge el dicho de la madre sobre el padre. Aspecto que se destaca en la presentación de Serge Laclaire sobre dos casos: Philón y Jérôme, desenredando la relación del obsesivo con su deseo y con la muerte, ambos conceptos donde se encuentran correspondencia con el padre y aparece el testimonio de la palabra de la madre sobre la del padre.

I.- Formación de síntoma.

I.1. De la formación del síntoma en la histeria.

a) El trauma y la seducción.

Para acercarse a posibles respuestas a las preguntas planteadas en la introducción, este capítulo esboza la formación de síntoma en la histeria, pero ¿por qué en la histeria? Freud en sus primeros trabajos se ocupa de la histeria porque en ella descubre algo que lo cautiva, lo atrapa: *el deseo y la fantasía (su deseo)*. Es a partir del concepto de "*fantasía*", por donde se encamina a la construcción de la propuesta de "*realidad psíquica*", misma que albergará el deseo inconciente dado, conector de una nueva disciplina: el psicoanálisis; concebida desde la intervención clínica con sus pacientes y en él mismo. Este es el motivo por el cual se retoman los iniciales planteamientos en Freud sobre la construcción del síntoma en la histeria. Considerando que en el inicio, su modelo fue lo conducente para reflexionar y retomar la formación del síntoma en esta neurosis, así como en la neurosis obsesiva.

Freud parte en un inicio de los planteamientos de J. Breuer, de quién escuchó el relato de Anna O. (Bertha Pappenheim), así como la declaración de éste, con relación a no volver a atender pacientes jamás. A invitación de Freud, presentan un documento conjunto, "Estudios sobre la Histeria" (1893-1895), del cual es evidente el trabajo que realiza Breuer en la "Comunicación Preliminar", donde logra plasmar algunas de sus ideas en torno a la concepción de la histeria, el trauma y las diferentes facetas del "gran ataque histérico". Siendo notorio en el resto del libro, la escritura en la que se moldean las primeras concepciones freudianas.

Freud en los inicios del trabajo clínico con sus pacientes, utilizó la sugestión hipnótica directa. No obstante que se encontraba muy entusiasta con este método,

estaba un tanto vacilante con su empleo, al constatar que algunos pacientes no respondían a la hipnosis. Así en el trabajo con sus pacientes en 1889, y a la par con el desarrollo de la génesis de los síntomas histéricos, comenzó a utilizar el método catártico de evocación del recuerdo y abreacción. Encuentra en el método de la abreacción, la posibilidad de que el paciente reaccione frente al acontecimiento traumático, evitándole conservar una cantidad de afecto importante, de tal suerte, que esta reacción posea un efecto catártico. Con la catarsis se establece el antecedente técnico del método psicoanalítico propiamente dicho, basado en la asociación libre, es decir, en la palabra y el lenguaje. Por otra parte en este momento, Freud empezó a considerar que en la relación que había con sus pacientes existía una "*tercera figura*" (Chertok, L. y Raymond De Saussure. 1980: 170), empezando con ello a delinear la transferencia.

Freud a través de la labor clínica, reveló la importancia de la expresión verbal en los acontecimientos que rodean las *causas traumáticas*, expresión que permite liberar a los pacientes de los síntomas histéricos. El método apoyado en el hipnocatártico consistía en posibilitar al paciente el surgimiento de un relato, mismo que algunas veces remitía a ciertos acontecimientos relacionados con posibles causas de la enfermedad; invitando de esta manera al paciente a relatar todo lo que supiera sobre la causa de la enfermedad, todo aquello recordado sobre los orígenes y posibles causas de sus síntomas.

A través de la intervención, Freud encontró en algunos de sus pacientes traer a la conciencia gran parte del recuerdo del suceso ocasionador, en la conciencia aparecía aquello que sus enfermas en la vigilia no podían recordar, pero ¿qué era lo que la histérica no recordaba?

Con la intención de dar explicación a la formación del síntoma, Freud propone la existencia e intervención de un trauma psíquico (*causas traumáticas*), significado desde el trauma, la histeria se entiende como el producto de una causa lejana en el tiempo, como efecto de un acontecimiento desconocido y remoto

acaecido en la vida afectiva del sujeto: un fenómeno cuya causa última es el trauma. Concibiendo el trauma como un acontecimiento, con frecuencia de carácter doloroso, que provoca el síntoma patológico. Sin embargo, el trauma tiene la característica de considerarse como un agente provocador en el recuerdo; lo que hasta entonces no había sido observado y según Freud, le otorga a su descubrimiento un *"alto interés práctico"* (Breuer, J. y S. Freud [1893-1895/1980b]: 32).

El síntoma histérico no se vincula con el trauma por medio de una sencilla relación de causa efecto. La causa traumática establece su incidencia actuando de manera continua en calidad de *"cuerpo extraño"*, ejerciendo sobre el sujeto una *"acción eficaz y presente"*, incluso mucho después de haber ocurrido. El trauma remite a una causa no descargada por vías psíquicas normales.

Como se observa el síntoma histérico se transforma en un proceso más que en efecto independiente de su causa. Mientras que dicho *"cuerpo extraño"*, -llamado así porque aún después de su inserción tiende a ser considerado como de eficacia presente-, revela su presencia como una sobrecarga afectiva, motivada por una adecuada *"descarga de reacción"*, bien sea porque se trata de un acontecimiento doloroso e intolerable o porque su manifestación resulta inoportuna. Considerando que, al no ser convenientemente descargado, es decir, al ser reprimida la reacción traumática, *"el afecto permanece conectado con el recuerdo"* Breuer, J. y S. Freud [1893-1895/1980b]: 34). Un recuerdo sin afecto concomitante no puede producir ningún efecto. En cambio el trauma, al no haber tenido una descarga correspondiente, continuará siendo eficaz.

En el "Proyecto de Psicología" (1895), Freud formula una propuesta teórica del funcionamiento psíquico, introduciendo en ella un enfoque cuantitativo, una especie de economía de la energía nerviosa y además una psicopatología de aquello que pueda ser útil a la psicología normal.

Por lo anterior en la parte II del "Proyecto de Psicología", sobre "Psicopatología", propone la existencia de la compulsión histérica, que es ejercida por una *representación hiperintensa*, de la cual no se comprende nada. Dice que este tipo de representaciones aparece en todas las personas, pero en la histeria tiene una peculiaridad por que "*nos resultan llamativas por su rareza*" Breuer, J. y S. Freud [1893-1895/1980b]: 395). A diferencia de una compulsión neurótica simple se considerará que esta representación hiperintensa en la histeria, es incomprendible, indisoluble al trabajo de pensar e incongruente.

La diferencia entre la compulsión neurótica simple y la compulsión histérica, es que la primera es comprensible y congruente, aunque al igual que la segunda es indisoluble al trabajo de pensar, lo que a decir de Freud, este último carácter no puede llamarse totalmente patológico. Refiriendo un pasaje clínico a manera de ejemplo, ilustra la categoría simple de la compulsión neurótica, "*un hombre se ha arrojado de un carruaje corriendo peligro y después no pude viajar más en el carruaje*" (Freud, S. [1950-1895/1982a]: 395), mostrando por medio de este ejemplo, la congruencia y comprensión de la compulsión.

Apoyándose en un modelo compuesto por representaciones (**A-B**), con la intención de explicar las compulsiones histéricas, Freud señala que una vez esclarecida está queda solucionada; explica, a través del análisis, la representación hiperintensa **A** provoca una reacción como puede ser el llanto mismo, manifestación que aparentemente es incongruente y absurda, porque quien la padece no sabe por qué llora. Sin embargo después de un análisis se establece la existencia de una representación **B**, la cual con justicia es capaz de provocar la reacción <llanto>, esta representación se repite hasta esperar una "*complicada operación psíquica*" (Freud, S. [1950-1895/1982a]:396).

Ambos caracteres **A** y **B** son en esencia uno solo. El individuo no sabe que hubo una vivencia que consistió en **B+A**. **A**, era una circunstancia colateral devenida en substitución de **B**, como símbolo histérico. "*El histérico que llora a raíz de A, no*

sabe nada de que lo hace a causa de la asociación **A-B** ni que **B** desempeña un papel en su vida psíquica. Aquí, el símbolo ha sustituido por completo a la cosa del mundo " (Freud, S. [1950-1895/1982a]:396). **A** es compulsiva, **B** está reprimida [desalojada] (al menos de la conciencia) (Freud, S. [1950-1895/1982a]:397). La represión atañe por entero a una representación que al yo le despierta un afecto penoso (displacer), porque la representación proviene de la vida sexual.

En este punto Freud se refiere a la *proton seudos*, ilustrada por un ejemplo, el de Emma y su compulsión a no poder ir sola a una tienda. En el esclarecimiento en torno a la compulsión considera un recuerdo de la infancia: a los doce años fue a una tienda, encontró a dos empleados, uno de ellos se ríe y sale de la tienda presa del terror; el pensamiento de Emma fue que los empleados se reían de su vestido. Hay un segundo recuerdo en ella, siendo una niña de ocho años, fue dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas, y éste le pellizco los genitales. Aquí se encuentra el trauma reunido a una escena de seducción.

En la "Carta 52" (1896), Freud anota que la histeria es consecuencia de una perversión del seductor, destacando en este sentido la importancia del papel que juega el padre en este hecho. Sin embargo, atribuye en este momento a la herencia un papel fundamental para la enfermedad, la cual es generacional, se presenta en la primera generación la perversión y en la segunda la histeria. Lo anterior, se considera como una de las condiciones de la seducción y el trauma, claramente perturbador por su carácter sexual, y al mismo tiempo ocasionador de un desprendimiento de afecto.

Por otra parte, hay manifestaciones de afectos displacenteros, investiduras incitadoras de una defensa primaria, la cual puede ser normal o puede ser patológica. Normal en el sentido de una descarga por medio del llanto, la palabra o la motricidad, como una medida natural de la persona por deshacerse de algo que la perturba. Patológica, Freud muestra que en el caso de la histeria, por medio de un suceso ocasionador se constituye la defensa como formación de símbolo o huellas

nmémicas, las cuales son *descifradas* en el análisis. Poniéndose al descubierto el efecto de sustitución de una representación a otra "*la conversión*", la forma en que la compulsión es correspondiente a la represión, y la amnesia como un desmedido esfuerzo por olvidar dentro de la conciencia.

b) La defensa o teoría de la represión.

Para Freud es perfectamente normal que el sujeto se aparte de aquellos pensamientos que generen *displacer*. Propone dos formas de defensa: la normal y la patológica o *represión histérica*.

Por la forma de la defensa, podría suponerse el interés de Freud estrictamente en la histeria, pero es importante considerar que no es de esta manera, ya que la clínica lo remite a otras formaciones. En el "Manuscrito K" (1896), expone como base de la neurosis de defensa y la implicación que el proceso defensivo tiene en ella: "*la inclinación de la defensa se vuelve nociva cuando se dirige contra representaciones que pueden desprender un displacer nuevo también siendo recuerdos, como es el caso de las representaciones sexuales. Es que aquí se realiza la única posibilidad de que, con efecto retardado [nachträglich], un recuerdo produzca un desprendimiento más intenso que a su turno la vivencia correspondiente. Para ello sólo hace falta una cosa: que la vivencia y su repetición en el recuerdo se interpole en la pubertad, que tanto acrecienta el efecto de despertar [de aquella]*" (Freud, S. [1896/1982a]: 261). De tal manera, hace énfasis en un proceso que muestra el elemento ocasionador y la manifestación de la defensa.

En este sentido indica la existencia de un mecanismo psíquico, en el entendido de que antes de la pubertad no se produzca ninguna irritación sexual importante. En el Manuscrito, Freud se pregunta cuáles son las condiciones para que se produzca una neurosis o una perversión; para él constituye un "*enigma psicológico*" (Freud, S. [1896/1982a]:261). Además queda la pregunta de dónde

proviene el displacer que una estimulación sexual prematura está destinada a desprender, y sin el cual no se explicaría una represión (esfuerzo de desalojo).

Freud atribuye como fuerzas más inmediatas, la vergüenza y la moralidad, a raíz de la vecindad natural de los órganos sexuales, lo que despertará asco a partir de la vivencia sexual. Pero explica que hay patologías en donde no existe vergüenza alguna, ninguna moral, donde el asco es embotado por las condiciones de vida, en ese caso considera que no hay represión. Su apreciación es que dentro de la vida sexual tiene que existir una fuente independiente de desprendimiento de displacer; que puede dar vida a las percepciones de asco y prestar fuerza a la moral. Considerando con especial énfasis que por un lado se encuentran aquellas representaciones que resultan ser inconciliables (las sexuales), y por la otra, las ideas como un grupo de representaciones conciliables a partir del comercio asociativo de la conciencia, como sistema ideológico y moral.

En este sentido, Freud señala cual debe ser el proceso de la enfermedad: *“La trayectoria de la enfermedad en la neurosis de represión es en general siempre la misma. 1) La vivencia sexual (o la serie de ellas) prematura, traumática, que ha de reprimirse. 2) Su represión a raíz de una ocasión posterior que despierta su recuerdo, y así lleva a la formación de un síntoma primario. 3) Un estadio de defensa lograda, que se asemeja a la salud salvo en la existencia del síntoma primario. 4) El estadio en que las representaciones reprimidas retornan, y en la lucha entre estas y el yo forman síntomas nuevos, los de la enfermedad propiamente dicha; o sea, un estadio de nivelación, de avasallamiento o de curación deforme.”* (Freud, S. [1896/1982a]: 262). En esta época, Freud subraya que las diferencias principales entre las diversas neurosis se manifiestan en la forma en que las representaciones reprimidas retornan; otras se revelan en el modo de la formación de síntomas. Sin embargo, el carácter específico de las distintas neurosis reside en cómo es llevada a cabo la represión.

En el estudio sobre la defensa y represión es importante definir dos conceptos fundamentales en la construcción freudiana: la inscripción y la representación, mismos que permiten definir el espacio, es decir, la concepción tópica en la que se lleva a cabo el proceso de la represión y esclarece el orden del registro.

La inscripción, se refiere a un grabado indescifrable para el sujeto. Registro que gobierna desde lejos, ya que irrumpe en él y es rebelde a toda toma de conciencia. La representación por su parte corresponde al contenido del recuerdo. En la "Carta 52", Freud le hace saber a W. Fliess que el material preexistente experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retranscripción {*Umschrift*}: *"Lo esencialmente nuevo en mi teoría es, entonces, la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos."* (Freud, S. [1896/1982a]:274)

Destaca que las transcripciones que se siguen unas a otras constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. En la frontera entre dos de estas épocas, las del trauma, se ocasiona la traducción del material psíquico. Entonces, las peculiaridades en la psiconeurosis consisten en el hecho de no producirse la traducción para ciertos materiales, con las consiguientes consecuencias: Si la base firme es la tendencia hacia la nivelación cuantitativa, cada reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía de ella el proceso de excitación. Freud plantea la existencia de un desprendimiento de displacer generado por una traducción, como si este displacer convocará una perturbación de pensar que no permite el trabajo de traducción. *"La denegación {*Versagung*} de la traducción es aquello que clínicamente se llama <represión>".* (Freud, S. [1896/1982a]:276)

De esta manera Freud propone la existencia de una defensa normal a causa de un desarrollo de displacer, y una defensa patológica que sólo existe contra una huella mnémica todavía no traducida en una fase anterior. *"El suceso sexual en una fase produce entonces efectos como si fuera actual y es, por tanto, no inhibe en una*

fase siguiente. La condición de la defensa patológica (represión) es, entonces, la naturaleza sexual del suceso y su ocurrencia dentro de una fase anterior” (Freud, S. [1896/1982a]:277).

c) Trauma versus Fantasía.

Con la convicción de que la Teoría del Trauma es la explicación de las neuropsicosis de defensa, es en el “Manuscrito M” (27 de mayo 1897), donde Freud dará lugar a dudas y respuestas a través del concepto de fantasía: *“Las fantasías se generan por una conjunción inconciente entre vivencias y cosas oídas, de acuerdo con ciertas tendencias. Estas tendencias son las de volver inasequible el recuerdo del que se generaron o pueden generarse síntomas” (Freud, S. [1987/1982a]:293).*

Considera que la formación de fantasías acontece por combinación y desfiguración análogamente a la descomposición de un cuerpo químico que se combina con otro. La primera desfiguración consiste en la falsificación del recuerdo por fragmentación, en lo cual son descuidadas las relaciones en el tiempo, lo que depende precisamente, de la actividad del sistema conciencia. Así, un fragmento de la escena vista es reunido en la fantasía con otro de la escena oída, mientras que el fragmento liberado entra en otra conexión. De esta manera, un nexo originario se vuelve inhallable.

La formación de fantasías se constituyen a partir de fragmentos de lo vivenciado y oído, pero entendido con posterioridad, surgen *“poetizaciones inconcientes, que no sucumben a la defensa” (Freud, S. [1987/1982a]:293).* Si crece la intensidad de una de estas fantasías, no puede menos que conquistar el acceso a la conciencia, justamente por el quebrantamiento de la defensa.

De manera breve Freud señala en la “Carta 57” (1897), que en la resolución de la histeria le faltó considerar una nueva fuente de la que deriva un elemento nuevo de producción inconciente, se refiere a la *fantasía histérica*, originada en

épocas tan tempranas que incluso podría ubicarse entre los seis y los siete meses, son cosas que los niños oyeron y con posterioridad entendieron. Las fantasías son genuinas en todo su material, son edificios protectores y al mismo tiempo sirven de descargo. Pero hay una segunda propuesta en la "Carta 61" (1897), en el sentido de que el producto psíquico en la histeria es afectado por la represión, no son los recuerdos, sino unos impulsos que derivan de las escenas primordiales.

Finalmente en la "Carta 69" Freud concluye: "*Ya no creo más en mi <neurótica>*" (Freud, S. [1987/1982a]: 301), entre las razones para no creer más, se encuentra la imposibilidad de comprender la existencia de padres perversos en todos los casos, incluso en el suyo. Considera imposible que la perversión contra niños esté difundida hasta ese punto, ya que la perversión tendría que ser ilimitada. Otro aspecto relevante es la aseveración respecto al inconciente, como una entidad en la que no existe signo o viso de realidad, en donde no puede distinguirse la verdad de la ficción investida. A partir de este momento, Freud deja el hecho real como suceso de la seducción, para ampliar la lectura del trauma desde la fantasía, instaurando como eje rector "*la realidad psíquica*".

I.2. De la formación del síntoma en la neurosis obsesiva.

a) Seducción.

Freud en el "Manuscrito D" (1894) plantea un esquema en su línea de desarrollo, en la cual incluye a la neurosis obsesiva, la señala en términos de su morfología parecida a la histeria. La morfología, la forma en que se constituyen, consiste justamente en que ambas son parte de las neuropsicosis de defensa. Cabe indicar que en este momento para Freud, ambas patologías: la histeria y neurosis obsesivas tiene su origen etiológico en la sexualidad infantil. Sin embargo, para especificar sobre el mecanismo de la formación del síntoma en la neurosis obsesiva, es necesario darle seguimiento al concepto de representación.

En el "Manuscrito H" (1895), la representación obsesiva es catalogada por Freud como una perturbación puramente intelectual al igual que la representación delirante; dice que la representación obsesiva es inconciliable e inadmisibile a la asociación, es decir, el contenido es sustituido pero el afecto se conserva. Freud en un inicio se refiere a las representaciones obsesivas, para explicar al mismo tiempo los mecanismos de las formaciones obsesivas, posteriormente, le da el estatus de neurosis como entidad a las formaciones obsesivas, agrupándolas como parte de las neuropsicosis de defensa, aunque implícitamente fórmula el concepto de representación obsesiva.

Freud en el "Manuscrito K" (1986), señala que existen cuatro tipos de psiconeurosis, estableciendo una comparación entre histeria, neurosis obsesiva, una forma de paranoia y la amentia alucinatoria aguda. Lo que tienen en común es que: *"Son aberraciones patológicas de estados afectivos psíquicos normales: del conflicto (histeria), del reproche (neurosis obsesiva), de la mortificación (paranoia), del duelo (amentia alucinatoria aguda)"* (Freud, S. [1896/1982a]: 260). Lo que todas ellas llevan a un daño permanente del yo, porque los afectos no llevan tramitación alguna.

Se señaló en párrafos anteriores, que no es exclusivo el interés por la histeria, sino que las observaciones y construcciones realizadas por Freud son más amplias, por ello retoma otras afecciones entre ellas la neurosis obsesiva. En el citado "Manuscrito K", aborda el mecanismo de la neurosis obsesiva, desde la óptica del trauma; dicho mecanismo se refiere a la circunscripción de la experiencia de seducción dentro del placer. Fue activa (en el niño) o pasiva (en la niña), sin injerencia de dolor, ni asco, lo cual en la niña supone una edad mayor (hacia los ocho años). Esta experiencia *vivenciada con placer en la neurosis obsesiva, y recordada después*, ocasiona el desprendimiento de displacer; al comienzo hay *reproche* conciente, e incluso parece que en ese momento fue conciente el complejo psíquico íntegro -recuerdo reproche-.

Ambos recuerdo-reproche, son reprimidos y en su lugar se forma en la conciencia un síntoma contrario con un matiz de escrupulosidad de la conciencia moral. En otro documento del año 1896, "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa", señala dos estados de la defensa en la neurosis obsesiva: la primaria y la secundaria, los cuales se abordarán con mayor detalle en el siguiente inciso, con objeto de precisarlos en el contexto del tema de esta tesis. Por otra parte cabe resaltar, Freud señala en este artículo que antes de la vivencia activa de placer, hubo una puramente pasiva, al conjugarse se genera displacer que se suma al recuerdo de placer posibilitando la represión.

En el trabajo de "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa" (1896), alude a cada una de las psiconeurosis, indica que la histeria sólo se vuelve inteligible reconduciendo los síntomas a las vivencias de traumas psíquicos con contenido sexual, vivencias ocurridas en la niñez temprana, en donde hubo el efecto de una irritación sexual de los genitales, parecida a un coito, esta experiencia específica de los histéricos, tuvo que darse de forma *pasiva*. En este pasaje es relevante resaltar las dudas depositadas en el papel real del seductor, al mencionar que no son las vivencias mismas las que poseen efecto traumático, sino sólo su *"reanimación como recuerdo, después que el individuo ha ingresado a la madurez sexual"*. (Freud, S. [1896/1981c]: 165)

En los mecanismos de las neurosis obsesivas, las vivencias sexuales de la primera infancia no poseen el mismo significado que en la histeria. Es en la neurosis obsesiva existe una agresión ejecutada con placer y una acción sexual participativa que se sintió de igual forma como placentera; es decir, se trata de una actividad sexual. *"Por lo demás, en todos mis casos de neurosis obsesiva he hallado un trasfondo de síntomas histéricos que dejan reconducir a una escena de pasividad sexual anterior a la sensación placentera"* (Freud, S. [1896/1981c]:169). Lo cual lo lleva a suponer que en una acción agresiva, estuvo una vivencia de seducción. Pero en un momento Freud señala no tener con precisión el mecanismo etiológico de la

neurosis obsesiva, sin embargo propone que la bifurcación entre histeria y neurosis obsesiva se encuentran en el desarrollo de la libido.

b) Represión. Defensa primaria y secundaria.

¿Cómo se elige una neurosis? ¿de dónde proviene un displacer que una estimulación sexual está destinada a desprender y deriva en una represión? La elección de la neurosis, fue para Freud un problema irresuelto por muchos años. Tratando de darle una salida al problema, plantea la necesidad del cumplimiento de dos condiciones para la conformación de la neurosis: que sean de índole sexual y que suceda en el período anterior a la madurez sexual. Con este planteamiento descarta el hecho de que la herencia comande la elección de la neurosis de defensa.

La existencia de una tendencia defensiva normal consistente en evitar el displacer, entrama esta tendencia con las constelaciones más fundamentales del mecanismo psíquico (Ley de Constancia). No pueden ser vueltas contra las percepciones, pues estas saben conquistar atención (atestiguada por conveniencia); sólo cuentan contra el recuerdo y la representación de pensar.

Después de estudiar las neurosis obsesivas y las neurosis de angustia, Freud, en su artículo sobre "Las neuropsicosis de defensa" (1894), pudo establecer una modificación importante a su teoría de la histeria, importante porque es a partir de esta afección, que se logró construir la estructura de cada una de las neuropsicosis. Considera necesario introducir en la teoría de la histeria la noción de una escisión de la conciencia con formación de grupos psíquicos separados, aunque destaca el factor característico de la histeria, como la aptitud para la conversión. En el núcleo de este grupo psíquico, se encuentran las representaciones reprimidas presente en las fobias y representaciones obsesivas, en ambas permanece la alteración en el ámbito psíquico y la ausencia de inervación somática.

Retornando al "Manuscrito K", en particular sobre aquellos casos donde no aparece en la conciencia el contenido mnémico por sustitución, sino únicamente el afecto de reproche por mudanza, hecho que llama la atención por el desplazamiento a lo largo de una cadena de razonamientos, pero bajo la premisa de que el primer miembro de esta cadena está reprimido. La obsesión se dirige al segundo o el tercero miembro de la cadena y da por resultado dos formas de delirio de ser notado, que pertenecientes a la neurosis obsesiva. Normalmente el desenlace de la lucha defensiva, se presenta mediante una manía general de duda o mediante la plasmación de una existencia extravagante, con innumerables síntomas de la defensa secundaria. También propone en este Manuscrito la idea de una vivencia pasiva y activa, como condición clínica de las neurosis obsesivas. Sin embargo, señala que en el tiempo la vivencia pasiva debió no estorbar a la vivencia de placer. En este caso, la represión se hace presente al encontrarse en un estado del retorno de lo reprimido.

Freud abordará la defensa en este mismo sentido en las "Nuevas puntualizaciones de las neuropsicosis de defensa" (1896), la retoma para proponer una defensa primaria y secundaria en la neurosis obsesiva. Señala que la naturaleza de la neurosis obsesiva admite ser expresada en una fórmula simple: las representaciones obsesivas son reproches mundanos, retornan de la represión (desalojo) y están referidos siempre a una acción de la infancia, una acción sexual realizada con placer.

Freud propone una trayectoria típica de la neurosis obsesiva: un primer período (período de ingreso anticipado en la maduración sexual) el de la inmoralidad infantil en donde se encuentran los sucesos con el germen de la neurosis posterior. Plantea en la más temprana infancia las vivencias de seducción sexual que posibilitan la represión; y después un segundo período correspondiente a las acciones de agresión sexual contra el otro sexo, apareciendo bajo la forma de acciones reproche. El recuerdo de aquellas acciones placenteras se anuda a un reproche y el nexa con la vivencia inicial de pasividad, posibilita reprimir ese reproche

y sustituirlo por un síntoma defensivo primario. "*Escrúpulos de la conciencia moral, vergüenza, desconfianza de sí mismo, son esos síntomas con los cuales empieza el tercer período, de la salud aparente, pero, en verdad de la defensa lograda.*" (Freud, S. [1896/1981c]:170)

El periodo denominado: "*de la enfermedad*", se caracteriza por el fracaso de la defensa, por el *retorno de los recuerdos reprimidos*. El fracaso se debe a que los recuerdos sobrevienen de manera casual o por perturbaciones sexuales actuales. Los recuerdos reanimados son alterados al igual que los reproches, deviniendo concientes como representación y afecto obsesivo sustituyendo al recuerdo patógeno en el vivir conciente, dando paso a las formaciones de compromiso entre las representaciones reprimida y las represoras.

Para definir con acierto el proceso de represión, el de retorno de lo reprimido y el de la formación patógena de compromiso, Freud sugiere por un lado, unos supuestos sobre el sustrato del acontecer psíquico y de la conciencia; por el otro lado, propone dos formas de neurosis obsesiva, según obtengan su ingreso a la conciencia, ya sea de contenido mnémico de la acción reproche o del afecto reproche a ella anudado.

El primer caso de las formas de neurosis obsesiva, las representaciones obsesivas típicas, corresponde al proceso mediante el cual el contenido atrae sobre sí la atención del enfermo y como afecto se percibe un displacer impreciso, en tanto que al contenido de la representación obsesiva sólo le convendría el afecto reproche. Asimismo, el contenido de la representación obsesiva, está desfigurado respecto del que tuvo la acción obsesiva en la infancia en dos formas: la primera, porque un contenido actual sustituye el pasado y, la segunda, porque el contenido sexual está sustituido por un análogo no sexual, por medio de modificaciones atribuibles al yo.

El segundo caso, las formas de neurosis obsesiva, corresponde a la conquista en la vida psíquica conciente no del contenido mnémico, sino del reproche,

ambos igualmente reprimidos. El afecto-reproche puede cambiarse a un afecto displacentero de cualquier otra índole para que sea conciente, es decir se muda en vergüenza, angustia hipocondríaca, angustia social, angustia religiosa, delirio de ser notado, angustia de tentación.

Junto a estos síntomas de compromiso – retorno de lo reprimido – fracasa la defensa (primaria) originalmente lograda. De la escrupulosidad de la conciencia moral se forman una serie de síntomas totalmente diversos. El yo se defiende de estos retoños del recuerdo inicialmente reprimido y crea una serie de síntomas agrupados por la *defensa secundaria*; Constituyéndose como síntomas que combaten tanto las representaciones como los afectos. Este síntoma de compromiso es el retorno alterado de los recuerdos reanimados con sus reproches formados, que vienen a la conciencia como representación y afecto obsesivo, son formaciones de compromiso entre las representaciones reprimidas y las represoras.

Si estos síntomas consiguen reprimir los retornos, darán paso a una tercera forma de la neurosis obsesiva, la de las *"acciones obsesivas"*. Es decir que en la defensa secundaria, por un lado hay un desvío total contra los pensamientos *"compulsión de cavilar"*, *"pensamientos suprasensibles"* y *"compulsión de pensar y la manía de la duda"*; por otro lado, frente a los afectos se despliegan medidas en extremo protectoras susceptibles de mudarse en acciones obsesivas, como son las medidas expiatorias, fobias, superstición meticulosidad pedante, acrecentamiento del síntoma primario de los escrúpulos de la conciencia moral, miedo a traicionarse, aturdimiento. *"Que la representación obsesiva y todo cuanto de ella deriva no halle creencia [en el sujeto] se debe a que a raíz de la represión primaria se formó el síntoma defensivo de la escrupulosidad de la conciencia moral, que de igual modo cobro vigencia obsesiva. La certidumbre de haber vivido con arreglo a la moral, durante todo el período de la defensa lograda, impide cree en el reproche que está envuelto en la representación obsesiva. Los síntomas patológicos del retorno reciben también creencia sólo pasajeramente, a raíz de la emergencia de una representación obsesiva nueva y, aquí y allí, en estados de agotamiento melancólico del yo. La*

<compulsión> de las formaciones psíquicas aquí descritas no tiene absolutamente nada que ver con su reconocimiento por la creencia, y tampoco se debe confundir con aquel factor que se designa como <fortaleza> o intensidad de una representación. Su carácter esencial es, antes bien, que no puede ser resuelta por la actividad psíquica susceptible de conciencia; y el carácter no experimenta cambio alguno porque la representación a que la obsesión adhiere sea más fuerte o más débil, esté más o menos intensamente <iluminada>, <invertida con energía>.” (Freud, S. [1896/1981c]:174)

I.3. Un modelo. El de la histeria aplicado a la neurosis obsesiva.

a) El modelo.

En “Las neuropsicosis de defensa” (1894), Freud menciona que los procesos son iguales para la histeria, las fobias y las representaciones obsesivas, sin embargo hay caminos que las separan: en la histeria el modo de volver inocua la representación es trasponer a lo corporal la suma de excitación, para lo cual designa el nombre de conversión; está puede ser total o parcial y se presenta en aquella inervación motriz o sensorial que mantenga un nexo, más o menos íntimo con la vivencia traumática. *“Acercas del camino que lleva a la génesis del síntoma neurótico, me he formado una opinión que acaso en las abstracciones psicológicas usuales se podría expresar así. La tarea que el “yo defensor” se impone, tratar como “non arrivée” {no acontecida} la representación inconciliable, es directamente insoluble para él; una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a la representación están ahí, ya no se los puede extirpar. Por eso equivale a una solución aproximada de esta tarea lograr convertir esta representación intensa en una débil, arrancarle el afecto, la suma de excitación que sobre ella gravita. Entonces esa representación débil dejará de plantear totalmente exigencias de trabajo asociativo; empero, la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo.”* (Freud, S. [1894/1981c]: 50)

De esta manera el yo exento de contradicción, ha echado sobre sí un lastre de un símbolo mnémico, comparado por Freud con un parásito. Indica que la huella mnémica de la representación reprimida {esfuerzo de desalojo}, no ha sido sepultada, sino forma un grupo psíquico segundo. El planteamiento, al parecer, conlleva la idea de una escisión de la conciencia, como lo había estipulado Janet a consecuencia de un acto voluntario del enfermo. Sin embargo, para Freud no es exactamente la idea de Janet: *"no sostengo que el enfermo se proponga producir una escisión de su conciencia; su propósito es otro, pero él no alcanza su meta, sino que genera una escisión de conciencia"*. (Freud, S. [1894/1981c]: 48)

Con relación a la histeria, se proponen tres formas. La de defensa, en donde la concepción de que la histeria se genera por la represión, viene desde la fuerza motriz, es la defensa de una representación inconciliable, reprimida persistiendo como una huella mnémica débil, y el afecto que se le removió es empleado para una inervación somática. La segunda forma es la hipnoide, en donde una representación sobrevendrá patógena por el hecho de que ella, es concebida en un particular estado psíquico que permanece de antemano fuera del yo. Respecto a la tercera forma de retención, en la cual ha de hallarse en el fondo una porción de defensa, que ha esforzado todo el proceso hacia lo histérico.

En estos tres tipos de histeria, lo importante a resaltar es la defensa de una representación inconciliable. Justamente por presentarse su represión, la representación se vuelve causa de síntomas patológicos, es decir, la representación se vuelve por sí misma patógena. Freud, observó en sus pacientes con psiconeurosis, un caso de inconciliabilidad en su vida de representaciones *"...es decir, hasta que se presentó a su yo una vivencia, una representación, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación le oponía"* (Freud, S. [1894/1981c]: 49).

Las representaciones nacen del vivenciar y sentir sexual, los pacientes se acuerdan con precisión de sus empeños por “ahuyentar”, empujarlas lejos, de no pensar en ellas. Pero el olvido no se logra, conduce a diversas reacciones patológicas que provocaron una histeria, una representación obsesiva o una psicosis alucinatoria.

En el caso de las representaciones obsesivas, indica Freud, se trata de pacientes en los que no está presente la capacidad convertidora y para defenderse de una representación inconciliable, comienzan un divorcio entre ella y su afecto, siendo necesario que ese afecto permanezca en el ámbito psíquico. En este caso, dos representaciones quedan fuera de la conciencia, pero su afecto libre, el cual se adhiere a otras representaciones no inconciliables, es por este falso enlace que deviene representaciones obsesivas.

La fuente de la que proviene el afecto penoso se encuentra dentro de un enlace falso y en la vida sexual, resultando un afecto penoso de la misma índole, el adherido a la representación obsesiva. Freud insiste en que la vida sexual es la ocasionadora de la emergencia de las representaciones inconciliables.

Una vez que hay una separación entre la representación sexual y su afecto, el enlace de este último se lleva a cabo con otra representación adecuada pero no inconciliable, subrayando que son procesos que acontecen sin la intervención de la conciencia. Las representaciones obsesivas demuestran estar plenamente justificadas, porque en ellas hay un enlace secundario del afecto liberado que se puede aprovechar de cualquier representación, por su naturaleza son compatibles con un afecto de esa cualidad, guardando ciertos vínculos con la representación inconciliable. En las representaciones obsesivas señala Freud *“las representaciones reprimidas constituyen también aquí el núcleo de un grupo psíquico segundo, que, a mi parecer, es asequible aun sin el auxilio de la hipnosis”* (Freud, S. [1894/1981c]: 56). Cabe destacar que en las fobias y las representaciones obsesivas, no aparecen los síntomas llamativos de la histeria, los cuales acompañan la formación de un

grupo psíquico independiente; esto se debe a la permanencia de la alteración en el ámbito segundo y el vínculo entre excitación psíquica e inervación somática no ha experimentado cambio alguno.

Teniendo en consideración que las representaciones obsesivas, la histeria, así como ciertos estados de confusión alucinatoria se reúnen bajo las neuropsicosis de defensa por tener en común el mecanismo psíquico de la defensa inconciente, en donde el yo del enfermo fracasa en el intento de reprimir una representación inconciliable, Freud en "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa" (1896), confirmó que es la defensa el punto central de esta neurosis, estableciendo un sustento teórico a su clínica.

b) El modelo de la sustitución. ¿En dónde queda la representación?

Es en la segunda aportación sobre las neuropsicosis de defensa *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896), Freud realiza conclusiones de la primera parte de estos dos trabajos sobre las neuropsicosis, entre otras se encuentra las referidas a <defensa> y <represión>; que no son lo mismo, el yo se defiende, luego reprime. En este artículo examina con mayor detenimiento qué es lo que hace operar la defensa y en todos los casos concluye en una vivencia sexual traumática, en la histeria es pasiva, en la neurosis obsesiva es activa, a pesar de que esta última cuenta con un trasfondo de pasividad. En todos los casos siempre se advierte de la presencia de un adulto como agente de seducción, el cual incita un suceso traumático ocurrido antes de la pubertad; el resultado es la enfermedad de manera posterior a ese periodo.

Al abandonar el supuesto de una seducción real, la reafirmación de que el agente y la escena de seducción se inscriben en la fantasía, Freud señala, en la vida sexual infantil, las fantasías sexuales serán un elemento fundamental en la etiología de las neurosis. Mientras el recuerdo del trauma infantil tendrá mayor impacto que la

propia experiencia de trauma, asimismo los mecanismos utilizados como defensa, son los que van a dar su particularidad a cada una de las neuropsicosis.

Freud hace un distingo importante entre los recuerdos reales y las fantasías, respecto a la escena traumática, sin embargo no se debe perder de vista el papel de la seducción, el cual será significativo para sus posteriores aportaciones en torno a la definición de la etiología de las neurosis.

La defensa y la represión bajo el marco de representaciones inconciliables y conciliables, tendrá una consecuencia la formación de las representaciones obsesivas. A partir de la represión, Freud afirma que sólo las representaciones de contenido sexual pueden ser reprimidas. Pero ese representar de contenido sexual se traduce en las vivencias de la infancia, dando como resultado procesos de excitación semejantes a los que provoca el vivenciar sexual mismo. Con la pubertad, o mejor dicho con la maduración sexual, que es anterior a la misma, hay mayor capacidad de reacción del aparato sexual, por eso el recuerdo ejerce una reacción mayor que cuando ocurrió la vivencia.

Al describir la trayectoria típica de la neurosis obsesiva por períodos plantea lo siguiente: Un primer período, el de la inmoralidad infantil, donde ocurren los sucesos que contienen el germen de las neurosis posteriores, sucede en la más temprana infancia, son las acciones de agresión sexual contra el otro sexo, además, se trata de vivencias de seducción sexual que luego posibilitan la represión. Las representaciones aparecen bajo las formas de acciones de reproche, es decir que aquellas acciones placenteras se anudan a un reproche, el nexo con la vivencia inicial de pasividad posibilita reprimir ese reproche y sustituirlo por un síntoma defensivo primario, escrúpulos de la conciencia moral, vergüenza, desconfianza de sí mismo, son esos síntomas con los cuales empieza el período de la defensa lograda.

El período siguiente, el de la enfermedad, se singulariza por el retorno de los recuerdos reprimidos, por el fracaso de la defensa; la aparición de esos recuerdos

sobreviene más a menudo de manera casual o espontánea o a consecuencia de las perturbaciones sexuales actuales. Ahora bien, los recuerdos reanimados y los reproches formados desde ellos ingresan alterados a la conciencia; por lo que aparece como representación y afecto obsesivo sustituyendo al recuerdo patógeno. Es decir, que la representación queda sustituida por las formaciones de compromiso, entre las representaciones reprimidas y las represoras. Situación que muestra la representación sexual y su afecto, así como el enlace de este último con otra representación adecuada, pero conciliable. Procesos que acontecen sin la intervención de la conciencia.

Las representaciones obsesivas demuestran estar plenamente justificadas, porque en ellas hay un enlace secundario del afecto liberado que se puede aprovechar de cualquier representación que por su naturaleza son compatibles con un afecto de esa cualidad. Con relación al destino de la representación y el afecto, Freud proponen tres formas para explicar el mecanismo de las neurosis obsesivas, según sea su ingreso a la conciencia. Las dos primeras formas están determinadas por el contenido mnémico de la acción-reproche, o por el afecto reproche a ella anudado. En ambas formas el contenido de las representaciones obsesivas cuentan con un afecto de displacer impreciso, el contenido de la representación obsesiva sólo trae consigo un afecto de reproche. El contenido de la representación obsesiva está doblemente desfigurado por modificaciones del yo, en un principio porque algo actual reemplaza a lo pasado y por que lo sexual está sustituido por un análogo no sexual.

Una segunda forma de explicar el mecanismo de la neurosis obsesiva, se produce cuando lo que se conquista es una subrogación en la vida psíquica conciente, en el entendido de que no es el contenido mnémico reprimido, sino el reproche reprimido. El afecto de reproche puede mudarse en un afecto displacentero de otra índole, de esta manera, el afecto no encuentra obstáculos en su camino y en lugar del reproche se muda fácilmente en vergüenza, en angustia hipocondríaca, religiosa, o de tentación. Con los síntomas de compromiso – retorno de lo reprimido - la neurosis obsesiva forma una serie de otros síntomas, el yo al defenderse de

aquellos retoños del recuerdo inicialmente reprimido, crea unos síntomas que se agrupan bajo el título de <defensa secundaria>. La defensa secundaria frente a las representaciones obsesivas puede tener un desvío hacia un contenido de pensamiento lo más contrario a la compulsión de cavilar, a la compulsión de pensar y examinar, a la manía de la duda y a las acciones ceremoniales.

c) El acto fallido y el chiste, su relación con el síntoma obsesivo.

Para este apartado se retoma el libro de Freud, *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), donde a partir de algunos sucesos personales, tratados a manera de ejemplos, señala sobre el olvido temporal de nombres propios, los cuales aparecen como episodios triviales y de escasa importancia práctica, que sin embargo provienen de un fracaso de una función psíquica. En el intento de recuperar el nombre olvidado, aparecen en la conciencia otros – nombres sustitutivos –, y estos, aunque enseguida se tienen como incorrectos, tornan a imponerse con gran tenacidad, tal es el caso de las ideas del obsesivo, las cuales se le imponen. En el caso del obsesivo su pensamiento se halla constantemente fijo a ideas extrañas a su interés normal. Estas ideas (representaciones obsesivas) por sí mismas carecen de todo sentido, son indiferentes para el individuo al que se le imponen, lo más frecuente es incluso que sean totalmente absurdas. De cualquier manera lo característico de estas ideas impuestas, representa un punto de intensa actividad intelectual que agota al obsesivo, el cual se ve obligado contra su voluntad a preocuparse incesantemente en torno a tales ideas, como si fueran los asuntos centrales de su existencia. Las ideas impuestas al obsesivo detentan un contenido temible, en algunas ocasiones el pensamiento del obsesivo planea crímenes, de los cuales horrorizado huye, defendiéndose por medio de toda clase de prohibiciones, renunciamientos y limitaciones de su libertad.

Regresando al proceso destinado a reproducir el nombre que se busca, este se ha desplazado {descentrado}, hasta un sustituto incorrecto. La premisa de Freud es que el desplazamiento no es dejado al libre albedrío psíquico, pues obedece a

unas vías calculables, el nombre o los nombres sustitutivos mantienen un nexo con el nombre buscado, rastreando ese nexo se podrá abundar sobre el proceso del olvido. Se agrega un motivo a todos los factores capaces de producir un olvido y se aclara el mecanismo de recordar fallido. También para el recordar fallido son indispensables predisposiciones, ellas crean la posibilidad de que el elemento reprimido se apodere por vías asociativas del nombre buscado y arrastre consigo la represión.

Las condiciones para el olvido de un nombre con recordar fallido, son: 1) cierta predisposición para su olvido; 2) un proceso de sofocación transcurrido poco antes, y 3) la posibilidad de establecer una asociación extrínseca entre el nombre en cuestión y el elemento antes sofocado. Esta última condición se cumple, en la mayoría de los casos, debido a que los requisitos a cumplir por la asociación son mínimos. Freud considera otro problema de más profundo alcance, saber si la asociación extrínseca puede ser condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre que se busca, o sea, si hace falta todavía un nexo más íntimo entre los dos temas. Descubre que los elementos asociados de manera extrínseca (el reprimido y el nuevo) poseen por añadidura un nexo de contenido. Por tanto, el mecanismo del olvido de los nombres consiste, en que al intentar recordarlo, la reproducción es perturbada por una secuencia de pensamientos ajena y no conciente por el momento.

Freud considera conveniente separar por principio el caso de olvido de nombres con recordar fallido, de aquellos otros en que no acudieron nombres sustitutivos incorrectos. Aclara que este tipo de olvido, el de los nombres propios, es igual que el presentado ante el olvido de palabras extranjeras, este último también está motivado por la represión. Lo común en todos los casos es que lo olvidado o desfigurado ha entrado en conexión por algún camino asociativo, con un contenido inconciente del pensamiento, del cual parte el afecto que se hace visible como olvido.

En su *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud señala una denominación más, referida a los recuerdos encubridores como recuerdos de la infancia. “Los recuerdos indiferentes de la infancia deben su existencia a un proceso de desplazamiento {descentramiento} son el sustituto, en la reproducción [mnémica], de otra impresión afectiva sustantiva cuyo recuerdo se puede desarrollar a partir de ellos por medio de un análisis psíquico, pero cuya reproducción directa está estorbada por una resistencia. Puesto que deben su conservación, no a su contenido con otro reprimido, tiene fundados títulos al nombre de <recuerdos encubridores>, con el cual los he designado.” (Freud, S. [1901/1980f]:48). Otra perturbación del dicho, que se manifiesta como trastrabarse, puede ser causada, en primer lugar, por el influjo de otro componente del mismo dicho, o sea por una anticipación o prolongación del sonido; en segundo lugar por otra versión dentro de la oración o del texto, que uno intenta declarar.

Un elemento a resaltar en su construcción de la *Psicopatología de la vida cotidiana* es el de la condensación, el trabajo es el mismo que en los sueños en donde el contenido manifiesto, al igual que las cosas o las representaciones palabras de los actos fallidos, son resultado de una representación mixta de compromiso. “Ahora bien, en mi libro *la interpretación de los sueños* he puesto de relieve el papel que desempeña el trabajo de condensación en la génesis del llamado contenido manifiesto del sueño a partir de los pensamientos oníricos latentes, en efecto, una semejanza cualquiera entre las cosas o las representaciones-palabras de dos elementos de material inconsciente es tomada como ocasión para crear un tercer elemento una representación mixta de compromiso y que a raíz de ese origen suyo tantas veces estará dotada de determinaciones contradictorias entre sí. La formación de sustituciones y contaminaciones en el trastrabarse es, pues, un esbozo de aquel trabajo condensador al que hallamos como diligente constructor del sueño.” (Freud, S. [1901/1980f]:62)

A propósito del olvido, de impresiones y designios, Freud hace un distingo entre olvido de impresiones y vivencias –un saber—y el olvido de designios –un

hacer-, para ambas el olvido resultó fundado en un motivo de displacer. La tesis de que la falta de atención es la responsable de los olvidos, no alcanza a explicar la operación fallida, resulta para el caso del designio que ya fue aprobado, pero su acción de desplazo para un momento más adecuado, el designio no ejecutado, no fue olvidado, sino revisado y cancelado ¿por quién?. Indica que en personas sanas, no neuróticas, se encuentran abundantes indicios de que una fuerte resistencia se contrapone al recuerdo de impresiones penosas, a la representación de pensamientos penosos. Pero el cabal significado sólo se puede ahondar en la psicología de las personas neuróticas. *“Uno se ve precisado a hacer de este afán defensivo elemental contra representaciones que puedan despertar sensaciones displacenteras; al hacer de este afán, digo sólo asimilable al reflejo de huida en caso de estímulos de dolor, uno de los pilares fundamentales del mecanismo que es el portador de los síntomas histéricos”* (Freud, S. [1901/1980f]:146).

Hay una tendencia defensiva de la que resulta imposible liberarse y su cometido es ahuyentar mociones afectivas penosas, como el remordimiento o los reproches de la conciencia moral. Esta tendencia defensiva de cualquier manera puede abrirse paso dondequiera, en el juego de las fuerzas psíquicas no pueda tropezar con factores que, con fines diversos, aspiren a lo contrapuesto y le produzcan un desafío a aquella. También señala la existencia de un principio arquitectónico del aparato anímico, el cual se deduce de una estratificación o edificación a partir de instancias que se superponen unas a otras, el afán defensivo corresponda a una instancia psíquica inferior, y en cambio instancias superiores lo inhiban. Estas tendencias defensivas desplazan su meta y produce, al menos, el olvido de otras cosa de menos sustantividad que han entrado en enlace asociativo con lo genuinamente chocante.

Hay designios con cierta gravedad, ellos señalan unos motivos oscuros. En el caso de los que tienen importancia algo menor se discierne una voluntad contraria transferida desde otra parte sobre el designio, de que se ha establecido una asociación extrínseca entre aquello y el contenido del designio. Freud con un ejemplo

suyo, al proponerse comprar papel secante {Löschpapier} habituado a escribirlo así, pero lo olvida sucesivamente, cae en cuenta que esta habituado a decir <Fließpapier> {otro modo designar papel secante}, Fließ es el nombre de su amigo de Berlín, que esos días le ocasionaban un pensamiento martirizante y preocupante. Aquí la inclinación defensiva se exterioriza transfiriéndose a través de la identidad de palabra sobre el designio indiferente y por eso poco resistente.

El trastocar las cosas, confundido, lo atribuye a los desempeños motores, cuestión atada con las equivocaciones al hablar, ya de por sí son operaciones motrices. Las acciones causales o sintomáticas se las ejecuta sin intención alguna, de manera puramente casual, estas acciones no pueden apelar a la torpeza como disculpa, llenan obligatoriamente ciertas condiciones: no deben ser llamativas y es preciso que sus afectos sean desdeñables, se les denomina acciones sintomáticas, expresan algo que el autor no sabe ni sospecha en ellas y por regla general no se propone comunicar, sin embargo es en el análisis como indica Freud, donde se puede encontrar el sentido al acto (de hacer y de palabra) fallido. *“Si a ciertas insuficiencias de nuestras operaciones psíquicas –cuyo carácter común precisaremos enseguida- y a ciertos desempeños que parecen desprovistos de propósito se les aplica el procedimiento de indagación psicoanalítica, demuestran estar bien motivados y determinados por unos motivos no consabidos a la conciencia”* (Freud, S. [1901/1980f]: 233).

A manera de resumen Freud puntualiza, en el grupo de los fenómenos que admiten la definición de operación psíquica fallida, los casos de olvido, los errores cometido, el desliz en el habla, en la lectura y en la escritura, el trastocar las cosas confundido y las llamadas acciones causales, deben cumplir las siguientes condiciones: a) No puede rebasar cierta medida establecida por nuestra estimación dentro de lo normal. b) Debe poseer el carácter de una perturbación momentánea y pasajera. Previamente se requiere de la ejecución correcta de la misma operación, o se esté en condiciones de cumplirla de manera más correcta en cualquier momento. c) Si no se asume que se trata de una operación fallida, no se registra en nuestro

interior nada de una motivación de ella; más bien se trata de explicarla como desatención o una casualidad.

Freud señala que a la falta de noticias concientes y por supuesto de la noticia inconciente de la motivación de las casualidades psíquicas, se constituyen las raíces psíquicas de la superstición. Las mociones anímicas escondidas de los seres humanos pueden decir también algo nuevo sobre la cualidad de los motivos inconcientes expresados en la superstición. En los neuróticos aquejados de estados obsesivos y de un pensar obsesivo, se discierne de la manera más nítida la superstición proveniente de mociones hostiles y crueles sofocadas. La superstición es en buena parte una expectativa de infortunio, y de quien ha deseado a menudo el mal de otros, pero a consecuencia de haber sido educado para el bien, reimprimió {desalojó} a lo inconciente tales deseos, inclinándose particularmente a esperar el castigo de esa maldad inconciente como un infortunio que lo amenaza del exterior. Todos estos estados emotivos, la imposición de ideas, el olvido como defensa, la superstición ligada a la expectativa de infortunio, sin duda estarán ligados a las características de las neurosis obsesivas.

En una nota agregada en 1907, en este libro¹, sobre el mecanismo del olvido, Freud indica: El material mnémico está sometido en general a dos influjos: la condensación y la desfiguración {dislocación}. La desfiguración es obra de las tendencias que gobiernan dentro de la vía anímica, y se dirigen sobre todo contra las huellas mnémicas que han conservado eficiencia afectiva y se han mostraron más resistentes a la condensación. Las huellas devenidas indiferentes caen bajo el proceso condensador sin defenderse contra este; desfiguradas se conjugan en el material indiferente toda vez que quedaron insatisfechas, al querer exteriorizarse. Como estos procesos de condensación y la desfiguración se extienden por largos períodos durante los cuales las vivencias frescas contribuyen a la replasmación del contenido de la memoria.

¹ (Nota 64 en Amorrortu Editores, T.VI, pág. 266)

En *El chiste y su relación con lo inconciente* (1995), Freud apunta las diversas técnicas del chiste: a) La condensación, con formación de una palabra mixta y con modificación. b) La múltiple acepción del mismo material, todo o en parte, reordenamiento, modificación leve, la misma palabra plena y vacía. c) Doble sentido del nombre y significado material, del significado metafórico y material, del doble sentido propiamente dicho, de la equivocidad, y del doble sentido con alusión. Buscando la unidad de las diversas técnicas del chiste, señala la acepción múltiple del mismo material, es un caso especial de condensación; el juego de palabras no es otra cosa que una condensación sin formación sustitutiva; la condensación sigue siendo una categoría superior, una tendencia al ahorro que gobierna todas estas técnicas. El chiste también se vale de desviaciones respecto del pensamiento normal, el desplazamiento y el contrasentido, además encuentra la figuración por el contrario y la figuración por el semejante.

En sus indagaciones con relación a las posibles técnicas del chiste, Freud plantea la idea de formarse un juicio sobre la naturaleza de este proceso psíquico, entre las técnicas del chiste está la condensación con formación sustitutiva, que discernió como el núcleo de la técnica para el chiste en palabra. Pero al mismo tiempo habla de las técnicas del chiste en el pensamiento: el desplazamiento, la falacia, el contrasentido, la figuración indirecta, la figuración por lo contrario, en su conjunto y por separado reaparecen en la técnica del trabajo del sueño. La figuración por el contrario, la figuración indirecta, la sustitución del pensamiento de los sueños por una alusión, por algo pequeño, por un simbolismo análogo al símil.

Freud señala, a propósito del chiste tendencioso, donde sería natural suponer esa ganancia de placer en correspondencia con el gasto psíquico ahorrado. Al abordar nuevamente el principio de ahorro, se da a la tarea de definir de manera más específica a que se refiere cuando habla del "gasto psíquico". Advierte que un *ahorro en el gasto de inhibición o de sofocación* es el secreto del efecto placentero del chiste tendencioso. Se pregunta también, el mecanismo de placer en el chiste inocente: *"En un grupo de estos chistes (los juegos de palabras), la técnica consistía*

en acomodar nuestras postura psíquica al sonido y no al sentido de la palabra, en poner la representación-palabra {Wortvorstellung} (acústica) misma en lugar de su significado dado por la relación con las representaciones-cosa-del mundo {Dingvorstellung}"(Freud, S. [1905/1979h]:115). En este punto se refiere a lo que más tarde en sus trabajos metapsicológicos será llamado como representación objeto, constituida por la representación cosa y la representación palabra. En el chiste se pasa de un círculo de representaciones a otro distante mediante el empleo de la misma palabra o de otra parecida, además el chiste provoca ese "cortocircuito" mayor, cuanto más ajenos sean los círculos de representaciones concentradas por las mismas palabra.

En el discurso del obsesivo, una representación inconciente es reprimida, puede retornar bajo una forma irreconocible para burlar la censura, el chiste aparece como productor de placer. El chiste con su doble sentido de una palabra, la polisemia del lenguaje, puede ser la forma más apropiada de esas transformaciones. El inconciente juega aquí con las palabras y la interpretación funciona naturalmente como un chiste. En el caso de las neurosis obsesiva, al igual que en otras neurosis, el chiste resalta el aspecto infantil de la sexualidad humana, que se vuelve a encontrar en los juegos de lenguaje, aspecto particular de la obsesión. Si bien recurre a los mecanismos de la condensación y el desplazamiento, se caracteriza ante todo por el ejercicio de la función lúdica del lenguaje, cuyo primer estadio sería el juego del niño, y el segundo, la broma y el lapsus. *El chiste y su relación con lo inconciente* (1905), Junto con *La interpretación de los sueños* (1900) y *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), constituye una de las tres grandes obras que estudian los mecanismos del lenguaje, del inconciente.

d) Síntoma y la formación del sueño.

Sobre las operaciones fallidas y el chiste hay otra formación psíquica relacionada con el inconciente, se trata del sueño. El sueño como uno de los apartados fundamentales de las aportaciones teóricas del psicoanálisis, centrado en

el absurdo del sueño, mismo que también se aborda en el chiste. Para Freud los pensamientos oníricos nunca son absurdos, al menos no lo son de personas mentalmente sanas, el trabajo onírico produce sueños absurdos y sueños con elementos singulares absurdos cuando en los pensamientos oníricos se le ofrece la crítica, la ironía y el sarcasmo, y él debe figurarlos en su forma de expresión. Posteriormente y haciendo un pequeño paréntesis se hará hincapié en el tema del absurdo que se aborda en el historial clínico del Hombre de las Ratas, tal es el caso del día que choca su pie con una piedra de la calle, se ve obligado entonces a quitar la piedra del camino, porque pensó que el vehículo de su dama pasaría en algunas horas por ese lugar y podría tener un accidente a causa de esa piedra. Pero algo después le dice que es absurdo, y debe regresar para volver a colocar la piedra en medio del camino.

El sueño sustituye a una cantidad de pensamientos provenientes de nuestra vida diurna y poseen una perfecta ensambladura lógica. Por eso no se puede poner en duda que estos se engendran en nuestra vida normal. En los pensamientos oníricos se reencuentran todas las propiedades que tanto se aprecian en las ilaciones de pensamiento, caracterizados como unas operaciones complejas de un orden superior. Pero no hay necesidad alguna de que el trabajo del pensamiento se consuma durante el dormir, lo cual confundirá gravemente todo lo que hasta ahora se sabe sobre ese estado psíquico. Si los rendimientos intelectuales más complejos son posibles sin la intervención de la conciencia, el sueño constituye uno de estos rendimientos *"En realidad, el trabajo del sueño es sólo el primer que hemos individualizado entre toda una serie de procesos psíquico a los cuales ha de reconducirse la génesis de los síntomas histéricos de las ideas angustiosas, de las neurosis obsesivas y de las delirantes. Condensación y, sobre todo, desplazamiento son caracteres que nunca faltan tampoco, a estos otros procesos.... Toda una serie de fenómenos de la vida cotidiana de las personas sanas, los olvidos, los deslices en el habla, el trastocar las cosas confundido, y una cierta clase de errores, deben su génesis a un mecanismo psíquico análogo al del sueño y los otros miembros de la serie"* (Freud, S. [1900-1901/1984e]:653).

Para Freud, el núcleo del problema reside en el desplazamiento, mucho más llamativa entre las operaciones singulares del trabajo del sueño. Demuestra que la condición esencial del desplazamiento es puramente psicológica, motivada por una forma particular de expresar el deseo. Cabe resaltar que el desplazamiento en las formaciones obsesivas, aparece como en la mayoría de las formaciones inconscientes, se trata de una operación característica de los procesos primarios por la cual una cantidad de afectos se desprenden de la representación inconsciente a la que están ligados, se ligan con otra que tiene con la precedente lazos de asociación poco intensos o incluso contingente.

Sin embargo, hay que conceder una extensión importante a la noción de desplazamiento en Freud, ya que unas veces utiliza este mecanismo, en los fenómenos producidos entre representaciones que caracteriza especialmente la neurosis obsesiva, en otras habla de desplazamiento en la conversión, en la cual el afecto queda eliminado pasando del ámbito de las representaciones al ámbito somático. J. Lacan asimila el desplazamiento a la metonimia, palabra puesta en lugar de otra y designa una parte de lo que significa, fundamentalmente articulada con el deseo. En el discurso del obsesivo el deseo pasa por mediación del lenguaje, es decir, solamente se puede saber del deseo a través de la mediación de la palabra.

II.- Complejo de Edipo

II.1 El complejo de Edipo.

Durante el capítulo anterior se reflexionó sobre la formación del síntoma emparejada a la teoría de la represión, como la piedra angular en la cual reposa la teoría de las neurosis en psicoanálisis, en consecuencia marca su correlación con el concepto de inconciente y con el de sujeto escindido, es decir el sujeto afectado por la represión.

Las hipótesis Metapsicologicas (1915) de Freud destacan la importancia del acto de la represión como elemento fundamental en la diferenciación entre los sistemas inconciente y preconciente, así como la relevancia de ser uno de los destinos pulsionales, que agrupado con el retorno contra la persona propia, la sublimación y la transformación en lo contrario, conforman los destinos o defensas principales erigidos contra la pulsión. La represión originaria se concibe, por otra parte, como la condición de transformación de placer-displacer con relación a la pulsión, a partir de que la posibilidad del ejercicio del placer en un sistema se convertía en displacer para el otro sistema.

Sin perder de vista esta introducción, donde resalta la diferencia entre los sistemas y la represión como referente central de las neurosis, se debe destacar otro de los conceptos rectores de las neurosis, concepto que incluso más allá, queda articulado con la propia estructuración del sujeto: El complejo de Edipo.

a) Primeras aproximaciones al complejo de Edipo.

Para hacer una lectura del complejo de Edipo en Freud, en primera instancia se apunta al "Manuscrito N" (1897), donde se pone de relieve la idea de *"un complejo nodal"*, la cual se encuentra relacionado a la existencia de los impulsos hostiles como elementos integrantes de la neurosis: *"Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis..... Estos impulsos son reprimidos en tiempos en que se suscita compasión por los padres:*

enfermedad, muerte de ellos. Entonces es una exteriorización del duelo hacerse reproches por su muerte (las llamadas melancollas), o castigarse históricamente, mediante la idea de la retribución, con los mismos estados [de enfermedad] que ellos han tenido. La identificación que así sobreviene no es otra cosa, como se ve, que un modo del pensar, y no vuelve superflua la búsqueda del motivo” (Freud, S. [1897/1982a]:296)

En esta carta Freud comunica un pensamiento de validez universal, al encontrar en él mismo el enamoramiento hacia su madre y los celos hacia el padre, partiendo de un postulado universal de la niñez temprana: *“Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de Edipo rey, que desafía todas las objeciones que el intelecto eleva contra la premisa del oráculo, y comprende por qué el posterior drama de destino debía fracasar miserablemente. Nos rebelamos contra toda compulsión individual arbitraria [de destino], como la que constituye la premisa de Die Ahnfrau [de Grillparzer], pero la saga griega captura una compulsión que cada quien reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} que divorcia a su estado infantil de su estado actual”. (Freud, S. [1897/1982a]:305)*

Al mismo tiempo, esta idea universal también es considerada por Freud a través de la lectura de Hamlet de Shakespeare, en donde la venganza del padre, se justifica en un crimen, el del tío, quien se desposa de su madre: *“No me refiero al propósito conciente de Shakespeare; más bien creo que un episodio real estimuló en él la figuración, así: lo inconciente dentro de él comprendió lo inconciente del héroe. ¿De qué manera justifica el histérico Hamlet su sentencia: «Así es como la conciencia {moral} hace de todos nosotros unos cobardes», de qué manera explica su vacilación en vengar al padre matando a su tío ese mismo Hamlet que sin reparo alguno envía a sus cortesanos a la muerte y asesina sin ningún escrúpulo a Laertes? No podría explicarlo mejor que por la tortura que le depara el oscuro recuerdo de*

haber meditado la misma fechoría contra el padre por pasión hacia la madre, y «trátese a cada hombre según se merece, y ¿quién se libraría de ser azotado?».” (Freud, S. [1897/1982a]:307) Sin duda para Freud, su preocupación en este momento era la histeria, sin embargo, con Hamlet plantea una posible estructura universal, en donde la figura del padre tendrá un papel fundamental.

Por otra parte, en esta misma cita, señala lo que podría ser resultado del crimen en Hamlet, la conciencia de culpa y los sentimientos de punición. *“Su conciencia es su conciencia de culpa inconciente. Y su enajenación sexual en su diálogo con Ofelia, ¿no es la típicamente histérica? ¿Y su desestimación del instinto {Instinkt} de engendrar hijos? Por último, ¿no lo es acaso su transferencia del crimen de su padre sobre Ofelia? ¿Y al fin no consigue, de una manera tan peregrina como la de mis pacientes histéricos, procurarse su punición experimentando idéntico destino que el padre, al ser envenenado por el mismo rival?”* (Freud, S. [1897/1982a]: 308).

En los comunicados con Fliess, “Manuscrito K” (1896) “Un cuento de hadas navideño”, presentó sus observaciones con relación a las neurosis de defensa, bajo el concepto de *“represión”* y *“defensa”*. Y en “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” (1896) se detiene a examinar más de cerca, aquello contra lo cual se hace operar la defensa y en todo caso llega a la constante de un factor causante que se trata de una vivencia sexual de índole traumática en la histeria es una experiencia pasiva, en las obsesiones una activa, si bien incluso en este último caso hay un trasfondo más remoto una experiencia pasiva previa. Dicho de otro modo, la causa última es siempre la seducción de un niño de parte de un adulto (Freud, S. 1896). Además de un suceso traumático, más adelante apunta a la fantasía de seducción, en la que el niño recuerda que algo le aconteció con un adulto, algo sexual, algo incestuoso, tiene lugar siempre antes del período de pubertad, por más que la neurosis aparezca luego de ésta.

Tal como quedó advertido en el capítulo anterior, Freud abandona esta posición con relación a la seducción (Carta 69), considerando poco creíble que actos perversos realizados en perjuicio de niños gozaran de tanta generalidad, en donde el padre en especial era el causante de tales acciones. Posteriormente, sólo unos años más tarde, Freud expresará enfáticamente este cambio de postura en su artículo "Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis" (1906), en donde pudo percatarse del papel que desempeñan las fantasías en los sucesos anímicos, lo cual dio entrada al descubrimiento de la sexualidad infantil y permitió el avance en lo que propiamente sería el complejo de Edipo.

En este escrito, indica sobre los niños como poseedores de la capacidad para cualquier función sexual, tanto en lo psíquico como en lo somático, además, señala como un error garantizar que la vida sexual comienza en la pubertad; pero, por otro lado, considera "*la organización y evolución de la especie humana procura evitar cualquier actividad sexual considerable en la niñez*", (Freud, S. [1905/1983g]: 115), las mociones sexuales de los seres humanos deben acumularse para ser liberadas sólo en la pubertad, con ello explica por que las experiencias sexuales de la niñez están destinadas a ser patógenas. Resalta diciendo, son los *efectos posteriores* producidos por tales experiencias, el resultado reflejado en la madurez a través de las neurosis.

Por otra parte, en "Sobre las teorías sexuales infantiles" (1908). Freud, destaca de estas teorías la pregunta ¿de dónde vienen los hijos?, la concepción sádica del coito, el nacimiento a través del ano y la posesión del pene en todos los seres humanos, incluso en las mujeres, provienen de varias fuentes. En primer lugar, de la observación directa de las exteriorizaciones y del pulsionar de los niños; en segundo, de las comunicaciones de neuróticos adultos que en el curso de un tratamiento psicoanalítico refieren como recuerdos conscientes sobre su infancia y, tercero, de las inferencias, construcciones y recuerdos inconscientes traducidos a lo consciente, fruto de los psicoanálisis con neuróticos. Las teorías sexuales de los niños, tal como ellas se configuran en el pensamiento infantil, pueden resultar

interesantes en diversos contextos, principalmente para la concepción de las neurosis mismas, donde estas teorías mantienen su vigor e influjo en la formación de los síntomas.

El complejo de Edipo para Freud, adquiere una significación más amplia al ser una de las primeras teorías sexuales construidas por el infante y donde prepone que este complejo queda formalmente constituido: *“De muchas comunicaciones pareceme desprenderse que los niños rehúsan creencia a la teoría de la cigüeña; a partir de este primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los «grandes» desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus ulteriores investigaciones. Pero así han vivenciado también la primera ocasión de un «conflicto psíquico», pues unas opiniones por las que sienten una predilección pulsional, pero no son «correctas» para los grandes, entran en oposición con otras sustentadas por la autoridad de los grandes pero que a ellos mismos no les resultan gratas. Desde este conflicto psíquico puede desenvolverse pronto una «escisión psíquica»; una de las opiniones, la que conlleva el ser «bueno», pero también la suspensión del reflexionar, deviene la dominante, conciente; la otra, para la cual el trabajo de investigación ha aportado entretanto nuevas pruebas que no deben tener vigencia, deviene sofocada, «inconciente». Queda de esta manera constituido el **complejo nuclear de la neurosis**”* (Freud, S. [1908/1979i]:190-191)

Construyendo este concepto nuclear de las neurosis desde sus cartas y primeros manuscritos, a la par de sus aportaciones a la psicopatología, ya lo considera y de hecho siempre lo hizo como un elemento estructurante del niño. Tan es así, que para explicar la elección masculina de objeto en “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre” (1910), Freud finalmente postula el complejo de Edipo, en donde aparece por primera ocasión la frase en una obra impresa, aún que desde luego, el concepto estuvo en su obra desde un inicio.

II.2 El complejo de Edipo a través del Superyo.

En el "Proyecto de psicología" (1895), Freud presenta una especie de desvalimiento humano como aquello que lo lleva a la dependencia del otro y en consecuencia al uso del lenguaje, este punto servirá como antecedente superyoico, puesto que está en relación estrecha con el surgimiento del complejo de Edipo. Es decir, tal desvalimiento provoca en el sujeto la necesidad del otro para sobrevivir y por tanto comience a pedir, a llamar, a hablar y de ahí inicia el proceso del "enamoramamiento" o la elección objetal, dando paso a las prohibiciones y consecuentemente a la instalación del complejo de Edipo y del Superyo.

Comenzando por los antecedentes teóricos: el Superyo en la teoría psicoanalítica es un concepto básico y de los más complejos. Insertado como parte de la tríada de la segunda tópica, para Freud es fundamental para entender el comportamiento humano, además es elemento que aparece, aunque aún no tan definido, desde los primeros estudios más específicos sobre el inconsciente y la primera tópica. Cuando Freud escribe *La interpretación de los sueños (1900 [1899])*, explica de forma más gráfica y clara la constitución psíquica, proponiendo ahí la estructura de consciente, inconsciente y preconscious (primera tópica). Además presenta un fenómeno que tergiversa el material de los sueños para que no le sea tan directamente conocido al sujeto y es la llamada censura. La censura funciona como un impedimento para llevar a cabo la realización del deseo en el sueño, teniendo por resultado los sueños de punición y castigo (causa por la que Freud cambiara lo de realización del deseo por intento de realización de deseo).

Siendo el sueño un mensaje a descifrar, es decir, que utiliza una lógica del lenguaje, la censura viene a ser un rompimiento de tal mensaje o de las palabras para que no se diga todo, pues hablar de sueño, es hablar de deseo. La censura puede transformar el mensaje o bien anularlo, aplicar silencios para borrar el sentido (refiriéndose aquí al sentido de la lógica racional, no de la lógica psíquica). Esto a manera de castigo, no es otra cosa que el antecedente Superyoico. La censura,

como después lo maneja Lacan, actúa al mismo nivel que el Superyó, ambos, son una especie de aliados de aquella falla de la ley o aquello que no se puede decir, esa parte del real que la ley no puede contener y por tanto, reaparece en imposibilidad.

El Superyó como concepto está colocado con relación a la censura. La censura es considerada una función del preconciente, y es justamente en esta instancia donde se ubica el Superyó relacionado con las representaciones-palabra. Pero también, el Superyó tiene su origen en la autocritica o conciencia moral inconciente provocando comportamientos diversos, a uno de ellos Freud le llama "sentimiento inconciente de culpa". Además el Superyó guarda relación con lo simbólico, con el lenguaje ya que su contenido, sus mensajes, son representaciones o restos mnémicos de percepciones acústicas, de mandatos de órdenes escuchadas.

Por otra parte, como línea rectora de este apartado es pertinente remitirse a Lacan (1957), quien señala, a fin de cuentas en el Edipo se trata de que el sujeto se encuentre él mismo capturado en esa trampa de forma que se comprometa en el orden existente, de una dimensión distinta de la trampa psicológica que fue su vía de entrada. La teoría analítica asigna al Edipo una función normativizadora, como enseña la experiencia, no basta con que conduzca al sujeto a una elección objetal, sino que además la elección debe ser heterosexual. Aunque esto de por si puede ser muy variable, ya que la relación heterosexual puede encubrir múltiples posiciones incluso la francamente homosexual (Lacan, J. 1957). No basta con que el sujeto alcance la heterosexualidad tras el Edipo, sino que el sujeto, niño o niña, ha de alcanzarla de forma que se situó correctamente con respecto a la función del padre, centro de toda la problemática del Edipo.

Llegar al punto donde Lacan indica la concepción del Superyó, obliga a retomar su origen teórico, Freud en un principio, atribuye la función superyoica al preconciente: *"la diferencia efectiva entre una representación (pensamiento) inconciente y un preconciente consiste en que la primera se consume en algún*

material que permanece no conocido, mientras que en el caso de la segunda se añade la conexión con representaciones-palabra” (Freud, S. [1923/1984r]:22).

El preconciente es reconocido como el núcleo del Yo, lugar donde se forman el ideal del Yo y el Superyó, donde se encuentran las representaciones-palabra o percepciones acústicas mencionadas. En él reina el lenguaje, es donde el Yo está estructurado, ordenado, además de ser el núcleo porque en el preconciente se ejecuta la represión y la percepción, ambos procesos yoicos. Es en el preconciente se perciben las palabras que el consciente capta, donde se les da paso a formarse o enlazarse con situaciones arcaicas. De ahí provienen las palabras de prohibición, las reprimendas que el Yo ha traído al preconciente y que tomará el Superyó.

a) El tótem y el complejo de Edipo.

Por otro parte, existe una relación estrecha entre censura, Superyó y Ley, por lo que es importante aquí hacer un retorno al texto de *Tótem y tabú (1913)*, Freud se ha encargado, entre otras cosas, de mostrar el surgimiento de la Ley, su relación con la culpa, aspecto señalado desde su planteamiento sobre los sueños, señalando a la censura y la autopunición del sueño como posibles de generar sentimiento de culpa.

Sentimiento que proviene de la culpa más antigua de todas, la que produce el *parricidio*. En este texto explica la existencia de dos tipos de castigos, uno automático por violaciones a la ley sagrada relacionado directamente con afectar al tótem, y el otro que se sigue de la violación a la prohibición del incesto cuyo castigo lo encuentra en la sociedad o en el grupo: ley contra el incesto, misma que está explícita, en el orden simbólico de lo expreso, sin embargo la ley protectora del tótem está más allá de lo que se acuerda, es algo instituido sin mucha razón práctica.

Incluso cuando Freud en relación con la ley contra el incesto, afirma que no tiene que ver con lo práctico, sino con algo competente a detener al individuo por

tanta libertad sexual, de cualquier manera no deja de señalar la característica de la ley, vinculada con la esencial posesión del ser humano, y que obviamente perjudica a la sociedad, así, afirma: *“La ley sólo prohíbe a los seres humanos aquello que podrían llevar a cabo bajo el esforzar {Drängen} de sus pulsiones”* (Freud, [1913/1980II]:126). La protección del tótem, tiene que ver con el máximo de los daños por hacer y no es otra cosa que el homicidio. **El tótem es lo equivalente a un padre, se está hablando aquí del parricidio.**

Retomando lo dicho por Lacan: Tótem y tabú sirve para decirnos que, para que subsista algún padre, el verdadero padre, el único padre, el padre único, ha de haber estado antes de la historia y ha de ser el padre muerto. Más aún—ha de ser el padre asesinado. Y en realidad, ¿cómo pensarlo siquiera, salvo en su valor mítico? Pues que yo sepa, el padre en cuestión, no lo concibe Freud, ni nadie, como un ser inmortal. ¿Por qué han tenido que adelantar los hijos su muerte de algún modo? Y todo esto, ¿para qué? Para, al fin y al cabo, prohibirse ellos mismos lo que se trataba de arrebatarse. Lo mataron sólo para demostrar que era imposible matarlo (Lacan, J 1957).

En este sentido, para las tribus, llamar padre implica hacerlo a cualquiera del grupo que pudo serlo, de igual manera el término madre. Lo que pudiera vislumbrar ya un principio del Otro, como un padre que está en todos, un padre omnipresente.

Freud deja en claro que las leyes o la prohibición están relacionados con el deseo. No existiría una prohibición de algo que no se quisiera hacer, no habría necesidad. Y si la ley es tan fuerte, es porque el deseo que busca su quebrantamiento también lo es. Es así como Freud llama a esto **“el complejo central de la neurosis”**, el sujeto está en constante conflicto entre lo que el deseo le pide y su necesidad de ser aceptado o agradable al Otro, le permite hacer.

La ley tiene una doble vista, por un lado está la ley que prohíbe y por tanto anuncia en sí misma lo prohibido como lo deseado, es tan deseado que es preciso

prohibirse. Y por el otro lado la moralidad, en el sentido de imposición acordada por el grupo de iguales para preservar el lazo social.

Nombra "complejo central de la neurosis", porque se reescenifica en el Edipo, por tener que suprimir el deseo a cambio del amor de los padres y como protección ante la amenaza de castración. Sabiendo que **el Edipo es el momento crucial donde se funda la estructura psíquica** y por ende su psicopatología.

Para Freud existe un desvalimiento (en la infancia y en el primitivo) que hace al sujeto dependiente del otro, ante quien experimenta ambivalencia por esta misma razón lo necesita y porque no puede estar sin él es odiado cuando se ausenta. Se le trata al otro como al tótem. Considerando la manera en que se lleva la relación con las figuras tótemicas, de ahí surgen las **dos leyes principales: no matarás y no cometerás incesto**. Leyes que actúan en el inconsciente a través de la censura en los sueños. Mientras la otra prohibición, la de no cometer parricidio, se dicta por sí misma, es anterior a los dioses.

b) Hacia donde apunta el tótem.

El tótem tiene dos capacidades: *"... la aptitud de recordarle a un hombre sus deseos prohibidos, y la otra, en apariencia más sustantiva, de inducirlo a violar la prohibición al servicio de esos deseos"* (Freud, [1913/1980II]:41). Capacidades entrelazadas, pues sólo se recuerda la prohibición cuando surge el deseo. Coinciden recuerdo y tentación. El recuerdo de la existencia de un deseo cuyo cumplimiento sería el castigo y la tentación de la vuelta del deseo, porque existe alguien (el tótem) que sí puede quebrantar la ley. Existe una desconfianza ante la figura totémica, considerada con capacidad de controlar la naturaleza. De ahí que no sea ilógico observar la ambivalencia por el tótem que aun amado puede ser odiado, lo que sucede de manera similar cuando el padre o los hijos se muestran sobreprotectores con los otros: la hiperternura no es otra cosa que hostilidad.

Para resaltar la visión del padre como el animal totémico, basta con la siguiente afirmación: *"el tótem del linaje es objeto de la veneración de un grupo de hombres y mujeres que toman su nombre, se consideran descendientes de un antepasado común y de una misma sangre.."* (Freud, [1913/1980II]:106) Por otra parte la forma en la que los primitivos se relacionan con el tótem es muy semejante a lo que después Freud teoriza como el complejo de Edipo. Por ejemplo, el proceso de identificación se manifiesta en el acto en el que los primitivos comían de la carne del tótem para parecerse a él. Situación que implica la destrucción del otro y la asimilación de las partes, o de los rasgos para ser igual. Tales rituales llevados a cabo como un acto de veneración, pero al mismo tiempo para satisfacer el deseo de ser como el tótem, de ocupar su lugar. Subrayando que lo que se incorpora no es todo, sino un fragmento *"de su hiperpoder debilitado por el asesinato"* (Gerez-Ambertín, M. 1993, pág. 36).

La transmisión totémica o del nombre del padre, al igual que en el Edipo es por vía materna. Los primitivos no sabían a ciencia cierta la participación del hombre en la procreación, tal fenómeno se confería a fuerzas de la naturaleza a los dioses, a los tótem. La mujer que experimentaba la sensación del embarazo, suponía que el partícipe de la concepción -el padre- había sido el animal, planta u objeto (totémico) en ese momento presente. Por eso es que la madre quien señala al padre.

Es evidente que al hablar de tótem se habla del padre. Por otra parte es importante señalar la ambivalencia vivida ante tal figura a través del mito: un macho disfruta de todas las hembras del grupo, expulsa a los demás, quienes sólo pueden aparearse con hembras de otras familias, de ahí que según Darwin, la figura del líder o padre sea del enemigo por intereses sexuales. Ante quien se guardan sentimientos dobles, admiración y hostilidad, provocando es que: *"un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna"* (Freud, [1913/1980II]:143).

El ritual para calmar la culpa por la muerte, implica la identificación con el tótem, esto es lo que hace el Yo, permitiendo de alguna manera que el Ello lo tome por objeto momentáneamente y desate las pulsiones. En los rituales religiosos, las fiestas y celebraciones permiten que las pulsiones se desborden, es una especie de éxtasis, sin otro objetivo que expiar la culpa y parecerse al tótem. Esta conciencia de culpa fue común, dándole mayor fuerza al muerto, *"lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la <obediencia de efecto retardado>"* (Freud, [1913/1980II]:145)

Sin embargo, por más rituales e identificaciones realizadas, ninguno de los hijos puede ocupar realmente el lugar del padre, por eso el fracaso es más propicio que la satisfacción para la reacción moral. Se reitera el ritual porque nunca se consigue lo buscado, incorporar al otro significa tener lo mismo que el Otro, pero al hacerlo se cae en la cuenta que el Otro tampoco es todo lo que parecía o prometía ser. En otras palabras, la castración propia enfrenta a la castración del Otro.

Entonces, el sistema totemista, no es otra cosa que una especie de reconciliación con el padre, un contrato con él para ser cuidado. Al morir el padre, se intensifica el amor enlazado a la culpa y orientando la identificación. La identificación a decir de Lacan, debe cuidarse, porque Freud confiesa su desconcierto, incluso su impotencia para resolver el dilema planteado por la perpetua ambigüedad entre dos términos que precise, la identificación y la elección del objeto. Estos dos términos aparecen en muchos casos como si se sustituyeran el uno al otro, con un poder de metamorfosis sumamente desconcertante, de tal forma que la misma transición es imperceptible. Sin embargo, es evidente la necesidad de mantener la distinción entre los dos, puesto que, como dice Freud, no es lo mismo estar del lado del objeto o del lado del sujeto. No es lo mismo que un objeto se convierta en objeto de elección o que se convierta en soporte de la identificación del sujeto (Lacan J. 1957).

De hecho, el complejo de Edipo adquiere toda su extensión de concepto fundador cuando Freud lo articula con el complejo de castración: éste provoca la

interiorización de la prohibición de los dos deseos edípicos: incesto materno y asesinato del padre; y abre el acceso a la cultura a través de la sumisión al padre y la identificación con él, como portador de la ley, quien regula el juego del deseo.

c) El tabú y su concomitancia con el tótem.

Debido a las prohibiciones a los tabúes, el contacto con el tótem no puede ser directo, se requiere de un mediador, *"el súbdito, a quien le horroriza la grandiosa tentación que le depararía el contacto con el rey, puede tolerar el trato con el funcionario a quien no necesita envidiar tanto y cuyo puesto hasta puede parecerle asequible"* (Freud, [1913/1980II], pág. 40); así es menos temible el representante que el real.

Según los ritos antiguos, el castigo le daba una especie de protección o semejanza en el trato al infractor de la ley, como lo dice Freud: *"lo más raro en todo esto es, sin duda, que quien ha conseguido violar una prohibición adquiere él mismo el carácter de lo prohibido; asume, por así decir, la carga peligrosa íntegra"* (Freud, [1913/1980II]:30) En otras palabras quien se atrevió a dañar al padre, queda marcado con el mismo tabú de no poder ser tocado, pues si se rompiera provocaría un castigo al que entrara en contacto con él. Es como un contagio del tabú para el que lo ha roto, convirtiéndose él mismo en objeto tabú, representando un peligro para los demás.

¿De donde proviene el tabú? El origen del tabú tiene que ver con las pulsiones primitivas, con algo inherente al hombre. Pulsiones peligrosas al exteriorizarse, generando la prohibición o el tabú. Se ocasiona el miedo ante el tabú como una manera de defenderse de tales pulsiones, o como lo plantea Wundt citado por Freud, en el texto en referencia, con los demonios², el miedo a estas figuras, a las que se le proyectan las propias pulsiones negativas, posteriormente se separa para hacer un temor autónomo, sin referencia a ellas. Una figura demoníaca es un

² Demonio en su raíz etimológica significa lo que no debe ser tocado y lo que prevalece entonces es el temor al contacto.

todopoderoso, un dios vengativo, malo. Y si es un dios, tiene que ver con el padre, sobre todo si se recuerda, tanto para el niño como para el primitivo la figura poderosa, el tótem, cualquier autoridad es como el padre, pero con una existencia eternizada.

También hay ambivalencia hacia el tabú, como lo hay para el tótem. Al tabú se le sigue, se le respeta, aunque se sufra por su existencia; al segundo se le cuida o venera como una especie de respeto, pero al mismo tiempo se le odia. Se sabe además que quien viola el tabú se convierte en tabú, reforzando los sentimientos ambivalentes. Siendo así que todo tabú es temido y envidiado, de ahí que el objeto-tabú, se ve a alguien que ha disfrutado o gozado, representando un ejemplo de lo que puede suceder si no se le tiene temor. Es decir es, hay un doble mensaje para los demás, no se debe hacer, pero también se podría hacer. Una tentación y una prohibición.

La violación de un tabú sólo se compensa por una penitencia, una renuncia. La renuncia supone que algo se quería hacer pero no se llevó a cabo, está vinculado con algo deseado, pero por las circunstancias es preferible ceder de su obtención. Los fines o acciones penitenciarias son simples: apaciguar al enemigo asesinado, restricciones para el matador, acciones expiatorias y medidas ceremoniales. Ceremonias en las que se ofrece algo a aquel a quien se dañó o se reitera la muerte del tótem y se le come. La semejanza de esto con la identificación queda en este proceso de idealización, algo de castigo al idealizado, pues se le aísla y se le imputan capacidades y obligaciones que debe cumplir a través del tabú, no tocarlo ni mucho menos matarlo. Pero a través de estos métodos de reivindicación ante él, lo que se origina es convertir al asesinado en amigo guardián.

Si se trata al padre como el enemigo asesinado a quien hay que ofrecerle algo a cambio. ¿Qué es lo que se le ofrece? ¿el cuerpo? ¿la propia inmolación? Como se podrá ver más adelante, uno de los residuos o el pago por el parricidio es la

culpa mediante el sometimiento con el castigo y las limitaciones o la obediencia a la ley.

Por otra parte, también plantea en *Tótem y tabú*, que una vez que alguien había entrado en contacto con un muerto, no podía tocar su propio cuerpo. En relación con la muerte, se consideran muchas más prohibiciones, por ejemplo, no pronunciar el nombre del difunto, porque eso significaba invocarle y hacerlo volver, como si el contacto con el muerto implicara la muerte propia. De nuevo la idea del contagio o de la semejanza por el contacto.

Pero, ¿a qué se debe tanto temor por un muerto? En los "*reproches obsesivos*" se vivencia la culpa por negligencia o causa de la muerte del otro, por eso se teme su venganza. Se recuerda el deseo inconsciente de dar muerte como un pensamiento omnipotente que en este sentido cobra mayor relevancia pues incluso, está en juego la posibilidad de dar muerte al padre. No es gratuito entonces, que en su concomitancia con el tema de la muerte se encuentre la neurosis obsesiva llamada "*enfermedad de los tabúes*" (Freud, S. [1913/1980II]: 34).

"*La conciencia moral del tabú es probablemente la forma más antigua en que hallamos el fenómeno de la conciencia moral*" (Freud, [1913/1980II]:73), la violación de ésta deriva en conciencia de culpa. La conciencia moral es la percepción interna de que "*desestimamos mociones de deseo*" y la conciencia de culpa es la percepción de que se consumó el deseo. La conciencia moral nace sobre ambivalencia de sentimientos y tiene que ver con lo permitido por los demás. La culpa es por la simple tentación. Ambos conceptos son antecedentes evidentes del Superyó.

Pero esta conciencia de culpa, enlazada a lo arcaico, a la prohibición del parricidio (y del incesto), provoca que el sujeto viva la angustia, porque al echarse a andar la conciencia de culpa, significa la presencia del deseo y no sólo eso, se vive como efectuado el crimen, de ahí la angustia en el sujeto insertada como una

especie de aviso de la presencia de tal deseo. Por las creencias mágicas y narcisistas, la angustia surge también ante la idea de que los deseos aunque no se expresen, se pueden hacer realidad. Así que, si se desea dar muerte a alguien y éste sufre de algún mal, se cree ser el causante de tal situación; como si el deseo fuera omnipotente.

La angustia, como se estudiará posteriormente da aviso de la presencia del deseo y es posible que sobrevenga el castigo, así el miedo a la cólera divina provoca el síntoma, *"el autosacrificio remite a una culpa de sangre"* (Freud, [1913/1980II]:155). Si existe el autocastigo, la ceremonia de ofrecimiento reivindicatorio, es porque se vive la culpa, precedida de la angustia y del deseo. En el cristianismo la culpa está relacionada con el pecado original, donde se hace patente la muerte mítica del padre o del tótem, como una falta no necesariamente cometida, porque ya existe en sí misma, al ser nombrado el padre es muerto por el significante, así, aquello que está fuera de este orden sigue empujando a vivir la culpa como resto del real, imaginada por el sujeto mediante el sentir de sus pulsiones.

¿No es la misma historia de Edipo? Sería la pregunta que al mismo tiempo se puede transmutar a la siguiente: ¿el complejo de Edipo es consecuencia del mito totémico o viceversa?, Para lo que Freud aclara: *"el sistema totemista resultó de las condiciones del complejo de Edipo"*. (Freud, [1913/1980II]:134). El complejo de Edipo crea las condiciones básicas para que en el ámbito de grupos sociales se presenten la emergencia del tabú.

d) El surgimiento del Superyó.

El surgimiento del Superyó en el sujeto tiene como principio la renuncia en la elección de objeto, misma que no tiene otro remedio más que la sustitución interna, es decir la *"erección del objeto en el Yo"*, (Freud, S. [1923/1984r]:31) con esto resuelve de alguna forma su relación con el Ello, tratando de controlarlo dirigiéndolo hacia sí. Tener al Yo como objeto hace que el Superyó sublime la libido: desmezcle

la pulsión. Cuando el Yo se convierte en el objeto por identificación, toma rasgos de las figuras parentales, así se conforma y comporta el Superyó como tal identificación es de hiperpoder. De tal manera que lo que el padre exterior viene a prohibir, ahora lo hace el Superyó al interior, es decir, el deseo dirigido hacia el objeto y las pulsiones mezcladas, son reguladas por el Superyó, son desmezcladas y reprimidas, para que ahora el Yo como objeto pueda permanecer en pie, obedeciendo la ley y manejando las pulsiones del Ello. Esto es lo conocido como la herencia del complejo de Edipo.

Freud habla del complejo comenzando con la investidura de objeto hacia la madre (en el varón) y de una identificación por el padre (del sexo opuesto) quien posee el amor de la madre. Es así como el complejo conlleva una elección y una identificación. Identificación hostilizada debido al deseo de ser como el padre, pero al no serlo, o no poder llegar a serlo por la simple razón de que se es otro, se despiertan sentimientos ambivalentes, incluyendo el odio o el desagrado por aquel a quien no se puede llegar a ser y quien puede distraer la mirada materna. **Esta imposibilidad es lo que marca la castración, la falta, necesaria para la asunción del falo materno como objeto simbólico.**

La teoría habla de un sepultamiento del complejo, supuesta retirada de la investidura de objeto de la madre, conservándose un amor tierno y aceptable; mientras se refuerza la identificación; la identificación primaria con el padre. Se renuncia a la elección y se mantiene la identificación o se hace más fuerte (es la evolución más normal puesto que acentúa la virilidad del niño), pero también puede ser una identificación con la madre, o aún la coexistencia de estas dos identificaciones. Estas **identificaciones secundarias** y más especialmente la paterna, constituyen el núcleo del Superyó. Tras reconocer al padre como obstáculo a la realización de los deseos edípicos, el niño introyecta su autoridad de tal manera que erige en sí mismo ese obstáculo.

La identificación también se vuelve al interior, el padre, mejor dicho la prohibición y su mandato se convierten en la estructura Superyoica, que en algún tiempo Freud denominó como ideal del Yo, como una especie de padre protector y bondadoso hacia el Yo, sin embargo Martha Gerez (1993) al respecto confirmar, si el ideal del Yo es así, es porque realiza una suerte de formación reactiva, protege al Yo, como si éste fuera inútil, siempre en falta, reiterando su incapacidad de ser autónomo, de ahí el concepto de ideal del Yo, que después se convierte en Superyó, conserva su matiz hostil. Esta resolución en cuanto a la elección y la identificación, determina la posterior tendencia en la edad adulta a elegir objetos, ya sea por la heterosexualidad o la homosexualidad, que en principio era bisexualidad.

Esta herencia superyoica contiene dos leyes principales: "así como el padre debes ser y así como él no te es lícito ser". Es decir, el ideal del Yo es aquel padre imaginario, producto de la identificación, revestido y conformado por el hijo. Este padre deviene de la identificación, retomando los conceptos tratados anteriormente, basta mencionar este proceso como producto del amor y de la culpa por el deseo (del parricidio y del incesto). Así, quedarán unidos amor y culpa. El sentimiento de culpa recae sobre el Yo, quien es el que se identifica o ejecuta al menos en la fantasía el parricidio, quien se lo recordará todo el tiempo es el Superyó. Como imagen del padre gozoso y privador. De tal suerte, el odio dirigido contra el padre retorna contra sí mismo.

Al presentarse como el objeto de amor ante el Yo, también se identifica la prohibición, es decir el Superyó, con él la culpa por esa elección de un objeto imposible. La identificación con el objeto de amor, trae al mismo tiempo la culpa por elegir ese objeto. Es una solución al exterior que transfiere el conflicto al interior. *"Puesto que la hostilidad no puede satisfacerse, se establece una identificación con quienes fueron inicialmente rivales"* (Freud, S. [1923/1984r]: 39).

En el artículo "El Problema económico del masoquismo" (1924), Freud dice que el complejo de Edipo se supera cuando se logra desviar las metas sexuales,

dando lugar a la constitución del Superyó por la identificación de los objetos amorosos, conservando sólo la parte que castiga. Resultando por tanto, que la severidad superyoica sea como la reanimación constante del complejo de Edipo. En otras palabras, tal severidad en caso de considerarse sólo como la tendencia al castigo, sería la vuelta de la castración o de la amenaza de castración.

La identificación se hace de los rasgos de la severidad paterna, para absorber la prohibición al incesto. Pero introyectar la ley (y el más allá de ella), es decir la identificación supone una suerte de asesinato del objeto que se absorbe. Es así como se repite el crimen totémico o imaginario. Se mata al padre que pudo matar, recordando siempre la culpa salvadora. Culpa, ley, que cumplen con sembrar y alimentar para siempre la angustia de la castración, para evitar así el incesto. Este es el Superyó heredado por el Complejo de Edipo.

II.3 El complejo de Edipo Femenino.

En torno al Complejo de Edipo en la mujer, es imprescindible plantearse, como punto crucial la fase preedípica, considerada como el periodo más temprano de apego al primer objeto amoroso: la madre. En la niña el apego preedípico a la madre se convierte en algo parecido al complejo de Edipo positivo en el varón; es decir la madre como objeto amoroso y el padre como rival.

En 1925 Freud publica "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", donde condensa la primera reformulación completa acerca de la psicología femenina, hasta este momento el planteamiento predominante había sido el desarrollo sexual masculino con el complejo de Edipo como piedra angular. La problemática de la sexualidad femenina había sido considerada en sus escritos sólo a manera de aproximaciones, o explicados de manera inversa a las mismas vivencias del varón.

La mujer permanecía para Freud como un *"continente negro"* con una vida amorosa *"envuelta en una oscuridad todavía impenetrable."* En *"«Pegan a un niño», contribuciones al conocimiento de la génesis de las perversiones"* (1919) discurre la comprensión de la sexualidad femenina al referir que no es sino hasta el momento del complejo edípico cuando ambos sexos separan sus caminos.

Asimismo en su conferencia *"La feminidad"* de Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis (1933 [1932]), señala como el padre en relación de la niña con la madre, es un *"fastidioso rival"*, posteriormente el vínculo establecido por la niña de manera intensa con la madre, se transfiere al padre. La fase preedípica es importante ya que en el vínculo con padre la niña tiene como antecedente el vínculo con la madre. Este vínculo está marcado por la identificación, la cual en el artículo citado, Freud denomina: Identificación-madre. A partir de este modelo de identificación se establece la ligazón tierna con la madre y la toma por modelo.

La niña en la fase fálica, encuentra el acto de masturbación de manera espontánea en la zona del clítoris. Asimismo, cabe destacar que esta actividad masturbatoria no va acompañada al inicio por la fantasía, sino hasta el momento que ejerce el cuidado del cuerpo un enlace (por la madre - niñera), en lo cual se une la fantasía de una madre (o sustituto), seductora. Esta fantasía de seducción, posteriormente será transferida al padre. La niña sabe procurarse placer por la excitación del clítoris, con éste quehacer se encuentran sus deseos sexuales activos referidos a la madre.

La indagación sobre la formulación de estos deseos no resulta ser una situación sencilla, el mismo Freud al abordar la feminidad señala la dificultad que representa la indagación sobre estos contenidos porque la niña aún no entra en la castración, de ahí su postura fálica, incluso prevalece la fantasía de que todos poseen un pene. Cuando se establece una comparación con el varón, la mujer queda aterrorizada (por la ausencia de un pene en ella), irrumpe el descontento con su clítoris, renunciando a su quehacer fálico.

La niña considera como un infortunio su castración, lo que dará lugar a que se percate con el tiempo, de que otras personas del sexo femenino también son carentes de esa parte del cuerpo, principalmente una mujer en especial, su madre. Su amor estaba dirigido a su madre (fálica), pero a partir del descubrimiento de que su madre es castrada, se torna la posibilidad de abandonarla como objeto de amor, la madre la hizo incompleta, por lo que su hostilidad se vuelca fuertemente hacia ella, y por otra parte, está presente la autodesvalorización por no tener un pene como el varón o su padre.

El complejo de Castración en la niña prepara el complejo de Edipo en lugar de destruirlo. La niña se separa de la ligazón-madre, y desemboca en el complejo de Edipo por el vuelco que hace sobre el padre, más específicamente, sobre el pene del padre; **la envidia del pene.**

En el caso de la mujer dentro de su proceso edípico, un complejo de masculinidad puede traer grandes dificultades en su desarrollo normal, si no es superado con cierta prontitud, de este complejo parte la esperanza de obtener algún día un pene, llegando a ser como los hombres; otras alternativa advertidas por Freud es la *"negación"*, donde la niña se niega a aceptar el hecho de su castración, por lo cual se ve obligada a comportarse como si fuera hombre, constituyendo así un seguro contra la amenaza de castración.

En este sentido Lacan puntualiza: Freud plantea como un principio la primacía de la asunción fálica. La fase fálica, etapa terminal de la primera época de la sexualidad infantil, que se termina con la entrada del período de latencia, es una fase típica tanto para el niño como para la niña. La organización genital da su fórmula. Los dos sexos la alcanzan. La posesión o la no posesión del falo es su elemento diferencial primordial. Así, no hay realización del macho y de la hembra, hay lo que esta provisto del atributo fálico y lo que esta desprovisto de él, y estar desprovisto se considera equivalente a estar castrado (Lacan, J. 1957).

Por lo anterior, la castración remite al proceso del duelo, de la separación del objeto, y el trabajo del duelo, lleva como meta poner fin al mencionado duelo. En *"Duelo y melancolía"*, (1917[1915]) Freud indica que el melancólico no puede iniciar el trabajo del duelo porque los reproches con los que se agobia representan la posibilidad de preservarse a sí mismo. Pero la identificación con el objeto perdido no remite a otra cosa que a él mismo, de esta manera, el trabajo del duelo lo llevará a destruir sus idealizaciones, sus identificaciones, asociadas con la preservación en el ser. En el trabajo del duelo, es donde se habla que la identificación con el objeto no es suficiente, se presenta desconsuelo y efectos de devaluación; en la medida en que el objeto por el cual hay luto, sin saberlo, se constituye el soporte de la castración.

Freud señala tres tipos de orientación en la mujer a partir de la castración, para la niña el punto nodal presente es la envidia del pene, punto en el cual comienza a fincar una serie de deseo respecto a quien posee el pene (padre): *"Una lleva a la inhibición sexual o la lleva a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la feminidad normal."* (Freud, S. (1933/1979u):117)

De esta manera, en el caso de la niña se parte originalmente del deseo de pene negado por la madre, esperándolo ahora del padre, situación que la ubicará en el complejo de Edipo. En la niña se suscitan cambios sustanciales, ahora esta volcada hacia la madre como objeto amoroso, mientras el padre cumplirá su papel de objeto, más precisamente el pene del padre.

El proceso refiriendo, no sólo implica un cambio de objeto amoroso en la niña, sino además, un cambio de zona erógena. En la fase preedipica se señala el clítoris como una zona erógena, por el sustento de las fantasías fálicas. Dentro de la misma fase fálica, pero con el cambio de objeto producto de la castración, la niña se

posiciona en su lugar de castrada y la zona erógena se desplaza a la vagina por la envidia del pene y el deseo de tener acceso al pene del padre.

En el contexto fálico, la niña tiene un órgano análogo al pene del varón: el clítoris, le da sensaciones de placer en la masturbación, le depara importantes consecuencias a la observación casual de la diferencia anatómica entre los sexos. Advierte que el órgano genital del niño es más grande y visible que el suyo, y además lo utiliza cuando orina. Desde esta perspectiva no solo está en juego la percepción, sino además, la comparación, desde donde la niña pequeña debe sentir que su órgano es inferior. Puede imaginar que el suyo alguna vez fue como el del varón, pero en castigo se lo han quitado a causa de los impulsos amorosos con relación a su madre, mismos que han sido prohibidos.

En este momento no solo su narcisismo sufre un claro golpe a causa de su inferioridad física, sino además se encuentra frente a la renuncia de la satisfacción de sus primeros anhelos amorosos. Para la mujer, la castración será un hecho inevitable, obligada a renunciar por completo a su actitud "*Edípica negativa*", como niña. De esta manera, la relación objetal libidinal con la madre se transforma en identificación con ella; el padre es elegido como objeto amoroso y la madre se convierte en enemigo.

En "«Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales" (1919), Freud señala una representación-fantasía que al analizarla descubre que el niño al que se le pega - acaricia, es el clítoris, que de desde esta perspectiva es el pene. En el artículo: *Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas de los sexos* (1925), Freud señala: "*El niño golpeado-acariciado en ella no puede ser otro en el fondo, que el clítoris mismo*" (Freud, S. [1925/1984r]:273). En esta cita, resalta el castigo por la relación genital prohibida y un sustituto regresivo de ellos. El castigo por las relaciones libidinales prohibidas es la castración, visto así, "*pegan a un niño*" adquiere una significación: "*castran a un*

niño". Por tanto, más que "*Una fantasía*", sería: una es pegada, golpeada por que se acaricia el clítoris.

En el artículo "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" (1920), Freud enlaza el tema de la castración con el de el Edipo negativo, se trata de una paciente adoptando una actitud femenina en la pubertad, luego se enamora de una mujer madura a la que cortejaba como un joven, negando la diferencia entre el hombre y la mujer, regresándose a la fase primera: al complejo de Edipo negativo. Con frecuencia la represión de la actitud Edípica negativa de la niña puede fracasar de manera total o parcial. Un primer desenlace de ese fracaso la lleva a rehusar el abandono de su posición masculina. Si su padre no responde a sus deseos amorosos pasivos, se produce el intento por regresar a la primera situación y asumir una actitud masculina, que en extremo, conduce a una homosexualidad manifiesta. En el caso de la niña es la madre quien juega un papel importante en una primera expresión, en su posición fálica, la que puede negar lo fálico al padre, de tal manera que éste no podrá responder a la hija sus requerimientos. La niña no tiene nada por desear, pues el padre es castrado para la madre y para ella. Es decir lo que aparece es la importancia del deseo de la madre asumido por la hija.

Pero también se encuentra una segunda expresión: la niña no niega totalmente el hecho de la castración, sino que busca una compensación por su inferioridad física, lo cual adquiere forma desde la perspectiva narcisista como herida, dándose a la búsqueda de una salida en otro plano que no sea el sexual, pueden derivar las cosas al plano intelectual desde donde compite con el hombre. Su creencia de poseer un pene ha sido desplazada al plano intelectual, porque se plantea el no poder ni deber a su madre, renunciando a todo intento de amor.

Un tercer desenlace o expresión, es que la mujer pueda formalizar relaciones con un hombre, pero internamente ligada al primer objeto amoroso que es la madre, y en su relación con los hombres (en el coito) puede ser frígida, ya que no desea al padre, sino a la madre.

Por lo anterior, se podría plantear una situación de venganza y no al padre sino a la madre, si bien está ligada a ella, en la misma relación está la castración y el castigo ante su relación libidinal con su primer objeto. De tal forma que los desenlaces señalados, se enmarcan en dos posibilidades. Por un lado, la niña no ha podido abandonar totalmente su deseo de poseer a la madre y por el otro lado, al sustituir a su madre por el padre sufre un desengaño (ya antes sufrió otro con la madre), lo que la hace retornar a su primera posición.

La situación femenina, se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo. Este hecho, se puede ver desarrollado en "La feminidad", artículo en el que Freud indica: "...y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica el hijo aparece en lugar del pene" (Freud, S. [1933/1979u]:119) La antigua equivalencia corresponde sin lugar a la situación preedípica, en la cual la niña desea darle un hijo a la madre, o bien, por otra parte, parirle un hijo a la madre.

En la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ingresa a la situación del complejo de Edipo, el padre es tomado como objeto de amor y la madre pasa a ser objeto de celos, sobre el cual se descarga una fuerte hostilidad ya que la madre recibe del padre lo que la niña anhela de él. Esta clara dinámica es la posición de la niña que se muestra como una "pequeña mujer". La niña abandona el complejo negativo y entra al positivo (visto desde su prehistoria).

El deseo de tener un hijo del padre, o parirle un hijo al padre se intensifica: la madre aparece como rival y es puesta en escena, para luego identificarse con ella, ya que le puede dar hijos al padre y hasta ser como ella, para poder tener un marido como él, posteriormente en la genitalidad adulta.

La culminación del complejo de Edipo en la niña se manifiesta el deseo de recibir como "regalo" un hijo del padre, tal como se detalla en los párrafos anteriores. Siendo en el artículo de "El sepultamiento del Complejo de Edipo" (1924), donde

Freud indica la manera en que la niña abandona poco a poco el complejo, porque el deseo como tal nunca se cumple ya por definición es insatisfecho, por tanto el deseo de poseer un pene y el de recibir un hijo se apartan de cualquier posibilidad y quedan remitidos al inconciente en calidad de deseos reprimidos.

Como se puede observar, los efectos del complejo de Edipo se muestran en la estructuración del sujeto en términos de la identificación, proceso llevado a cabo cuando las investiduras que la libido ha dirigido hacia las representaciones de los padres son abandonadas, dando paso, a la sustitución de investiduras y elecciones de objeto por identificaciones.

Las identificaciones forman una estructura compleja, en la medida en que el padre y la madre son, cada uno de ellos, a la vez, objeto de amor y de rivalidad. De ahí el modelo de complejo de Edipo completo. Sin embargo en el punto más extremo del amor, en el amor más idealizado, lo que se busca en la mujer es lo que le falta. Lo que se busca más allá de ella misma, es el objeto central de toda la economía libidinal es el falo (Lacan, J. 1957).

II.4 Castración simbólica y castración imaginara.

Al suponer que algo existe y experimentar la falta de él, reconociendo que antes tampoco se tuvo, luego se tuvo y se perdió, ahora se añora. Al buscar el recuerdo de la experiencia de satisfacción, se conocerá hubo una falta anterior, primaria, y que se está recordando o reviviendo eternamente esa referencia al placer y a esa falta, esa tensión; por tanto, a lo que se llegaría sería a la carencia total, un momento previo a la satisfacción, a la no existencia, al no haber, a la muerte, al vacío, a la angustia de castración. ¿Porqué el sujeto atraviesa la angustia de castración? Sin duda alguna, esto tiene que ver con lo que él desea, con lo que espera, porque de lo contrario no existiría tal amenaza, ni temor.

Siguiendo la hipótesis de Freud: *"todas las pulsiones quieren reproducir algo anterior"* (Freud, S. [1920/1979q]:37) algo anterior a la vida es la nada. Incluso Freud explica esta situación auxiliándose de ejemplos retomados de la biología y de planteamientos evolucionistas. Si en un principio existía nada y por fuerzas externas comenzó el movimiento, la vida, todo organismo regresará al punto de partida, a lo inanimado. *"La meta de toda vida es la muerte [...] lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo"* (Freud, S. [1920/1979q]:38).

En el hombre el objeto primario falta en el principio, no existe, por tanto no hay deseo. Tiempo después del nacimiento, hay un momento en el que se vive la experiencia de satisfacción, entonces el objeto se pierde (en el caso de ser la madre, por la ley de prohibición del incesto y todo lo que conlleva: la culpa, la castración, etc.) y por eso se desea revivir, pero debido a la represión, por la naturaleza prohibida del objeto, se ha olvidado como alcanzarlo. Más bien, no se ha olvidado, no se sabe como alcanzarlo de nuevo, por eso el deseo no se encuentra, y no sabe cómo llegar a él, porque el sujeto no fue quien lo atrajo voluntariamente, sino que fue expuesto placenteramente ante él. ¿Cómo podría obtener algo que le perteneció (si es que así fue) sin saber su procedencia? No tiene dirección o un lugar, mucho menos un nombre o palabra que le pudiera decir dónde está.

Cabe destacar que la versión freudiana es una pérdida de objeto, la lacaniana una falta de objeto. En Freud, la pérdida del objeto trae la irrupción del deseo y el destino de la insatisfacción. En Lacan, el objeto no está de inicio, eso hace que uno pueda desear (necesidad-demanda-deseo). El deseo se encamina por medio de la fantasía hacia un objeto, en la ilusión de que eso es lo que complementa, lo que satisface, pero eso no es, porque nunca estuvo, porque no hay objeto complementario al sujeto, hay una disimetría entre sujeto y objeto.

Y si su destino es retornar a esa experiencia de satisfacción, forzosamente habrá de encontrarse de nuevo con la falta primera o el displacer previo. Si el objeto no fue producto de una atracción por el deseo mismo, si lo llegara a alcanzar, de

nuevo se encontraría con la falta porque no podrá tenerlo, no le pertenece, como nunca le perteneció. Así que finalmente, el deseo, volvería a la nada. Cuando esto sucede, hay que detenerse en los dos conceptos propuestos por Freud, sobre las pulsiones, la pulsión de vida y la de muerte. Siendo la más fuerte o imperativa la última, la de muerte, porque es la búsqueda de lo estable, de lo que ya era. Esto es importante porque se tendrá que regresar al Superyó, ya que él se convierte en agente o vocero de la pulsión de muerte, toma su fuerza de tal pulsión.

Es necesario hablar de la pulsión de muerte, pues como se señaló anteriormente, el Superyó es su agente, por decirlo de alguna manera, o su vocero. Toma su fuerza de ella, debido a la desmezcla pulsional que al conformarse el Superyó se efectúa. Por el contrario, el Yo es quien trata de conservarse, de sintetizar, de sobrevivir, aliándose a la pulsión de vida.

En esta alianza entre pulsión de muerte y Superyó, al sepultar el complejo de Edipo el sujeto deja de lado la hostilidad o rivalidad que siente hacia el padre con el fin de evitar el castigo de la castración, además es el padre quien puede tener el amor materno. Hecho que lo convierte en una figura para identificarse. Así se vivencian sentimientos ambivalentes hacia la figura paterna, también hacia la materna, por un lado porque representa el primer objeto, pero por otro lado, no se le puede alcanzar. Para seguir conservando el amor de los padres, el sujeto tiene que desviar la agresión hacia otro sitio. Desexualizando el afecto, el sentimiento que prevalece es el amor tierno *"la pareja parental, fueron introyectados en el Yo, a raíz de lo cual el vínculo con ellos fue desexualizado, experimentó un desvío de las metas sexuales directas"*. (Freud, S. [1924/1984r]:173) Habiendo visto principalmente la manera de manejar estos sentimientos es mediante la represión. Los deseos prohibidos no desaparecen, sino que se detienen y son llevados al inconciente, convirtiéndose en lo reprimido, provocado formaciones del inconciente manifestándose en los lapsus, sueños, equívocos, etc.

Por otra parte el conflicto se lleva al inconciente, quiere decir que al introyectar las figuras parentales en el Superyó, se lleva con ella la amenaza de la castración principalmente, la Ley, de tal manera que la hostilidad, la agresión y la pulsión de muerte quedan incrustadas totalmente en esta instancia, no obstante que el Superyó también surge del amor por el padre, lleva en sí un gran mote de agresión. De ahí que el Ello tenga un lugar hecho a su medida para la descarga de tal pulsión. No existe en el Superyó algún resto de pulsión erótica, pues sólo tiende a la destrucción a lo inanimado, no tiene que ver con el intento de restituir algo, esa es función yoica. No se hereda lo erótico al Superyó en el sepultamiento del complejo de Edipo, pues tal pulsión puede ser sostenida en el exterior de cierta manera, mientras que la agresión no.

Freud señala que el Yo está sometido a la acción eficaz de las pulsiones, lo mismo que el Ello, del que el Yo no es más que un sector modificado. Lo cual significa que en él ambas instancias fluctúa, la pulsión de muerte y las sexuales o Eros, ambas aspirando restablecer un estado perturbador por la génesis de la vida, el asuntos con ambas pulsiones es que pueden presentarse mezcladas, no mezcladas o incluso en una mezcla no consumada.

Retomando a Freud quien teoriza la pulsión de muerte, partiendo de la explicación que hacer del principio de placer y displacer, con relación a los sueños, no podía entender qué pasaba con los sueños displacenteros, angustiantes o traumáticos, considerando su tesis de que los sueños son cumplimiento de deseo. Es por ello que reconoció, en primer lugar podía un sueño de esta índole ser producto de la instancia crítica, es decir del cumplimiento de un deseo Superyoico, mejor dicho del logro del castigo esperado (reencntrando el carácter masoquista del Yo).

El placer está en juego con la representación, manteniendo la distancia con relación a la realización del deseo, permite la represión. Y es que el placer no siempre es lo placentero. Como observó Freud en el juego del "fort-da", un niño repetía la escena de la ausencia y presencia de la madre, principalmente de la

primera, siendo esto contrario a lo placentero. Sin embargo encontró otra posible explicación y es que, el placer se hallaba en tener el control sobre la aparición y desaparición del objeto.

Se observa también en los rituales obsesivos, la repetición de escenas, traumáticas o displacenteras, pero también tendrían que ver con ejercer dominio sobre la situación. La referencia es la omnipotencia del obsesivo y como señala Lacan son estos juegos de ocultación de Freud, en donde presenta de manera genial la mirada para reconocer en ellos el momento en que el deseo se humaniza, es también el momento nacimiento del niño al lenguaje. Se convierte en amo de la cosa, en la medida en que la destruye. Su acción destruye el objeto que hizo aparecer y desaparecer en la provocación, en el sentido propio del término, mediante la voz.

Freud siempre mantuvo sobre su concepto de pulsiones, la insatisfacción de ellas, ante la falta de un objeto, desde su origen. Además, de ser mociones en estado reprimido o en algunos casos desviadas de su meta, aunque por estar marcadas por la represión, siempre pugnarán por la repetición de un estado anterior. De acuerdo a los vocablos manejados originalmente por Freud, la pulsión está a la deriva, de tal manera lo conducente al principio del placer es la pulsión de muerte. Con Lacan, la trayectoria de la pulsión de muerte –del sujeto- será el goce.

Cuando Freud se detiene a revisar la naturaleza de las pulsiones de vida y de muerte, se da cuenta que la primera tiene un componente sádico, existiendo la ambivalencia de amor y odio de los objetos y por el que se le quiere aniquilar, devorar, destruir (de acuerdo a las etapas pregenitales) o dominar (en la genital-fálica) además del componente tierno. A través de esta mezcla pulsional que descubre el masoquismo, que no es otra cosa que el sadismo vuelto hacia sí mismo, hacia el Yo como objeto.

La función del principio del placer es *"la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en el constante, o en el nivel mínimo*

posible, el monto de la excitación" (Freud, S. [1920/1979q]:36), si esto es así, se puede observar su fuerte ligadura a la pulsión de muerte, a la vuelta la falta de movimiento. Aún más es posible diferenciarlas, al señalar Freud que: *"... las pulsiones de vida tengan muchísimo más que ver con nuestra percepción interna; en efecto, se presentan como revoltosas, sin cesar aportan tensiones cuya tramitación es sentida como placer, mientras que las pulsiones de muerte parecen realizar su trabajo en forma inadvertida"* (Freud, S. [1920/1979q] pág. 61). De donde se sabe que la pulsión de muerte es silenciosa, no aparatosa, difícil de descubrir, encubierta por la de vida.

Respecto a los destinos de la pulsión, en "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), Freud habla de cuatro destinos: el trastorno hacia lo contrario (conocido como formación reactiva), la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación. En el trastorno hacia lo contrario, coloca como ejemplo el sadismo y el masoquismo, pues la meta de martirizar se cambia por la de ser martirizado, pero además también se puede ver en estas conductas o comportamientos la vuelta hacia la persona propia, como ya se había destacado el masoquismo es el sadismo vuelto hacia el Yo.

Para Freud, el sadismo tiene un inicio masoquista; es decir, hasta que se ha pasado por el dolor, se puede pensar en provocarlo al otro. Y agrega: *"el gozar del dolor sería, por tanto, una meta originariamente masoquista, pero que sólo puede devenir meta pulsional en quien es originariamente sádico"* (Freud, S. [1915/1984m]: 24).

Trasponiendo este escenario a las instancias psíquicas, se puede ver en el origen del sujeto el sufrimiento por la separación de la madre, por la diferenciación en el orden del deseo, la aparición del Otro y por la castración, situación que luego se reproduce en el interior, cuando se conforma el Superyó. De tal manera que lo que padeció, ahora lo infringe dentro, contra el Yo, ejerciendo el peso de la Ley por medio del Superyó.

En "El Problema Económico del Masoquismo" (1924) Freud distingue tres formas de masoquismo: erógeno, femenino y moral. Justamente este masoquismo moral conduce al "*sentimiento inconsciente de culpa*" por "*necesidad de ser castigado por un poder parental*", (Freud, S. [1924/1984r] pág. 175) tan es así que en el deseo de ser golpeado por el padre presente en fantasías, se oculta otro deseo, el de estar con él en un vínculo pasivo. Con el masoquismo moral el complejo de Edipo es reanimado, la moral se resexualiza, creando la tentación de un "*obrar pecaminosos*", tiene que ser expiado con reproches de la conciencia moral sádica. La vuelta del sadismo hacia la propia persona ocurre a raíz de la sofocación cultural de las pulsiones, la persona se priva de aplicar buena parte de sus pulsiones destructivas quedando entonces un aumento del masoquismo en el interior del Yo; por otra parte, uno de los fenómenos de la conciencia moral, deja ver la destrucción que viene del exterior es acogida por el Superyó, para aumentar el sadismo hacía el Yo, de esta forma con el sadismo del Superyó y el masoquismo del Yo, queda completada en la mayoría de los casos la sofocación de las pulsiones.

¿Por qué el sujeto vivencia una y otra vez el conflicto edípico internamente? Es aquí cuando el placer al llegar a un exceso se convierte en displacentero, pero más allá algo a lo que se le puede conocer como goce, a manera de como lo expresa Lacan.

Lacan señala la castración es el signo del drama del Edipo, además de su eje implícito (Lacan, J. 1957), de esta manera goce y castración son un par enlazado, porque implica en el sujeto a quien se le ha prohibido satisfacer sus pulsiones, se enfrenta con el fuerte deseo y la búsqueda de conseguirlo. El mandato de "*no hagas como Yo*", sólo empuja el deseo que preferentemente se conserva así, pues "*el deseo mismo es ya una defensa*" (Safouan, M. 1987:51) ante la posibilidad de gozar. Así el sujeto se mantiene como espectador ante el goce de Otro, ante la mirada gozosa del Otro. El goce es la existencia del Otro dentro de uno mismo. Ese lugar

vacio, lleno de carencia, de pulsiones que no pueden encontrar satisfacción, y son imposible de decirse.

En la castración es donde se puede fundar otro concepto fundamental ligado, se trata de lo real vinculado con la ausencia de pene en la mujer. En la mayor parte de los casos este es el punto crucial, es, en la experiencia del sujeto macho, la base en la que se apoya, con singular eficacia y de forma angustiante, la noción de la privación. Hay en efecto una parte de los seres en la humanidad que están, dicen los textos, castrados. Desde luego, este término es del todo ambiguo. Están castrados en la subjetividad del sujeto. En lo real, en la realidad, en lo que se invoca como experiencia real, están privados (Lacan, J. 1957).

Remarcando, para Lacan *"por definición lo real es pleno"*. Señala que el objeto en cuestión en este caso es el pene y cuando se habla de privación, es de un objeto que se presenta en el estado simbólico. Ninguna castración de las que están en juego en la incidencia de una neurosis es jamás una castración real. Sólo entra en juego operando en el sujeto bajo la forma de una acción referida al objeto imaginario (Lacan, J. 1957). Se trata entonces de la castración imaginaria.

Lacan (1957) destaca la necesidad del fenómeno de castración que se apodera de aquel objeto imaginario como de su instrumento, simboliza una deuda o un castigo simbólico y se inscribe en la cadena simbólica. Es aquí donde la castración simbólica, resaltando su hipótesis: ***"detrás de la madre simbólica está el padre simbólico"***.

Lacan propone tres apreciaciones sobre el padre. La primera es el padre simbólico, como una necesidad de la que construcción simbólica, sólo sea situada en un más allá, sólo se alcanza mediante una construcción mítica. Si el padre simbólico es el significante del que nunca se puede hablar sin tener presente al mismo tiempo su necesidad y su carácter, que debemos aceptar por lo tanto como un hecho

irreductible del mundo del significante, el padre imaginario y el padre real son dos términos que plantean muchas menos dificultades (Lacan, J. 1957).

La segunda es el padre imaginario, con quien principalmente se encuentra, a él se refiere muy a menudo toda la dialéctica, la de la agresividad, la de la identificación, la de la idealización por la que el sujeto accede a la identificación con el padre. Y la tercera es el padre real, algo muy distinto a lo que el niño muy difícilmente ha captado, debido a la interposición de los fantasmas y a la necesidad de la relación simbólica. Si hay algo en la base de la experiencia analítica en su conjunto, es que existen enormes dificultades para captar lo más real de todo, es decir, los seres humanos tal como son: ...a la función normativa o típica que se le pretende otorgar en el drama del Edipo, **es al padre real a quien se le confiere la función destacada en el complejo de castración** (Lacan, J. 1957).

Para el psicoanálisis existen **dos tipos de castración, una imaginaria y otra simbólica**; la primera es la que se encuentra en el asunto de la rivalidad y la consecuencia imaginaria, por tanto no sucede realmente, la segunda es por la que se puede tomar el lugar de hijo, asumiendo un nombre del padre. La verdad del padre, es la castración. Hay primacía del orden simbólico sobre el imaginario y el real, el significante paterno está ubicado en este orden, siempre y cuando se encuentre ubicado como en lugar del Otro, con respecto a la madre.

La castración así vivida, remite a la castración de la madre también. La función del padre no recae sólo en el hijo, también es la prohibición a la madre de no integrar al producto y así evitar que el hijo sea el objeto absoluto del deseo de la madre. La angustia provocada por la represión para no dar cuenta de la pulsión que habita y empuja, amenazada con un castigo que sólo hace recordar la imposibilidad, la falta y que no se puede ser todo para el Otro. Y querer ser todo o simplemente algo para el Otro supone que ese Otro también necesita de ese algo. Así es como también descubre la castración del Otro. *"Lo que provoca angustia es justamente ese sentimiento de insuficiencia, insuficiencia que se manifiesta en forma de castración"*

en relación al deseo de la madre" (Safouan, M. 1987: 88). Para Freud existe la amenaza de castración que todo el tiempo detiene la libido, para Lacan la intervención de la castración, del nombre del Padre es la salvación contra el goce.

El complejo de castración está enmarcado en la creencia de que existe un sexo y al observar la diferencia, concibe la posibilidad de la pérdida de lo masculino. En la castración, hay una falta fundamental que se sitúa, como deuda, en la cadena simbólica. En la frustración, la falta sólo se entiende en el plano imaginario, como daño imaginario. En la privación, la falta está pura y simplemente en lo real, límite o hiancia real (Lacan, J. 1956).

Freud al hablar de la angustia lo hace desde el punto de vista de que no es un afecto reciente o un efecto, sino que *"es reproducida como estado afectivo siguiendo una imagen mnémica preexistente"* (Freud, S. [1926/1979s]:89) que no es otra cosa que la vuelta a vivenciar la amenaza de castración, no porque se haya efectuado, sino porque se rememora el peligro. Cuando Freud empezó a revisar el concepto de angustia, lo diferenció del planteamiento de Rank quien lo había manejado como la separación de la madre en el nacimiento. A través de la reflexión, Freud concluye que todas las angustias experimentadas invariablemente remitirán a la castración, incluso lo vivido como un peligro para la conservación de la vida, es decir ante la muerte o ante la ausencia del objeto; siempre y cuando éstas cobren un sentido de posibilidad de sanción, se re-significará como la castración.

Por otra parte, la angustia de castración está presente desde el momento en que los sentimientos y pulsiones se dirigen hacia los padres. Sentimientos ambivalentes, de ternura pero también de odio. Como ya se había descrito en lo referente al complejo de Edipo, la ternura se maneja de tal manera que se puede expresar directamente en la mayoría de los casos, mientras la hostilidad se reserva para evitar el castigo, que sin duda es la castración. Así, cuando se presentan estas pulsiones, sobre todo las hostiles, surge la amenaza del peligro (del castigo), o la percepción de que ahí está la posibilidad de la castración, al observar la diferencia

sexual, entonces aparece la angustia que mueve al Yo para reprimirlas. Carlos Galindo (1982) señala: el niño tendrá que renunciar a su libido de objeto con relación a su libido narcisista, por lo que no pudiendo detener plenamente la pulsión; ésta se escapa o se dirige a la formación del síntoma.

Respecto a su relación de la angustia con el Superyó, Freud indica *"al despersonalizarse la instancia parental, de la cual se temía la castración, el peligro, se vuelve más indeterminado. La angustia de castración se desarrolla como angustia de la conciencia moral, como angustia social"* (Freud, S. [1926/1979s]:135), donde interviene activamente el Superyó.

La angustia frente al Superyó es la angustia de muerte, porque se teme el peor castigo hacia el Yo, la aniquilación, la muerte remite a ver en la castración también un concepto más amplio y sumamente relacionado con la muerte. Siendo ésta no sólo la eliminación de un órgano, pues ya el mismo Freud comentó que el niño sobrevalora el pene como el instrumento que lo unirá a la madre, pero después sustituye ese órgano por toda su persona. De ahí que no se hable ya de un órgano, sino de algo más allá. Si el niño ve a toda su persona como lo que podría ser valioso para su madre ¿no es acaso la castración una aproximación (sino es que un sinónimo) a la muerte?

Freud ve en el síntoma la escapatoria del Yo ante la angustia, esto se activa cuando percibe un peligro pulsional, no un hecho, no un peligro del exterior, no el cumplimiento de la castración, simplemente aquellas pulsiones o el deseo que conllevarían la consecuencia del castigo. La angustia vista desde Lacan se presenta ante la ausencia de respuesta a *¿qué me quiere?*, que para él sería *¿qué quiere él en lo relativo a ese lugar del Yo?* (Lacan J. 1962) De tal manera que la angustia se presenta ante el deseo del Otro, pues representa la falta que hay en el Otro, la inconsistencia, la castración que refleja la propia.

Al mismo tiempo que se desea ser deseado por el Otro está la resistencia a convertirse en el objeto del deseo del Otro, o de algo complementario, en otras palabras, angustia ante la muerte, ante no ser más que una parte del otro, sin diferencia, sin existencia propia, implica identificarse con el falo, que de cualquier manera arroja a un espacio vacío, un significante sin referencia a Otro, significa nada.

Cuando Freud habla de lo ominoso, como aquello que lleva al fracaso, a la vergüenza, a los temores, a la culpa, (culpa por el placer) responde por el Superyó. Es el Superyó comandado por el goce que de manera silenciosa no deja de moverse y de crear dificultades insospechadas para el sujeto. Si bien es cierto que de pronto provoca el acting out o los pasajes al acto, su sadismo radica en que no busca la simple aniquilación del sujeto, sino su castigo continuado. El acercar todo el tiempo al sujeto con ese rasgo unario, ese rasgo de Ley, lo real, que está bajo el reino del vacío y de la muerte.

III.- La Función del Padre

III.1 El padre en Freud.

Sobre el desarrollo del individuo, dentro del estudio realizado por el psicoanálisis, se señala la existencia de un momento decisivo: el complejo de Edipo. En este complejo el niño se ve en la imperiosa necesidad de desechar de la conciencia sus deseos incestuosos, depositados en la madre, y sustituir la figura incestuosa por otra. Esta situación se da aunada a otros elementos: la función del padre y la castración.

En la referencia a los temas de la función del padre y la castración, implica un estudio detenido y meticuloso por la importancia que revisten ambos conceptos en el marco teórico psicoanalítico. Tal relevancia se acuña en la forma en la que el individuo resuelve su salida de un mundo edípico y su entrada al mundo de la cultura, al mundo de la ley y la prohibición, por medio de la identificación con el padre ya que debe ser y no ser como el padre.

En el capítulo anterior, se señaló el tema función del padre-ley-cultura, de capital importancia en obras relevantes como: *"Totem y tabú"*, donde Freud hace toda una conexión entre la antropología y el psicoanálisis, tratando de explicar dicha relación a través de la función del padre, pasando del hombre de la horda salvaje al neurótico, quien asume la prohibición en un estado de conflicto, que es a la vez estructurante porque ahí se constituye.

Para esta sección se apuntan pasajes desde una lectura freudiana, y se marca la importancia de la prohibición y la castración en el complejo de Edipo. Posteriormente en los siguientes renglones se señalan los aportes respecto de la función del padre en Lacan y sus implicaciones.

En el artículo "Tótem y tabú ", Freud comienza en las primeras hojas planteando una interrogante ¿qué es un Tótem? El Tótem es en primer lugar, el antepasado del clan, y en segundo lugar su espíritu protector y bienhechor que envía oráculos a sus hijos, los conoce y protege aún en aquellos casos en los que resulta peligroso.

En el sentido cultural el tótem tiene la característica de transmitirse hereditariamente, una de sus particularidades es remitese a una ley, según la cual los miembros de un único y mismo tótem no deben entablar relaciones sexuales entre ellos mismos, por tanto, no deben casarse entre semejantes. La violación a esta ley, a esta prohibición, es castigada y vengada como si se tratara de alejar un peligro, las mujeres del tótem no pueden ser tocadas por pertenecer al mismo donde está el hombre, bien pueden ser sus hermanas o la madre, (consanguínea o simbólicamente). En el caso de violar esta ley estará el hombre violando la ley contra el incesto, que en resumidas cuentas sería el fin perseguido por esta prohibición. Freud en este artículo hace comparaciones entre la vida del salvaje y la del neurótico, entre estas comparaciones se ubica justamente la prohibición del incesto.

En este sentido las elecciones de objeto de un adulto varón, se encuentran en la disyuntiva de transferir su amor a un objeto lo más alejado de las imágenes incestuosas: la madre y la hermana, sin embargo mantiene su contacto en la imagen a través del objeto elegido. En decir, en tal elección se centra la teoría de las fijaciones incestuosas de la libido presente en el neurótico como restos considerables de infantilismo psíquico; además, estas fijaciones incestuosas desempeñan un papel principal de la vida psíquica de neurótico, tan principal que la actitud incestuosa hacia los padres adquiere la categoría de: "Complejo nuclear de las neurosis", es decir, el complejo de Edipo.

Por otra parte el vocablo tabú proviene de la Polinesia y fue introducido por el capitán Cook en 1777. La palabra tabú (taboo o tabu) se había difundido con dos

significados: por una parte, como específica de sus culturas de origen, y por la otra designando la prohibición en general. En Freud, se rescata esta última acepción de la que desprende dos significaciones opuestas: la de lo sagrado o consagrado y la de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro.

Uno de los aspectos que más llaman la atención, son las prohibiciones transmitidas de generación en generación a través de la autoridad paterna o social adoptada ante la prohibición del tabú, una actitud ambivalente a nivel inconsciente. El sujeto acepta la prohibición del tabú, siente temor, pero se teme porque se desea. Las dos prohibiciones tabú más antiguas y las de más importancia son: a) respetarás el animal tótem, y b) evitarás relaciones sexuales con individuos del sexo contrario, pertenecientes al mismo tótem.

Uno de estos dos tabú es el incesto, al cual se hizo referencia cuando se habló del tótem y la prohibición que recae, el tabú muestra la posibilidad de una conciencia moral que pertenecerá a la conciencia tabú y, lo que lleva a preguntar ¿qué se habla con una conciencia tabú? Se trata de darse cuenta de lo prohibido y deseado y de un remordimiento como resultante de la transgresión al tabú. Por lo anterior, como lo señala Galindo (1982) <La conciencia es la percepción interna de la repulsa de determinados deseos>. Lo anterior remite a la culpa o conciencia de la culpabilidad: la percepción y condena de actos llevados a cabo bajo la influencia de determinados deseos prohibidos.

En "Tótem y tabú", Freud hace una referencia al caso Juanito, para explicar la zoofobia, el niño teme a los animales o específicamente en este caso a los caballos; Existe un miedo en Juanito que llega hasta negarse a salir a la calle. Caso en el aparece de manera precisa, los dos mandamientos primordiales del totemismo, por la sustitución del padre en el animal y la relación de incesto referida hacia la madre. Además, con la intención de sostener este planteamiento, Freud retoma a Robertson Smith, sobre la religión de los semitas, el cual se apoya en un dato que proviene del siglo V. Este dato gira alrededor de la comida tótemica, esta comida

reúna a los miembros del clan para estrechar los lazos de unión entre ellos y al mismo tiempo del parentesco del clan con el animal. El animal es matado, luego se le llora, y en el acto de la devoración se hace una fiesta. Y el animal muerto, y adorado, no es otro que el padre, por supuesto siguiendo el planteamiento de las fobias. (Galindo, C. 1982)

También en "Tótem y tabú", Freud señala sobre la horda salvaje, se encuentra dominada por el padre, quien era el único con acceso directo a las mujeres del grupo; por ello y ante esta situación el odio de los hijos se manifiesta de la siguiente manera: se unían para dar muerte al padre y así tener acceso a las mujeres y al goce. Quedando de esta manera en juego dos deseos: El primero, el deseo de muerte al progenitor que prohíbe por su posición de ser un obstáculo entre los hijos y las mujeres; y segundo, el deseo por las mujeres del padre (incesto). Con la muerte del padre se satisfacen los sentimientos hostiles y el odio, pero queda la culpa, calmada por la obediencia al padre después de su muerte, y los mismos hombres ahora se prohíben el acceso a las mujeres.

Para que la función del padre, más específicamente del padre muerto, pueda ejercerse como función de "corte" (la prohibición del incesto) es preciso que opere la temporalidad propia de la culpa, como lo señala Oscar Masota (1983), la prohibición del incesto en "Tótem y tabú" no es sino el padre muerto.

Un aspecto prevalece ante el parricidio, los hermanos de la horda salvaje, mantienen el deseo de llegar a ser como el padre, lo que manifiestan devorando en la comida, partes del animal totémico representante del padre. La hostilidad al padre se extingue, para que aparezcan sentimientos amorosos y un ideal cuyo contenido es la omnipotencia del padre primitivo, y la disposición de someterse a él.

Por otra parte Philippe Julien señala de lo planteado por Freud en Tótem y tabú acerca del complejo de Edipo, que el resultado del asesinato del padre, lejos de ser el acceso al goce de la madre, por el contrario lo prohíbe. A partir del asesinato

se edifica la prohibición de la madre. *"Freud toma el relevo de lo que ha sido dicho por boca de sus analizantes; y continúa. Dice a su vez que el padre en tanto agente en el discurso del amo está castrado desde el origen"* (Julien, P. 1990: 15).

Las secuencias acerca del mito del padre que Julien sintetiza, son las siguientes:

"1.- En primer lugar, un padre todo poderoso, un amo, amo que posee no una, sino todas las mujeres, en el interior de la horda.

2.- Asesinato del padre por los hijos y - ¿por qué no? – por las hijas, que dan una mano a sus hermanos.

3.- Instauración de la ley de prohibición del incesto: no hay reparto de las mujeres del padre sino la exogamia. La Ley nace de la muerte del padre.

4.- Retorno del significante paterno, del Der Vateranteil (del elemento paterno) dice Freud; el padre vuelve como significante con el tótem, luego con el dios de las religiones.

5.- Pero finalmente, y sobre todo, última secuencia donde se devela lo esencial que es la realización de amor al padre: por la comida totémica, por la incorporación del significante paterno, hay establecimiento del lazo social y fundamento de la sociedad" (Julien, P. 1990:16 y 17).

Al final el legado del amor al padre es el Superyó constituido por identificación con los trazos del padre, y particularmente con su potencia. De allí viene la cultura, la moral y la religión. Entonces el padre tiene una función compleja, aparece no como un objeto sensible sino como un significante, aparece como un nombre. Un padre instaurador de la prohibición en la culpabilidad de los hijos después de su muerte, como padre de la horda primitiva, lo que representa en el

inconciente de cada uno, la Ley como referida ante todo a una instancia idealizada o, mejor aún, a un puro significante. En tanto hay un significante del Nombre-del-Padre, puede haber castración, es decir, esa operación limita y ordena el deseo del sujeto.

En el contexto de la clínica psicoanalítica y se considera que la égida del asesinato del padre, da pauta, como consecuencia, al final de análisis "*la enunciación de lo imposible*", se trata de engendrar ese imposible entre un hijo o una hija y un padre, precisamente se trata de no saber sobre del goce del padre. Este imposible es lo que en términos freudianos se llama castración, establecida por el padre real, como padre del real, o sea de lo imposible.... con el Nombre-del-Padre hablé del Padre simbólico, luego de su primacía sobre el imaginario. Ahora, hablar de castración, es pasar a otra relación, no más entre el simbolismo y el imaginario, sino entre el simbólico y el real (Julien, P. 1990).

La función paterna "corte", es por donde se introduce la castración simbólica, hace su emergencia en la fase de la primacía del falo. Pero antes de abundar sobre este último concepto es necesario apuntar algo con relación a la función del "corte", al complejo de castración; tratando de ubicar la castración como complejo y los derivados de estos términos y conceptos, son utilizados en la obra de Freud y en el lenguaje psicoanalítico.

Por castración se toma la significación de "cercenamiento del pene", como un acto o como un estado de tener que hacer frente a su castración... De este término se puede deducir en los procesos psíquicos su relación con la fantasía o el sueño, en donde Freud hace un desarrollo en el caso Juanito (el sueño del plomero) y la fantasía (el diálogo que surge después del sueño entre Juanito y su padre). La castración ya sea fantaseada o en sueños recae por fuerza sobre un objeto. Freud desde la interpretación de los sueños dice cómo recae en los dientes, los ojos, etc. Que remite las sustituciones de lo que será el pene. Si recae sobre un objeto esto alude a un acto, que bien pueden ser las intervenciones quirúrgicas o cualquier tipo de operación que logren asociarse con la posibilidad de la pérdida de una parte del

cuerpo y es de suponerse que alguien lleva a cabo este acto sobre el objeto: éste será un agente, en lo cual Freud señala que siempre será padre, a pesar de las engañosas sustituciones que se tratan de hacer (Galindo, C. 1982).

El complejo de castración es una teoría que aparece como expuesta a una necesidad de saber, de explicar el origen de la diferencia de los sexos, y esta diferencia de los sexos apunta hacia el tener y no tener pene. Este complejo de castración se halla íntimamente ligado al complejo de Edipo, del que sólo es uno de sus aspectos. Complejo significa universalidad, significa que existe una organización de las representaciones en relación con una imagen ... y significa que hay un aspecto estructurante en esta organización, estructurante para el conjunto de la vida libidinal y, quizás, de la vida del individuo (Laplanche, J. Y J.B. Pontalis 1983).

En la relación entre este complejo y las pulsiones es que estas últimas sucumben a la prohibición. De este modo, la función del padre no recae solamente en el niño, sino también en la madre, o sea que la función del padre es más amplia. Y esta función va precisamente sobre la madre, ya que la función de ésta es la erogenización del niño, y en este proceso se entabla una relación dual, aparentemente inseparable, porque desde el Edipo femenino el niño viene a llenar la ausencia de la madre. Ausencia como producto del complejo de castración de la madre cuando fue niña, dándose la envidia al pene, posteriormente sustituida por querer tener un hijo, y ahora que lo tiene surge la posibilidad de abandonar la castración (pene igual a niño) (Galindo, C. 1982).

III.2 Concepto de falo y metáfora paterna.

Para Pommier en "Cuestiones sobre el fin del análisis" (1982), el término "falo", rara vez es utilizado en los escritos freudianos, su referencia siempre es en relación con el "estadio fálico" como un momento de la sexualidad infantil durante el cual culmina en el complejo de castración. Señala que Freud utiliza el término pene,

cada vez que tiene que designar la parte amenazada del cuerpo del varón y ausente del cuerpo de la mujer. Así mismo lo especifica como un objeto separable y sustituible. *“El pene es discernido como algo separable del cuerpo y entra en analogía con la caca, que fue el primer trozo de lo corporal al que se debió renunciar”* (Freud, S.[1917/1979p]:122). De esta manera, el niño no sólo sitúa en los órganos genitales la fuente del placer esperada, las pone en otras partes de su cuerpo, con la misma sensibilidad, por ello procura sensaciones de placer análogas y de este modo pueden fungir con el rol de órganos genitales.

Sin embargo, con Lacan está claro que el elemento organizador de la sexualidad humana no es el órgano genital masculino, sino la representación construida sobre esta parte anatómica del cuerpo del hombre. *“El falo en la doctrina freudiana no es una fantasía, si hay que entender por ello un efecto imaginario. No es tampoco como tal un objeto (parcial, interno, bueno, malo etc) en la medida en que este término tiende a apreciar la realidad interesada en una relación. Menos aún es el órgano, pene o clítoris que simboliza,... Pues el falo es un significante (...), el significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado.”* (Lacan, J. [1966/1984]:669-670)

En la castración se puede deducir que el objeto central en torno al cual se organiza el complejo de castración no es, a decir verdad, el órgano anatómico peniano sino su representación. Lo que el niño percibe como el atributo poseído por algunos y ausente en otros no es el pene sino su representación psíquica, ya sea bajo la forma imaginaria o bajo la forma simbólica. En este sentido, un falo imaginario es como una representación psíquica, resultado de tres factores: anatómico porque efectivamente es un apéndice del cuerpo, libidinal por la alta carga de autoerotismo y fantasmático ligado a la angustia de la posibilidad de ser mutilado.

Por otra parte se encuentra la forma simbólica, la figura simbólica del falo imaginario o falo simbólico, puede entenderse según distintas acepciones, ante todo aquel que designa al órgano masculino el valor de objeto separable del cuerpo,

desmontable e intercambiable con otros objetos “..del cuerpo del que <La cosita> puede ser separada” (Leclaire, S. 1991:41). No se trata aquí como en el caso del falo imaginario, de que el falo simbólico sea un objeto presente o ausente, amenazado o preservado, sino de que ocupe uno de los lugares en una serie de términos equivalentes. En la niña el falo imaginario es reemplazado en lo simbólico por un niño. La experiencia de castración va a marcar las demás experiencias erógenas, sea cual fuere la zona del cuerpo, destete, esfínteres, el pecho que le niño pierde, la heces, toman el valor de falo imaginario, así el falo imaginario se desprende convirtiéndose en el patrón simbólico que hará posible que objetos cualesquiera sean sexualmente equivalentes, es decir todos ellos referidos a la castración (Pommier 1982).

Para Lacan, el falo es el significante del deseo, lo que implica recordar que todas las experiencias erógenas de la vida infantil y adulta, todos los deseos humanos (oral, anal, visual, etc), estarán siempre marcados por la experiencia crucial de haber tenido que renunciar al goce de la madre y aceptar la insatisfacción del deseo. El falo simbólico significa y recuerda que todo deseo en el hombre es un deseo sexual, es decir, no es un deseo genital sino un deseo tan insatisfecho como el deseo incestuoso al cual el ser humano debe renunciar. Pommier (1982) afirma el significante fálico es el límite que separa el mundo de la sexualidad siempre insatisfecha del mundo del goce que se supone absoluto.

La castración para Lacan, es el corte producido por una acto que secciona y disocia el vínculo imaginario y narcisista entre la madre y el niño. La madre coloca al niño en el lugar de falo imaginario, a su vez el niño se identifica con este lugar para colmar el deseo materno. El deseo de la madre como el de toda mujer es el de tener el falo. El niño se identifica, como si él fuera el falo, el mismo que la madre desea desde que entró en el Edipo. El niño queda en la parte faltante del deseo insatisfecho del Otro materno. En la relación primordial con la madre, el niño hace la experiencia de lo que a ésta le falta: el falo, el niño se esfuerza por satisfacer ese deseo imposible de llenar de la madre, todo esto se da en torno al falo [simbólico] presente-

ausente. Consolidándose la relación entre una madre que cree tener un falo y un hijo que cree serlo, como lo expone Lacan, (1958) la solución del problema de la castración no está en el dilema: tenerlo o no tenerlo; el sujeto debe primero reconocer que no lo es. Sólo a partir de aquí, sea hombre o mujer, podrá normalizar su posición natural. A diferencia de Freud, la castración no recae sólo en el niño, sino en el vínculo madre-hijo, en donde por lo general el agente de ese corte es el padre, quien representa la ley de la prohibición del incesto. No podrás reintegrar tu producto, y no poseerás a tu madre. El padre castra a la madre de toda pretensión de tener el falo y al mismo tiempo castra al niño de ser el falo para la madre. **Castrar al Otro materno de tener falo y castrar al niño de ser el falo.**

Haciendo una síntesis de lo expuesto acerca del concepto de falo en Lacan, se puede decir que, la castración es más un acto de corte que una amenaza o una envidia. Aspecto que recae sobre un vínculo más que sobre una persona. Este acto apunta a un objeto: el falo imaginario, objeto deseado por la madre con el cual el niño se identifica. El acto de castración, aun cuando es asumido por el padre, no es en realidad la acción de una persona física sino la operación simbólica de la palabra paterna. El acto de la castración obra por la ley a la cual el padre mismo, como sujeto, está inexorablemente sometido.

También se considera que la castración es simbólica y su objeto imaginario. Es decir, la ley rompe la ilusión de todo ser humano de creerse poseedor o de identificarse con una omnipotencia imaginaria. El mismo falo es, en tanto imaginario, el objeto al cual apunta la castración y, en tanto simbólico, el corte que opera la castración.

El falo se concibe como un elemento y concepto esencial de la constitución del sujeto y determinante en la vida del hombre, asimismo, de su función dependerá el necesario pasaje, del ser al tener. Pasaje donde es posible situar la castración simbólica, producto de la ley de prohibición del incesto. Esta manera de entender el falo, lleva a reconsiderar la dinámica edípica desde otra óptica, donde el Edipo

posibilita en el niño, asumir el falo como significante, como el ordenador, pero más allá de esta introducción al mundo simbólico, hay que hablar del representante **se trata en suma de que se enfrente al orden que hace de la función del padre la clave del drama** (Lacan, J. 1957).

Con los elementos falo y deseo, vertidos en torno a la situación edípica, es válido retomar algún momento de la relación preedípica, en la que el niño (del sexo que sea) se encuentra en una relación estrecha con la madre por la satisfacción provista en cuanto a alimentos, cuidados, etc. Situación que lleva al niño a colocarse, de acuerdo con lo planteado por Lacan, como el objeto de la madre, en tanto que quiere es ser también el objeto de su amor, tratando de representar lo buscado por ella, aunque eso sea el falo. Sin embargo, ¿qué es lo que cambia esta condición especular entre la madre-hijo?, son varias condiciones, entre ellas está el deseo de la madre, el cual va más allá del niño, es decir, darse cuenta de que no es suficiente, de que no es el falo. Para la madre, su objeto es presencia y ausencia. Al mismo tiempo, el niño no lo es todo para ella, tampoco ella puede ser todo para él. Emerge la frustración ante el objeto mismo que deja de serle completamente satisfactorio, presentándose una separación, sin embargo, no es la primera, pues ya antes sufrió la del nacimiento, el destete y la defecación, aunque no son tan significativas hasta la aparición de la castración. Por otra parte, sería suficiente con esta insatisfacción para que el sujeto se dirija a buscar otro objeto.

No sucede esto, porque este amor se encuentra en combinación con el odio, es decir esta ambivalencia no es razón suficiente para separarse del todo. Posteriormente sucede, presente o no su objeto, el niño se inicia en la masturbación. Situación que le acarrea reprimendas, ante las cuales puede desistir de sus pulsiones para conservar el amor. En otras palabras, se da una separación de la ligazón madre-niño, por la insatisfacción, las experiencias antagónicas, la ambivalencia y por las reprimendas a causa de la masturbación.

Cabe mencionar que las reprimendas por la masturbación generalmente de una mujer, sea o no la madre, aunque se prometa la ejecución por un hombre o figura de autoridad. Es decir, tanto el deseo como la amenaza de castración provienen de la madre. Es ella quien introduce al Otro. Es quien deja su deseo para dar lugar a la Ley a la Metáfora Paterna, cediendo el lugar al Otro y al deseo del Otro. En lugar de deseo habrá prohibición. Es justamente aquí, donde queda ubicada la construcción del significante del Nombre-del-Padre.

El complejo de Edipo representa una metáfora particular consistente en la sustitución de un significante, el deseo de la madre por otro significante el Nombre-del-Padre. A través de la lectura del falo, se llega a dos niveles. En un primer nivel, quiere decir que la pregunta por el deseo de la madre está sometida al problema de la diferencia de los sexos: Es decir, si el hecho de que la madre es deseante significa que es carente, esa carencia quedará representada por la ausencia de pene en la mujer. Como portador del falo, el padre posee la clave del enigma del deseo materno, al mismo tiempo que el objeto de ese deseo. Por tanto el niño se ve relevado de la carga de satisfacerlo.

Por otra parte, el falo es el símbolo del sin sentido del deseo. Desde este punto de vista el Nombre-del-Padre es el nombre del sinsentido. La razón de la base de sinrazón del deseo. Como significante, marca el punto de detención de toda búsqueda de sentido, el punto de sinsentido en tanto constituyente del límite de cualquier significación. Por tanto, impide la prosecución de la búsqueda infinita de una respuesta al enigma del deseo materno, búsqueda que se confunde con la de hacerse su objeto, por esa razón, confirma su naturaleza incestuosa. El significante del Nombre-del-Padre, significa al niño que es al padre a quien incumbe la carga de ese enigma. Constituyéndose así, un saber cuyo acceso está vedado, situado en el lugar del Otro paterno a quien se le supone.

Para Freud el padre es, antes que nada, un semejante, un rival, alguien a quien uno ama, alguien a quien uno odia. Como lo señala Nasio, otro minúsculo que

el niño mata cada vez que descubre que su padre no lo sabe todo; lo mata en cada poema que hace, en cada una de sus mentiras. Nasio, J. (1982) señala: En efecto, toda metáfora es un pequeño crimen, un asesinato. Es por eso por lo que yo les decía que hemos asesinado y asesinaremos muchos padres. Pero si hay muchos padres asesinados en el transcurso de una vida, no hay sino un solo padre muerto, antes de nuestro nacimiento, un Padre primordial muerto. Es porque está muerto por lo que todo el edificio se sostiene. De la misma manera que hay muchos padres asesinados y un solo padre muerto, hay muchos nombres de padres, pero no hay sino un solo Nombre-del-Padre.

Para Nasio (1982) y referenciando a Lacan en su Seminario de 1964: los nombres del Padre; señala que el misterio del Nombre-del-Padre, no puede ser resuelto de una vez, pero se puede distinguir el lugar y el elemento: "el Nombre-del-Padre es el lugar único en el cual vendrán a sucederse una multiplicidad de nombres hasta el infinito.

Siguiendo la propuesta de Lacan, el Nombre-del-Padre es todavía algo distinto de un lugar. Es también una metáfora. Diciendo esto, considero al mismo fenómeno desde dos puntos de vista diferentes: si se considera desde el punto de vista del lugar del sucesor, el Nombre-del-Padre es el lugar del sucesor; si se considera desde el punto de vista del término del elemento que viene a ocupar este lugar, es uno de los nombres posibles del Padre. Pero, en la expresión "metáfora paterna", hay algo en particular, la introducción de la Madre: hay el lugar del Nombre del Padre, hay nombres hasta el infinito que vienen a inscribirse pero con la condición de que una madre desee. La metáfora paterna es un nombre que se ubica en el lugar del Nombre-del-Padre, en el lugar del sucesor, y ese S1 cualquiera —que deja de ser cualquiera desde el momento en que viene a ocupar este lugar particular— viene a redoblar, a sustituir, a condensarse con el significante del deseo de la madre. Entonces ¿Cuál es el significante del deseo de la Madre?: el falo (Nasio, J. 1982). La condición para que exista la metáfora paterna, es una madre deseante, de esta

manera el sujeto deja el lugar ocupado, en el momento en que se articula con el significante del deseo de la madre, con el falo.

III.3 El síntoma como una metáfora.

En el capítulo II, se destacó que las funciones del Superyó no atiende con la observación, la crítica, el castigo, el recuerdo e instauración de la Ley, así como de lo que está más allá de la misma. De tal suerte que el sujeto debe enfrentarse a todo esto de acuerdo a lo que su estructura psíquica le permite, así además de las típicas defensas que su estructura le favorece, echa mano de otras vías, como lo son la inhibición y el síntoma.

La inhibición, algo que falta para funcionar, es la incapacidad para actuar como normalmente lo haría, relacionado principalmente con lo motriz, con el movimiento. Por parte de su raíz etimológica significa impedir, obstaculizar, disminuir o reducir; la fuerza, la actividad, pero también el pensamiento. El movimiento pero no sólo desde lo físico sino además de todo aquello que supone actividad, lo cual incluye la capacidad ideativa e intelectual.

Así mismo, la inhibición sirve de precaución o también como lo que proviene de una disminución energética. Es un simple no poder efectuar una acción. Se activa para no provocar el síntoma-angustia, evita la sensación de acercarse con la culpa y con las pulsiones que la causan. Por ejemplo, considerando también en un extremo las inhibiciones pueden conducir a estados depresivos, pues se cae en una fatiga o desgano por realizar actividades o en otras palabras, de invertir labores o personas.

Es el Yo quien por medio de las inhibiciones evita acciones sexuales prohibidas provenientes de los deseos primarios incestuosos y de parricidio, deteniendo así un conflicto con el Ello, ya que no reprime, simplemente inhibe, en otras palabras es como si tuviera toda la intención de darles cauce pero se defiende tras la incapacidad. Pero además, puede dejar de hacer tal o cual actividad como

una autopunición, evitando el conflicto con el Superyó. Así se detiene de hacer cosas que le pudieran proporcionar éxito o provecho, como lo que pudiera tener que ver con el trabajo, con su capacidad creativa, etc.

Freud ve en la culpa como una causa de la inhibición, lo señala diciendo: *"Nosotros sabemos que es su sentimiento de culpa el que lo paraliza"* (Freud, S. [1928/1979t]:186) de tal manera que el sujeto perciba cierta incapacidad para cumplir con las tareas. Como ejemplo de lo anterior se puede ver el caso de Dostoievski, quien una vez habiéndose sentido satisfecho de autocastigo, al disminuir su sentimiento de culpa, podía entonces crear o ceder su inhibición dando paso a la escritura.

Freud señala respecto del síntoma, como un desplazamiento o una sustitución de una satisfacción pulsional. Surge por los efectos de la represión ejercida por el Yo a las investiduras pulsionales del Ello, todo esto por una indicación superyoica. Es como si el Yo evitara la satisfacción por la represión, sin embargo, dada la energía del Ello no puede más que buscar otra vía y una de ellas es el síntoma. Síntoma en el cuerpo o en las ideas, experimentado como displacer, y que aunque está en función de la represión, es por el retorno de lo reprimido como se forma.

La represión es el resultado de la angustia vivenciada, esa angustia enlazada a las pulsiones ponen en peligro al sujeto en la escena edípica. De tal manera, el síntoma sirve como escapatoria para el Ello, como una sustitución de la satisfacción pulsional. Aquí está el juego entre el placer y el displacer. De alguna manera esto también implica la "ganancia secundaria de la enfermedad". En el síntoma están enlazados el Ello, el Yo y el Superyó. Freud dice que el síntoma está enlazado fuertemente con el complejo de Edipo, tan es así que de acuerdo a la posición frente a éste, es como se va formando la estructura psíquica, por una histeria, fobia u obsesión. El Superyó ejerce un papel principal, sobre todo en este último caso, en el que se vuelve de una severidad despiadada, forzando al yo a

detener la pulsión, que por los efectos de la regresión se ha desmezclado y se ha convertido en agresión.

Por la dureza del Superyó, en la obsesión, los síntomas se presentan bajo dos tipos de mecanismos, el de anulación que supone dos tiempos, el segundo de los cuales consiste en borrar el primero; y el de aislamiento que consiste en aislar un pensamiento o un comportamiento de tal modo que la experiencia vivida se vea despojada de su afecto o de sus asociaciones. En consecuencia, se encuentran neurosis obsesivas sin conciencia de culpa, pues esto es sustituido mediante los ceremoniales o conductas autopunitivas. El obsesivo se cree inocente pues la represión detiene la agresión y el erotismo, pero por los efectos de la regresión se guarda como sólo el sabe la agresión; esto, al final queda desconocido para el Yo, pero no para el Superyó, que sabe perfectamente de la pulsión.

El obsesivo anula y aísla a través de un simbolismo motor, de hacer desaparecer, por un lado hacer como si no hubiera sucedido nada, como si fuera un acto de magia y la otra, como si se pudiera desproveer al asunto de los afectos o lo que lo asocia con otras situaciones.

Ahora un acercamiento al síntoma en general, en este sentido para Lacan, el síntoma tiene trato diferente al indicado por Freud, sobre todo porque lo acerca al padre. Su postura lo lleva a concebir el síntoma como una metáfora, haciendo énfasis en la sustitución básicamente, sin descuidar la injerencia que puede suscitar el desplazamiento del deseo. En algún momento incluso lo trató como una palabra no dicha. El síntoma tiene que ver con el equívoco de la lengua, con lo que no está dicho y que se refleja en el cuerpo. Como lo afirma Lacan (1975) ... no se imaginan que hay pulsiones, eso es el eco en el cuerpo del hecho de que hay un decir, pero que este decir, para que resuene, para que consuene, para emplear otro término del *sinthomadaquin*.

"El síntoma es un bien del sujeto y bien para el sujeto" (Safouan, M.1987:22) es decir, es aquello que lo sostiene de alguna manera, por eso después Lacan al hablar del *sinthome*, lo esquematiza como aquello que une los tres registros en el nudo borromeo. Es, pues, aquello que le da un orden. En palabras lacanianas, serían los **nombres del padre**. El complejo de Edipo como tal es un síntoma. Es en tanto que el Nombre del Padre es también el padre del nombre que todo se sostiene, lo que no vuelve menos necesario el síntoma. (Lacan, J. 1975)

Lacan dice que el padre es un síntoma con referencia a que puede ser el cuarto elemento del nudo borromeo que sostiene los tres registros, el padre como se ha visto se puede situar en cada uno de los registros, además es un elemento que los une, pues cada registro es una versión distinta del padre³. *"El síntoma surge en el momento en que el deseo se encuentra en dificultades con la Ley"* (Safouan, M. 1987, Pág. 78) la ley del padre, la prohibición del incesto y del parricidio.

Así el síntoma esquivo de alguna manera el conflicto de ambivalencia, sobre todo en las fobias, donde puede enviar al exterior la amenaza de peligro y por tanto mostrar hostilidad ante tal, pudiendo conservar los sentimientos positivos. Además permite al Yo suspender el desarrollo de angustia.

La esencia de la neurosis consiste en *"tramitar por vía somática masas de excitación que ella no puede liquidar psíquicamente"* (Freud, S. [1928/1979t]:179), esto es precisamente lo que pueden ser referidos como un síntoma. Se puede deducir el síntoma como una defensa ante el Superyó, pero se sabe que también existen síntomas como castigos superyoicos y es así como el enfermo de la neurosis obsesiva, no quiere renunciar a sus síntomas. Freud afirma ese sentimiento de culpa es mudo para el enfermo, no le dice que es culpable; él no se siente culpable, sino enfermo.

³ Lacan hace un juego con las palabras de perversión, que en francés, *pere* es padre, por lo que sería una versión distinta del padre.

Sería pues también atribuible la aparición de síntomas a la necesidad de castigo, que deviene del "masoquismo moral". Masoquismo marcado por la vuelta sobre sí mismo de la libido, de la pulsión de muerte. No importa quien castigue o dañe, lo que importa es el padecer, no existirá cura del síntoma, tal vez sólo se sustituirá uno por otro, con la finalidad de retener aunque sea un poco de sufrimiento. *"En todos los casos es la conciencia de culpa el factor que trasmuda el sadismo en masoquismo"* (Freud, S. [1919/1979p]:186)

En Freud, como ya se ha mencionado, el Yo ante el Superyó se siente culpable de no ser lo que éste le exige. Esta situación radica en que el sadismo superyoico es evidente dada su gestación, pero el masoquismo del Yo es difícil de descubrirse. Este masoquismo moral o deseo de ser castigado, tiene que ver con una actitud pasiva, como la de entrar en vínculo sexual respecto a la figura parental introyectada como Superyó. Es decir, aunque sea por medio del castigo, se tiene una relación con el padre, sin dejar de lado que al conformarse el Superyó, se conservó en él la pulsión agresiva. La única relación posible es mediando con esta pulsión, por lo que sólo queda el sometimiento masoquista, como un intento de resexualización.

a) Necesidad de castigo y conciencia de culpa.

En esta necesidad de castigo, la conciencia de culpa actúa junto con la represión en la conversión del sadismo en masoquismo, a la conciencia de culpa le molesta tanto el sadismo como el incesto *"Por eso la sexualidad infantil, que sucumbe a la represión, es la principal fuerza pulsional de la formación de síntoma, y por eso la pieza esencial de su contenido, el complejo de Edipo, es el complejo nuclear de la neurosis"* (Freud, S. [1919/1979p]: 200).

La fantasía del niño sobre ser pegado, evidencia su componente masoquista, pero tiene que ver con un principio sádico, puesto que: *"el niño azotado, en efecto, nunca es el fantaseador"* (Freud, S. [1919/1979p]:182). Cabe destacar, en

este artículo, la fantasía de *"pegan a un niño"*, se transforma a un *"niño es pegado"*, porque partiendo de que se trata de una satisfacción autoerótica, incluso en un inicio de su investigación Freud no acertaba a decidir si este placer adherido a la fantasía de paliza, debía caracterizarse como sádico o como masoquista. Hay tres fases en esta fantasía, la primera es la formulada mediante la enunciación *"El padre pega al niño"*, donde quizá se trate de recuerdos con la presencia de este deseo; en la segunda fase se trata de una transmutación, el padre sigue siendo en golpeador, pero en este caso cambio el golpeado *"Yo soy azotado por el padre"* (Freud, S. [1919/1979p]:183), llevando consigo el elemento masoquista; en la tercera fase de la fantasía de paliza, se configura de manera definitiva que el niño fantaseador sigue apareciendo como espectador, y el padre conserva su persona en un maestro u otra autoridad.

Un dato interesante sobre esta investigación, es que se trató de seis casos (dos de ellos masculinos y cuatro femeninos), entre los que Freud encontró dos de neurosis obsesiva (uno de ellos calificada de grave), y un tercero que presentaba al menos algunos rasgo de la neurosis obsesiva. En este sentido y rescatando su apreciación en la constitución de la neurosis obsesiva, Freud plantea en la teoría psicoanalítica el núcleo de lo inconciente la herencia arcaica del ser humano, ella sucumbe al proceso represivo en el progreso hacía fases evolutivas posteriores. En la fantasía de *"pegan a un niño"* las pulsiones sexuales son capaces de hacer fracasar el propósito de la represión (esfuerzo de suplantación) y conquistarse una substitución a través de formaciones perturbadoras.

Por eso la sexualidad infantil sucumbe a la represión, es la principal fuerza pulsional de la formación de síntoma, justamente la pieza esencial de su contenido, el complejo de Edipo, resaltar las aberraciones sexuales de la infancia y de la madurez como ramificaciones del mismo complejo. Si ese componente sexual que se separó temprano es el sádico, queda como señala Freud, la expectativa de que su posterior represión genere una predisposición a la neurosis obsesiva.

El par sadomasoquismo está presente en la vida del sujeto, dividiéndose de alguna manera, entre su pensar sádico y su experimentar masoquista. *“Sólo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción que se gana con ella es masoquista, su intencionalidad reside en que ha tomado sobre sí la investidura libidinosa de la parte reprimida y, con ésta, la conciencia de culpa que adhiere al contenido.”* (Freud, S. [1919/1979p] pág. 188)

Pero, es imperativo rescatar el hecho de la culpa, porque si algo pasa con el obsesivo es que de este vuelco a la fase sádico anal se determina una predisposición posterior del proceso; esta regresión provocará una disociación de las pulsiones de vida y de muerte, y los impulsos hostiles libidinales tomarán un disfraz de violencia y crueldad. Esta regresión da cuenta del mundo fúnebre de los obsesivos, donde todo es peligro, muerte, crímenes.

Del sadismo queda un sentimiento fuertemente arraigado en los sujetos, ya se sabe que tiene su origen en lo que lo anteriormente señalado, el tótem y el tabú. Es decir, en el crimen primordial. Es representativo en las religiones, sobre todo en la cristiana en la que el hijo de dios se sacrifica a sí mismo por el perdón de los pecados de la humanidad, y si se sigue la ley del talión, entonces se puede suponer, que el pecado por el que se pagó de tal manera es también un asesinato: el asesinato del padre.

Esto es a lo que Freud llamó: *urshuld*, que significa culpa primordial. Y como lo recalcará Freud *“... este oscuro sentimiento de culpa brota del complejo de Edipo, es una reacción frente a los dos grandes propósitos delictivos, el de matar al padre y el de tener comercio sexual con la madre”* (Freud, S. [1916/1984m]:339) Ese sentimiento no tiene que ver con la consumación del acto por cada uno de los sujetos, sino más bien es preexistente al crimen. En realidad surge por el deseo de dar muerte y el de reintegrarse con la madre. Es por el simple deseo que se vive la culpa. Deseos que se re-escenifican en el momento del complejo de Edipo, por lo que se puede decir que *“La conciencia de culpa fue originariamente angustia frente*

al castigo de parte de los padres; mejor dicho: frente a la pérdida de su amor" (Freud, S. [1914/1984m]: 98).

Por otra parte, Freud dice que: *"el sentimiento neurótico de culpa correspondió al reproche que el individuo se hace por no haber cumplido su tarea de vida"* (Freud, S. [1914/1984m]:60) indica que existe un conflicto interno en el sujeto, entre la "tarea de vida" y la "inercia psíquica", es decir entre la pulsión de vida y la de muerte. Así, la culpa tiene que ver con un cierto triunfo de la pulsión de muerte.

El sentimiento de culpa en la neurosis obsesiva se fundamenta en los intensos y frecuentes deseos de muerte inconcientes hacia sus prójimos. Este fundamento tiene su origen en los pensamientos inconcientes y no unos hechos consumados, así, la omnipotencia de los pensamientos, la sobrestimación de los procesos anímicos en la realidad objetiva. El obsesivo con esta conducta, así como en la superstición practicada en su vida, muestra cuán cerca se encuentra del salvaje que cree alterar el mundo exterior mediante sus meros pensamientos.

Además la conciencia de culpa o necesidad de castigo, es tratada por Freud como una de las resistencias, ejecutadas por el Superyó, para evitar el éxito y la curación en el análisis.

De acuerdo a los tres registros lacanianos, la culpa también puede presentarse en cada uno de ellos de distinta forma, como lo plantea Martha Gerez (1993) parafraseando a Lacan, diferenciando: *"Angustia. Único sentimiento que no engaña. Y culpa: único sentimiento conciente de culpa inconciente porque, en tanto revelador de alguna falta en el Otro, revela al sujeto su miseria, pero vela la verdad que la culpa conlleva"* (Gerez-Ambertín, M, 1993:215). Es decir, la culpa tiene que ver con aquello no sabido, con el pecado original, con el deseo, que para sobrevivir el sujeto debió reprimir, pero no por eso lo desapareció. En todo caso, la conciencia de culpa se debe más a la regresión de aquel deseo que a la represión.

“La culpa es un sentimiento (registro imaginario), pero también, una respuesta del sujeto para cubrir la falta del otro (registro simbólico), soportada con sufrimiento y con un plus de goce (registro real)” (Gerez-Ambertín, M, 1993:215) Así los sitúa en el nudo borromeo, donde comparten el saber, el deseo inconciente y el goce. En la intersección imaginaria y simbólica está el sentimiento de culpa, éste que sí puede ser percibido y sufrido, expresado. Entre el simbólico y el real está la culpa inconciente, una culpa vivida y marcada por la ley. La culpa muda, entre el imaginario y el real, donde está fuera del lenguaje, sometida a Superyó y al goce, aquella imposible de expresarse.

Hay dos dimensiones de la culpa, en primer lugar se trazan la manera de negociarla para minimizarse a través del amor, de recurrir al Otro; En segundo lugar la manera de expiar la culpa es sometiéndose al castigo superyoico, la culpa incurable no será posible tratarse, pues es por la que el sujeto ya se ha aceptado criminal. *“La culpa transita entre lo real que <<llama al goce>>, lo simbólico que lo demarca y lo imaginario que recrea las figuras de la añoranza del padre y del pecado”* (Gerez-Ambertín, M, 1993:220).

IV.- La Función Paterna en la neurosis obsesiva

IV.1.- El síntoma en la neurosis obsesiva

En el primer capítulo se abordó la formación del síntoma en las neurosis, apartado en el que se revisan los primeros escritos de Freud, donde realiza una serie de sistematizaciones primarias en torno a la neurosis obsesiva. Lo anterior permite construir las características de esta neurosis, así como la relación que guarda ésta con relación a sus síntomas.

En las primeras aproximaciones de Freud, la etiología de la neurosis y las defensas, se instalan para constituirla bajo la premisa de la teoría del trauma. En este periodo (1894-1897), aún no está de por medio en la etiología de las neurosis la fantasía, sino sólo el mecanismo que da origen al síntoma, es decir el desplazamiento del afecto hacia representaciones más o menos alejadas del conflicto original. En este sentido la neurosis obsesiva, diferenciada de la histeria por una cuestión temporal, es decir, la fecha en la que se llevó a cabo el evento traumático, donde indica debió ocurrir en una época anterior a la de la histeria. Pero hay algo más, la respuesta a la seducción en la neurosis obsesiva será activa, en contraparte con la histeria en donde lo que la caracteriza es la pasividad. Cabe resaltar que la histeria y la neurosis obsesivas fueron estudiadas en paralelo por Freud, acercándolas en las similitudes y separándolas en sus mecanismos, como es el caso de la conversión misma que no procede en la neurosis obsesiva.

Una característica de la neurosis obsesivas, consiste en tener una mayor relevancia la imposibilidad del sujeto respecto a lograr una anulación o mutación de una idea penosa, misma que al no alcanzarse, hará su aparición encubriéndose fundamentalmente por medio de la actividad del reproche. De la misma forma, las ideas o representaciones obsesivas están sujetas a la posibilidad del cambio a través de la operación del desplazamiento, de tal suerte que el estado afectivo queda eternizado, dejando una marca fija en las representaciones en las que se asocia. La

conjunción del estado afectivo y la representación modificada son los elementos que desde Freud, permiten la reconstrucción del trauma sexual primitivo.

Sin embargo, los planteamientos de Freud para explicar las neurosis obsesivas, adquieren un nuevo giro a partir de la publicación del Hombre de las Ratas (1909) "A propósito de un caso de neurosis obsesiva". Es a partir de la presentación del caso donde Freud pone en conexión varios elementos, entre ellos la idea referida a la formación del síntoma obsesivo, mismo que está entramado al acto del pensamiento, a donde se transfieren investiduras libidinales presentadas a través de un pensamiento omnipotente, dominio que establece el narcisismo e indica una intensa hostilidad en la dinámica edípica.

"El Hombre de las Ratas", caso que gira en torno a la neurosis obsesiva, fue atendido por Freud, a partir de los primeros días del año de 1907, y publicado durante 1909. Trata de un historial clínico, donde a diferencia de los otros casos atendidos y publicados por Freud, se cuenta con una parte del registro en notas de algunas sesiones, notas que no fueron transcritas en el original por Freud, sino añadidas posteriormente en la publicación del caso, hecho singular, que permite incursionar con mayor detalle y precisión en este caso y en la neurosis obsesiva misma. La presentación del caso inicia a partir de un elemento singular, cuando Freud señala, con relación a su paciente, que el "*Contenido principal de su padecer – dice– unos temores de que les suceda algo a quienes ama mucho: su padre y una dama a quien admira. Además, dice sentir impulsos obsesivos (por ejemplo, a cortarse el cuello con una navaja de afeitar), y producir prohibiciones referidas aún a cosas indiferentes*" (Freud, S. [1909/1980j]:127).

De esta manera, el Dr. Ernest Lehrs abogado de 29 años da paso a su demanda de análisis, lo cual le permite a Freud incursionar en las profundidades de los llamados misterios en el alma del obsesivo; así pudo observar la problemática del amor y del odio; sus dudas falsas, resultado de las dos certezas que se antojan obvias, de contradicciones; de supersticiones, o de sus "delirios". Freud se encuentra

ante todo lo que hace de la neurosis obsesiva una neurosis ideal, en el sentido de que las pulsiones más crudas, irrumpen en medio de las ideas obsesivas.

Freud, recibe en consulta al Dr. Lehrs, aproximadamente durante un año, hecho que aparece enmarcado en una particular circunstancia, ya que "El hombre de las Ratas", decidió solicitar tratamiento, después de haber leído "*Psicopatología de la vida cotidiana*", texto evidenciado al inicio del tratamiento, ya que es un documento a donde refiere sus comentarios, es como su entrada, pero lo relevante es que este libro deja clara la tendencia en este caso, ya que su desarrollo se encamina por las vías del lenguaje, del discurso, a diferencia por ejemplo de Dora, donde la principal característica de trabajo fue a través del sueño. El Hombre de las Ratas se perfila entonces, como un personaje que se reconoce en el lenguaje, y es a partir de éste donde sus connotaciones significantes conformarán una puerta de acceso al historial presentado por Freud, centrado en la importancia del significante.

Quizá uno de los eventos capitales marcados este caso, es el relativo al gran temor obsesivo conectado a su experiencia militar. A propósito de las maniobras militares en X, en donde hizo un alto y pierde sus anteojos, solicitó el reemplazo de los mismos a su óptica en Viena. En ese lugar habla con dos oficiales, un capitán con apellido checo, quien le cuenta sobre castigos terroríficos en el oriente. Se trata a propósito de un condenado atado, sobre su trasero es puesto un tarro dado vuelta luego hace entrar ratas (Raten) que lo penetraban en el ano. "*Horror ante el placer ignorado {unbekennen} por él mismo.*" (Freud, S. [1909/1980] pág. 133) La fantasía asociada es que esto le sucederá a una persona que ama (dama-padre), aparece una sanción, para que esta fantasía no se cumpla.

Junto al gran temor obsesivo, se presenta el asunto relacionado con la entrega de los lentes, y sabe que debe pagar el reembolso al teniente primero A, porque se supone pago el reembolso por el Hombre de las Ratas. En ese momento se elevó un mandamiento a modo de juramento "*tu debes devolver el dinero, de lo contrario sucede aquello*" (es decir, lo de la fantasía de las ratas se podría realizar en

el padre y la dama). Intento efectuar el pago a A., cuando logra verlo personalmente, esté le informa que el reembolso se lo tiene que hacer a B quien tenía a su cargo el correo. Se inventó este raro expediente, no podía mantener su juramento dado que la premisa era falsa; iría a la estafeta postal con los dos señores A. y B., allí A. daría a la señorita que atiende la estafeta las 3,80 coronas, y ella se las daría a B. Cumple con esto su juramento de entregar a A, las coronas.

En el Hombre de las Ratas, se encuentran formaciones de síntomas que aparecen sin ir más allá de formulaciones centradas en ideas y actos compulsivos, dando paso a los síntomas bajo esta forma de manifestarse. Esto es porque, respecto a la formación de síntomas en esta neurosis, o porque el material que se destaca gira en torno a otras problemáticas, consideradas propias de las neurosis obsesivas: la duda y la vuelta a las pequeñas grandes decisiones de la vida cotidiana.

Se sabe que en la neurosis obsesiva es central la necesidad de multiplicar las barreras, las protecciones contra la expresión de un deseo percibido como inaceptable. En la medida en que la idea sacrílega lo asalta permanentemente, en la medida en que el objeto repugnante sólo puede ser alejado del sujeto y no realmente remitido a un lugar psíquico otro por una operación de represión, el obsesivo no puede más que retomar indefinidamente la alternancia del mandato y la prohibición, de la orden y de la contraorden. Este síntoma definido como anulación retroactiva, se plasma en esta dimensión, se presenta en dos tiempos, de tal forma que el segundo acto suprime al primero, todo pasa como si nada hubiera sucedido, cuando en realidad han sucedido los dos actos. El Hombre de las Ratas, por ejemplo, un día choca su pie con una piedra de la calle, se ve obligado entonces a quitar la piedra del camino, porque pensó que el vehículo de su dama pasaría en algunas horas por ese lugar y podría tener un accidente a causa de esa piedra. Pero algo después se dice que es absurdo, y debe entonces regresar para volver a colocar la piedra en medio del camino.

Por otra parte, en la neurosis obsesiva las formaciones reactivas adquieren la forma de rasgos de carácter, de alteraciones del yo, constituyen dispositivos de defensa en los que desaparece la singularidad de las representaciones y de las fantasías implicadas en el conflicto: así, un determinado individuo mostrará, en general, compasión por los seres vivos, mientras su agresividad inconciente se dirige a algunas personas determinadas. Freud señala que el sujeto ha elaborado formaciones reactivas, pero no desarrolla ciertos mecanismos de defensa para utilizarlos cuando amenaza un peligro pulsional; cambiando la estructura de su personalidad, como si este peligro se hallara siempre presente, para estar preparado en cualquier momento en que el peligro aparezca.

Freud considera síntomas tanto la anulación retroactiva como la formación reactiva, pero desafortunadamente la Psicología del Yo los convirtió en mecanismos de defensa y esto implica una gran distancia de concepción, ya que el síntoma y el mecanismo de defensa no son lo mismo, este último consiste en tipos de operaciones en las cuales puede especificarse la defensa, son utilizados por el yo, pero permanece sin resolver el problema teórico de saber si su puesta en marcha supone la existencia de un yo organizado. El síntoma en cambio en sentido estricto, es así producido por el rechazo de la imposición que exige el acceso a la vida sexual, por lo tanto su definición es mucho más amplia.

Por otro lado, es conveniente considerar que los síntomas obsesivos son considerados de una manera distinta a la concepción de síntomas en el sentido de las formaciones del inconciente estudiadas por Lacan, quien propone el concepto de metáfora. Lacan al proporcionar un estatuto imaginario al yo, centrando la discusión en la imposibilidad de su autonomía ofrece una salida al asunto del yo como centro del sistema percepción conciencia, orientándonos hacia una salida a la problemática de la conciencia en la neurosis obsesiva. Para Lacan el correlato del yo en la neurosis obsesiva no es la agresividad sino su fortaleza, su hipótesis es que esa fortaleza no deriva de su ubicación con el otro sino con el Otro.

IV.2.- La deuda impagable.

Es de particular interés el significado de la deuda en la neurosis obsesiva, en el Hombre de las Ratas al nacer su padre sentenció: “que después de todo tendría que reducir los gastos, ya que ahora iba a vivir una persona más en casa”. A partir de esta sentencia se muestra una imprescindible significación – la deuda-, misma que conlleva su fundamento a una época anterior al nacimiento del Hombre de las Ratas. En el año 1878, nace Ernest Lehrs (el Hombre de las Ratas), su padre piensa que ante tal evento, no tiene otra opción que ajustar los gastos, ya que ahora vive una persona más en la casa y efectúa una simple fórmula: “tantos hijos, equivalen a tantos florines”.

Por lo manifestado en el caso, se sabe que el padre adquiere y alcanza a consolidar cierta fortuna a partir de su mujer. En un momento de su vida, se vio en la encrucijada de tener que escoger mujer, por tal motivo tuvo que decidir, entre una mujer pobre y una rica, a pesar de estar enamorado de la mujer pobre, opta por tomar como mujer a la rica, haciendo con esto un matrimonio por conveniencia que le permite ingresar a un mundo económico distinto al que tenía, así como pertenecer a otro estatus social. Pero a pesar de ese mundo económico le brinda soltura económica, se ve en la situación de reconsiderar el gasto familiar (como si el dinero proviniera de él) y establecer una enunciación en la que involucra a su hijo, en calidad de florin.

Sin embargo cabe resaltar, que el Hombre de las Ratas bajo el esquema de la madre rica, al solicitar su ingreso a análisis tuvo que consultarla sobre la erogación que implica el tratamiento y llegar a un acuerdo sobre los gastos. A pesar de estar muerto el padre, para disponer el Hombre de las Ratas de su herencia, tiene que consultarlo con su madre. El dinero aparte de las connotaciones que guarda con relación a la deuda, se ubica en otro rubro ampliando, sobre la influencia que ejerce.

No hay que perder de vista que el Hombre de las Ratas, en más de una ocasión, le dirá a Freud en el momento de pagar sus sesiones: "Tantas sesiones, tantas ratas".

El padre muere, llega a su término como una mensualidad y el Hombre de las Ratas vuelve a encontrar con su padre en la deuda. La deuda impagable del padre encadenó al Hombre de las Ratas. Es aquí donde la falta se relaciona con un acto. Se trata de una falta situada más allá de todo aquello de lo cual el sujeto puede decir, es de lo no sabido, del no saber.

En la articulación de la falta con el no saber, con lo no sabido del sujeto, es necesario recurrir a *Los principios del acaecer psíquico* (Freud, 1911) de Freud, donde señala que la represión afecta nuestros deseos y nuestros fantasmas; o sea aquello justamente sin lo cual no hay placer, ni siquiera búsqueda de placer.

El Hombre de las Ratas sabe que ante la deuda de 3,80 coronas, tendrá que reaccionar como si eso le fuera impuesto por la voluntad del capitán, un imperativo que él debía llevar a cabo al pie de la letra, aun cuando sabía que el capitán cometió un error con respecto a la identidad del acreedor. Este mandato de pago, como lo señala Safouan (1981), Freud lo reconstituyó de la siguiente manera: Tan cierto es que le devolveré el dinero a A., como que mi padre y mi novia pueden tener hijos. El saber del acreedor, queda como un "mejor saber", en el Otro, el sujeto no quería por nada del mundo pisar el lugar, cualquiera sea, de este saber. El Hombre de las Ratas, sabía que el padre no podía tener hijos puesto que estaba muerto y la dama estaba como no fértil por una extirpación de los ovarios, razón por la cual vacilaba en su deseo de casarse con ella. **Intentar lo imposible es lo que hacen los obsesivos.**

Otro de los aspectos puestos al descubierto en el caso del "Hombre de las Ratas", es la ubicación del sadismo en un primer plano, trato que reciben los afectos, al trasmutarse mediante el afecto que les imprime el destino de trastorno en lo contrario. En 1926, Freud publica *Inhibición, Síntoma y Angustia*, donde hace

hincapié en el rasgo fundamental que sostiene su planteamiento acerca de la neurosis obsesiva: la regresión. Está no corresponde a una regresión tópica efectuada por el Yo, sino que será considerada como una regresión que depende de la organización libidinal que está en juego, pero destacando que esta organización es puesta en marcha bajo la forma defensiva: Así lo reprimido surge como el elemento que se impone, mientras el Yo y el Superyó vendrán a colaborar, en este proceso, con la formación del síntoma. El modelo de la represión planteado de esta manera, queda enmarcado como una defensa más en el proceso, mientras por otra parte, será la regresión quien tome un lugar fundador y ocasionador de la formación del síntoma.

En El yo y el Ello (1923), se encuentra la construcción de una nueva tópica que tiene por finalidad cubrir aquellos procesos que escapaban a la primera tópica. Una de las instancias que conforman esta nueva tópica es el Superyó. Instancia definida por Freud como hostil, particularmente en la neurosis obsesiva. Esta neurosis, se considera por medio de su acción intolerante y hostil, comportándose en todo momento como si la represión no hubiera acontecido, mientras el Ello se torna también intolerable, exigiendo satisfacción a sus demandas, de un modo cada vez más autoritario. La formación de síntomas corresponderá en la segunda tópica, a una serie de exigencias que provienen del Superyó, donde la posible vía de satisfacción pulsional quedará abierta desde lo considerado como una satisfacción de índole masoquista, misma que entabla una relación particular con el Superyó, ya que con el objeto de esquivarlo, lo sexualiza.

Otro de los aspectos relevantes a considerar desde el planteamiento Freudiano de la neurosis obsesiva, es la importancia de la regresión de la libido, hecho que queda circunscrito en la dinámica pulsional, no sólo siendo una parte de ella sino orientándolo a otras metas de su destino, preponderantemente en la sustitución de la genitalidad como fin, por el erotismo anal. La regresión de la libido, considerada por Freud en este caso como dinámica y temporal, se mantiene por medio de una fuerte unión a una regresión tópica del Yo. Este proceso producirá

algunos efectos en el Yo y el objeto, ya que algunos de sus procedimientos se verán desplazados del acto al pensamiento. Privilegiándose la identidad de pensamiento sobre la motricidad.

Esta regresión es resultado del conflicto establecido por la pulsión de vida y la pulsión de muerte entre el Yo y el objeto. Proceso que pone en marcha el Yo por medio de una conrainvestidura, efectuando con esto la separación entre la representación de la pulsión y el afecto a través del desplazamiento del representante y, apoyado en las implicaciones del erotismo anal a nivel pulsional que prevalece y caracteriza a esta neurosis.

En "Sobre las trasposiciones de las pulsiones, en particular del erotismo anal" (1917), Freud plantea la existencia de una ecuación simbólica que se forma y se registra al interior del inconciente, conformada por representaciones que mantienen una serie, ejemplificándose en la fórmula: dinero=heces=pene=regalo=niño. De esta fórmula se desprende la importancia de la analidad a nivel pulsional al conformarse como eje central del encadenamiento.

La importancia que adquieren la regresión y la analidad como componentes y formadores de la neurosis obsesiva es crucial en el sentido más amplio de la clínica. En este contexto, la analidad aparte de la relevancia que alcanza desde el sadismo, adquiere una significación particular para el psicoanálisis, de ahí que se presenten varias implicaciones tales como el dominio, el control, incluso se llega a considerar la analidad como un momento preponderante en la vida del infante, a partir del cual se considera como el momento donde el sujeto se consagra a un ideal de dominio, entendido en el sentido de cómo si por el hecho de que sujeto pasará por la analidad tendría que dominar su cuerpo, sus pulsiones y deseos.

En este orden de ideas, surge la pregunta ¿por qué el dominio se agrega en esta función en el ámbito fisiológico y, por que se cree que en este ejercicio corporal se encontrará la fuente de la significación de este dominio? Cómo si la función

biológica por sí misma bastara para dar significación de dominio, a pesar de que es bien sabido que la función orgánica no podrá contener esta función y menos aún traducirse en actos. Para que pudiera llegar a inscribirse un sentido de dominio desde una función fisiológica se requiere de otro proceso, de una inserción que provenga de otro lugar, que parta de un sujeto y no como se considera, simplemente desde una función orgánica.

Dicho de otra manera, se le da un sentido a lo orgánico y no a la inversa, lo orgánico como creador de un sentido. Por tal motivo, si el dominio de la motilidad tiene un sentido, es porque existe un sujeto, otro que se lo da. Pero muy al contrario de lo que llegan a plantear algunas vertientes que se hacen llamar psicoanalíticas, en la neurosis obsesivas la discusión no reside en un asunto de dominio, control, o centrarse en el concepto de poder, sino en poder poner al sujeto fuera del alcance del goce al que se siente impulsado. A eso y no a otra cosa se refiere el psicoanálisis, con relación al poder en la neurosis obsesiva, dejando fuera una concepción que pretende abanderar una determinación biológica en la conformación de esta neurosis.

Moustapha Safouan (1981) señala que el sujeto se consagra a un ideal del dominio, mismo que tiene relación con una función fisiológica, particularmente con el control de esfínteres, en razón de los lazos que se encadenan el deseo a la ley que las funciones excrementicias se transforma en conductas en las que simboliza el dominio, sin duda en la referencia sobre el horror que le causa al Hombre de las Ratas el tormento que describe el capitán Checo "el horror ante un placer del que no tenía la menor conciencia", se desprende a decir de Safouan, que el Hombre de las Ratas imagina la zona anal de su propio cuerpo como la sede de un goce que es esencialmente el goce de Otro; este Otro no puede sin embargo obtener este goce sin forzarlo, violarlo y tratarlo como a un trapo. Por la idea de que el Otro goza o quiere gozar de él así, es decir con maldad, que él mismo goza a fin de cuentas.

El dominio de la motricidad tiene un sentido, pero no es el poder o la voluntad del poder, sino es poner al sujeto fuera del alcance de un goce al que se siente como impulsado. La explicación sobre esto es con relación a un sujeto para quien nada sirve de motivo para una acción cualquiera, salvo que se trate de un desafío, un desafío que se parece a un rival "Te desafío a levantar un peso". La rivalidad, es una competición expresada aceptada por rivales, con vista a un objeto dado. Las oportunidades de ganar no están en principio, excluidas para ninguno de los rivales.

Pero ocurre algo totalmente distinto en la rivalidad íntima, del Hombre de las Ratas frente a los oficiales militares e incluso frente a su primo Dick, al desencadenarse en él un punto de tensión mortífera vuelta contra si mismo de una forma casi suicida; a esta rivalidad mórbida Freud la considera como repeticiones de la rivalidad hacia el padre. El desafío tiene relación con una "ley", porque supone que una voluntad está ligada a otra. Una "ley" (entre comillas): porque esta demanda se presenta como una orden que impone o quiere imponer una voluntad. El desafío supone el Otro en la medida en que él dicta su Ley, una Ley de arbitrariedad y de capricho, donde se ejerce fundamentalmente la maldad: ya que ésta no es Ley de ningún juego e implica por lo menos el reconocimiento del compañero como sujeto. (Safouan, M. 1981)

Esta orden inmotivada como "*No te acostarás con tu madre*", es una demanda que obtiene su peso de orden de una voluntad que se supone es la del padre. La orden se puede responder con ese es tu deseo, por mi parte yo rechazo esa limitación del mío (Safouan, M. 1981). Este deseo mío que por otra parte no es mío, ya que es deseo de ser objeto del deseo de la madre, es ahí donde se transfigura un deseo de hacer la Ley a su turno: Ahí está "seducido por la orden." En otros términos, puede perfilarse la figura del autor de la Ley, basta para que se engendre el voto de ser este autor: voto cuyo poder es ilimitado y cuya satisfacción reside precisamente en la creencia de su objeto.

Cuando más asume el sujeto el cumplimiento de toda clase de leyes, escritas o no, más se refuerza en él el sentimiento de culpabilidad: puesto que este hacerse cargo de la Ley es precisamente el único medio efectivo de satisfacer el deseo de hacer la Ley. En el corazón de la rivalidad se encuentra el deseo de dominio, el deseo de no obrar conforme a mi deseo, a mi deseo vacío, que equivale a decir el deseo de ser el origen del discurso. Deseo que define el "asesinato del padre" y el signo.

IV.3.- El obsesivo y su deseo.

¿Cómo se formula el deseo del obsesivo? Freud se da cuenta de que en el diván tiene un obsesivo por la forma en que construye su lenguaje, por la forma en cómo habla de su deseo. Esta forma de decir del obsesivo, habla de algo que ocurrirá a las personas queridas, algo relacionado con la muerte.

Con el caso del Hombre de las Ratas, Freud señala que su paciente tiene pensamientos obsesivos referidos al padre y a su novia, pensamientos que hablaban de muerte. Pero el asunto de la muerte tiene que ver con el pensamiento, ya que el obsesivo tiene un pensar distinto, se construye cuando se abrocha con la pulsión de muerte, con el enigma.

El Hombre de las Ratas en su pensamiento expresa la omnipotencia de sentimientos buenos y malos, basados en deseos igualmente buenos y malos. Freud puntualiza *"..... Sin desconocer la omnipotencia del amor, se destaca en ambos la muerte y se adhiere a la explicación evidente del enfermo, como otros obsesivos, quien está forzado a sobrestimar el efecto que sus sentimientos hostiles producen sobre el mundo exterior porque un gran fragmento del efecto psíquico interior de tales sentimientos escapa a su noticia consciente. Su amor -o más bien su odio- son realmente hiperpotentes; crean, justamente, aquellos pensamientos obsesivos cuyo origen él no comprende y de los cuales se defiende sin éxito".* (Freud, S.

[1909/1980j]:182) La omnipotencia de pensamientos, y más correctamente de los deseos.

En el análisis de los obsesivos habrá que hablar de la muerte. El obsesivo resuelve sus conflictos en la posibilidad de la muerte. El Hombre de las Ratas, teme por la vida de su padre, que está muerto; teme por una dama, y se angustia ante la posibilidad de una tortura en el campo de batalla.

En *Tótem y Tabú*, Freud hace un analogía entre las prácticas religiosas totemistas de los primitivos y las particularidades de la neurosis obsesiva. La superstición anclada en el pensar obsesivo, contradice la intelectualidad del mismo. No hay libertad para el pensamiento de los malos deseos, porque están en la posibilidad de realizarse. Estos malos deseos destaca Freud serían los sustitutos de un obrar prohibido. En el Hombre de las Ratas, no se ha resuelto el deseo de dar muerte al padre por eso devienen los síntomas obsesivos. Algo pasa con el padre que irrumpe como fantasma en la tortura de las ratas por el ano. El padre es un objeto amado, pero no se puede resolver la contraparte, el odio, la muerte.

La estructura obsesiva, entonces, será un rechazo reiterado de la posibilidad última de su propia muerte. El obsesivo fórmula la muerte contra la persona amada y pasa a identificarse con el muerto. De hecho en el obsesivo la muerte se dirige a aquellos temas que tratan sobre la incertidumbre de los hombres, sobre la duración de la vida, la vida después de la muerte, la irrepresentabilidad de la muerte queda cautiva en el pensamiento obsesivo. Por otra parte los obsesivos están convencidos de que el efecto del amor y el odio son omnipotentes y pueden en algunos casos evitar la muerte, tal es el caso del Hombre de las Ratas quien expresa su descontento ante un profesor que ocupó la habitación de su preferida en una de sus visitas al sanatorio de la cura, se enoja tanto por el evento que expresa en su pensamiento "¡Que le dé un ataque de apoplejía!" (Freud, S. [1919/1980j]:183), cosa que sucedió. De igual forma, otro evento tiene que ver con una señorita mayor que él, quien manifestó su amor al Hombre de las Ratas, éste la rechazó, poco después

se entera de que la citada señora se tiró por la ventana, a lo que se reprochó por la negativa de su amor. De este tipo de pensamientos omnipotentes se forma en el pensamiento del obsesivo el sentimiento de culpa. El obsesivo tiene una culpa que no puede explicarse; por eso el Superyó funciona como si nunca hubiera existido la represión.

En cuanto la agresión, ésta aparece como contenido de pensamiento e impide que se formulen los malos deseos. Los objetos amados, ahora son odiados, son tratados desde la forma particular en que el obsesivo se defiende, desde el sadismo anal.

Serge Leclaire señala en la presentación de un caso, el de Philon, sobre el obsesivo y su deseo, la existencia de una barrera transparente pero muy dura, que separa al obsesivo del objeto de su deseo. El obsesivo pasará una noche con la que ama, pero no logrará ceñir su talle, no besará su boca, si logra de algún modo acercarse su deseo se apaga.

Conviene abordar con mayor detalle este apartado del obsesivo y su deseo justamente a través de Philon, caso presentado por Leclaire en su libro *Desenmascarar lo Real* (1991). Se trata de hombre soltero de 30 años, es el tercero de cinco hijos, su problema es saber qué hacer en la vida, y para reconocerlo, basta con imaginar todas las alternativas, enseñanza, matrimonio, órdenes, era imposible tener una decisión sobre cualquier cosa; espera de quien le escuche, le permitan exponer su letanía de dudas, aún que al hacerlo anulará la decisión de quien lo escucha, este último aspecto sumado a la necesidad de ser amado y de la de llegar al fracaso, son las grandes pasiones del obsesivo.

Philon había odiado a su padre, deseando compartir el lecho con su madre, pero lo particular es la forma en que se planteó el complejo de Edipo. "El apego hacia la madre" se convirtió en la forma conceptual presente en el obsesivo que fue en

“demasiá”, a diferencia por ejemplo del homosexual que permanece “apegado”, o en el perverso con “excesiva precocidad”.

Philon sabía de su vocación religiosa, que el mismo se explica como no resulta por su excesivo apego hacia la madre, punto de su vida que no le preocupaba porque ya era un argumento. Leclair después de preguntar a Philon sobre cómo se anuda ese apego, esa ligazón, contesta: *“¡Mierda, como si fuera asunto tuyo!”*, pero poco después contesta que empieza con la mirada, hay una comunión, una simbiosis, algo así como una segunda mirada, como si hubiese encontrado la madre en Philon algo que no encontró en el padre. *“Intimidad secreta”, todo se reduce a agradar a su madre, “él que ella ama, la que él ama, secretos cómplices en una mirada apasionada”* (Leclair, S, 1991:112).

Por lo general el obsesivo es un ser de fachada e ilusión, sin preocuparse por lo que se le pueda responder, siempre y cuando se le responda, es en ese sentido indiferente, un egoísta absoluto. Cabe resaltar una segunda mirada y Philon dice con claridad que es el padre. No se trata así en forma muy explícita, en relación con esa segunda mirada, de lo que la madre esperaba. Para articular el *complejo nodal del obsesivo*, se separa de 1) *mamá espera algo*, 2) *ese algo que papá no puede darle*, 3) *que él no le da*. El hecho fundamental, constituye la clave de la posición obsesiva, bajo la siguiente enunciación *“Como si yo le hubiese sido necesario”* (Leclair, S., 1991:114). El mundo obsesivo visto desde la coacción de la necesidad. Para Philon su único objetivo es ser la única cosa necesaria para su madre. La madre como ser del deseo.

La madre en Philon, siente la palabra de su padre como un eco, capta su mirada como si se tratara de una foto. Al abrirse el mundo de deseo y de la ley, Philon encontró una forma de identificación primitiva con el falo, pero también encontró en lugar de satisfacción, insatisfacción, ¿por qué? Muy simple porque la madre traslada sobre él su propio deseo, con toda la inconciencia y ternura de una mujer insatisfecha.

En un primer momento, Philon fue *"totalmente idéntico al deseo de mamá"*, se puede decir que falo, algo de debería encontrarse del lado del papá. Pero al cabo de comprender el deseo insatisfecho de la madre, Philon entraba en la gran fantasía que es la vida del obsesivo; niño modelo e hijo incestuoso, realiza su deseo compartiendo el de su madre. Philon nunca ha salido de la elipse del deseo de su madre; ignora literalmente que su padre, o que otro sujeto, pueda vivir de deseo, pueda alimentar sueños diferentes al suyo. Philon ignora esencialmente al otro como ser de deseo. Es aquí donde se propicia el proceso de la neurosis obsesiva *"La madre responde a la esperanza de su hijo manifestando su deseo. El deseo naciente del hijo, apenas salido de la exigencia de la necesidad o de la espera de la demanda, se encuentra así, repentinamente, desligado, confirmado y, más aún, satisfecho"* (Leclaire, S. 1991:120)

De tal suerte el obsesivo, cautivo de interrogación existencial que lo sostiene su deseo ambiguo; es impotente para recobrar su soberanía, su valor como mediador entre la necesidad y la demanda; el gran sueño de su vida vaga desolado en la creencia de que otro pueda reconocerlo y devolverlo al mismo tiempo a su deseo, a su libertad. *"Aparentemente, su único medio para romper su esfera encantada su bola de vidrio y de su sueño, es el de exponerse constantemente; mostrarse, nalgas o sexo, dudando, infeliz, dialéctico sutil, fracasado paradójico, con la esperanza secreta de que finalmente otro, hombre o Dios, pero verdadero, se manifestará, intervendrá para reconocerlo, despertarlo de su sueño, liberarlo para su deseo, aunque sea castigándolo"* (Leclaire, S. 1991:122). La esperanza existe ya que existe un Amo perfecto, la Muerte.

Atrás de las neurosis obsesivas habrá que hablar de la muerte, con Philon, la muerte se enlaza al deseo que no es el suyo, sino el de la madre, de quien se encuentra apegado en demasía y al que nunca llegará. El complejo nodal del obsesivo es justamente sostenerse como el ser, el amo y el vasallo de la madre, *"el que ella ama, lo que yo amo, cómplices secretos unidos en una mirada apasionada"*.

En esta complicidad aparece "una segunda mirada" aludida al padre, quien no le da a la madre lo que ella espera y el obsesivo se complace en el supuesto "como si yo hubiese sido necesario" para la madre, es por ello que el sujeto se identifica con el objeto de deseo de la madre. Lamentable la madre se desliga rápidamente, se presenta como insatisfecha ante ese objeto, su deseo es un enigma, del cual el padre aparece como una referencia a la ley. En esta referencia *el significante del deseo falo simbólico* es punto nodal del psicoanálisis.

IV.4. El obsesivo y la muerte.

Serge Leclaire en "Desenmascarar lo Real" (1991) presenta el caso de Jérôme, en donde con mayor certeza aparece la insistencia de lo real y la angustia extrema ante la representación de un cadáver en licuefacción. Este caso permitirá señalar la relación entre el obsesivo y la muerte, la manera en que aparece la función del padre.

Jérôme se encuentra ante la muerte en la vida del obsesivo. Lo mismo que en el Hombre de las Ratas, donde Freud escribe: "Sus pensamientos se ocupan sin cesar de la duración de la vida y la posibilidad de la muerte de otros; sus inclinaciones supersticiosas no tuvieron al comienzo otro contenido, y quizá tampoco sea otro su origen. Pero, sobre todo, ellos necesitan de la posibilidad de muerte para solucionar los conflictos que dejan sin resolver " (Freud, S. [1909/1980]:184). Así de manera constante en su imaginación, mataba gente para poder expresar sus condolencias a los deudos del difunto.

Leclaire, llama a Jérôme "el paciente de las cinco", quien lo ilustra sobre un señalamiento técnico consistente en que el analista guarde silencio, incluso llega a quedarse dormido en sesión, estando en un letargo silencioso que puede ser de "muerte". Soñar podría tratarse de una breve muerte. A propósito de soñar, es en los sueños del paciente donde aparece con mayor insistencia la representación de la muerte. En una sesión donde Leclaire refiere que Jérôme insiste en adormecerlo

(con su discurso), pero en un momento suelta la palabra "cocodrilo", la primera asociación es sobre no le gustarle la piel de cocodrilo, lo siguiente es recordar una película documental donde aparece un cocodrilo, aparentemente dormido, flotando como un tronco de árbol muerto, para abrir sus fauces y devorar a un negro. Este ejemplo reúne una secuencia, entre el silencio, el sueño y la muerte, analidad (por lo del negro), agresividad—pasividad, incorporación y voyerismo (por el cineasta que filma el documental sin inmutarse ante la escena).

A propósito de la palabra y su asociación, Leclair propone tres claves para escuchar de la muerte, las dos primeras tomadas principalmente de "*Tótem y Tabú*": 1.- Deseo y temor de la muerte. 2.- Identificación con el muerto, 3.- Representación simbólica de la muerte.

En primer lugar, sobre el deseo y temor de muerte, dice tratarse de un deseo de asesinato, deseo de asesinato del padre, un deseo de matar. Justamente en la neurosis obsesiva, la base de la prohibición edípica se encuentra en un deseo de muerte formulado contra una persona amada, de tal suerte que el temor de la muerte propia y de la de otros, es consecuencia de ese mal deseo.

En segundo lugar, la identificación con el muerto se percibe bajo la forma de una incorporación oral, similar pero menos grave de la que se produce en la melancolía. El duelo en este caso se caracteriza por la introyección ambivalente del objeto perdido.

En lo que se refiere a la representación simbólica de la muerte, se trata de toda la iconografía que constituye el reino de los muertos: figuras yacentes, cadáveres, esqueleto, cráneos, hoz, el silencio del analista, la inmovilidad, el dormir.

A partir de estos tres puntos, Leclair plantea el problema de la muerte en el obsesivo aunado a los sueños de horror de Jérôme: El primero es el de la momia "*Nos encontramos en una amplia sala a la que rodea una galería cubierta contada*

sin duda por una logia; atmósfera de claroscuro. Llevado por cuatro hombres, avanza un sarcófago abierto; se distingue con claridad y muy próxima una momia perfectamente conservada en sus vendajes: pero, repentinamente, cuando la procesión avanza, la momia se derrite; en el sarcófago sólo hay un líquido rojo y el horror que éste suscita se eclipsa ante la certeza de que no es sino el ungüento utilizado para embalsamar el cuerpo.” (Leclaire, S. 1991, pág 96)

El otro sueño es el del asesinato de un “hombre que sabe”: *“En el entrepuente de un barco se encuentra un hombre que va a ser asesinado porque sabe. Me alejo para no ver. Me siento molesto por el hecho de que el cadáver será descubierto sin que yo haya dicho nada: su agenda parecida a la mía, quedó entre sus cosas. Luego, en la bodega del barco se descubre su cadáver hinchado, cubierto de agua y de lodo. Se intenta sacarlo, pero los que transporta se ven entorpecidos por un laberinto de tablas verticales. Lo llevan de una lado a otro de la bodega. Está hinchado, rígido, ennegrecido, es muy feo, huele más. De momento a otro puede reventar. Imposible escapar. El cadáver nos bloquea entre las tablas levantadas. Me siento asqueado y con ganas de vomitar, me despierto completamente alterado”.* (Leclaire, S. 1991, pág. 99)

El cadáver en descomposición señala Leclaire, se encuentra en el núcleo de las fantasías de Jérôme, es el centro de su análisis. Finalmente el obsesivo se siente condenado a vivir hasta que la muerte sobrevenga. Jérôme vive bajo el peso de esta condena. Jérôme vivió sus primeros años bajo el signo de la ausencia del padre, que luchaba contra los alemanes. Los mataba para que no lo matasen, riesgo que de todas manera corría y que la madre temía. El padre regreso de la guerra, vivió como para darle a Jérôme una hermana que nació con abundantes cabellos negros.

En el primer sueño, las momias egipcias le interesan al igual que los árboles genealógicos, la momia es la imagen misma de lo que perdura, además es la inmovilidad, lo contrario a la exigencia vital que el mismo Jérôme se exigía (siempre

buscaba girar a 3,000 revoluciones por minuto). Pero lo que resalta en este caso es que Jérôme quisiera estar ya muerto, vive irónicamente como si estuviera muerto. *"Para resolver sus conflictos, los obsesivos necesitan, antes que nada, la posibilidad de la muerte"* (Leclaire, S. 1991:103), premisa que sólo se comprende en la reflexión de Freud sobre el inconsciente que no cree en la posibilidad de la muerte.

En el segundo sueño, se recupera la imagen de un delgado saco de piel a punto de romperse, es un límite de lo innombrable, la ruptura para gozar de ello, ejercitarse en producirla o evitarla constituye según parece, el lugar donde se encuentra el terror intenso, determinante de la coacción para provocarlo como para detenerlo, resultándole fascinante como insuperable. Un rasgo específico de la estructura del obsesivo es el de fijar alrededor de una representación el problema de la muerte, punto del que la palabra falta: la falta es imposible de llenar y apunta al falo. *"La posibilidad de mi muerte me revela mi posible imposibilidad e incluso la posible imposibilidad de toda existencia humana en genera."* (Leclaire, S. 1991:103) La pregunta central que se plantea Jérôme es: ¿Estoy muerto o vivo?

Jérôme necesita, como todos los obsesivos de la posibilidad de la muerte para resolver sus conflictos, pero plantea esta posible muerte como reveladora de la propia imposibilidad, incluso la imposibilidad de toda la existencia humana. Lo contradictorio es que para el inconsciente la muerte no existe, el inconsciente ignora la negación. El obsesivo atrapado en su deseo por que Otro, hombre, Dios pero verdadero lo reconozca, esperando que lo libere del sueño, que lo libere para su deseo, sin importar que en eso le lleve un castigo que incluso lo obligue a tocar la muerte.

IV.5. La Función Paterna.

En el Hombre de las Ratas, si una función trata de reconstruir, es la función paterna. Función que da la pauta a que la neurosis obsesiva sea ubicada a partir de la agresión que se suscita en relación con ella. Agresión no agresividad, esta última considerada constitutiva de la función narcisista, lugar por excelencia donde se erige

la conformación del sujeto. Por otra parte, la agresión puede ser interpretada como expresión de la agresividad, lo que pone a este elemento, la agresión, en la articulación edípica.

Hay un anhelo en el obsesivo, la de dar muerte al padre, única salida que posibilita la condición edípica, abriendo paso a la ubicación en el contexto del sujeto del deseo. En la tarea de sintetizar la agresión, sólo se podría tomar en cuenta lo que permite ver: lo que proviene del nivel imaginario de las identificaciones narcisistas y sus desenlaces bajo la forma de ideal.

En la función paterna en el Hombre de las Ratas, es necesario señalar la novela familiar, el mito individual del neurótico, enlazar las escenas que se circunscriben en este espacio. Se sabe por el caso, que en una ocasión el padre estuvo frente a la circunstancia de no poder pagar un adeudo, resultado de su pasión jugando cartas en su estancia en el ejército, apostó de manera indebida un capital producto de la aportación de la compañía por él representada. Sintiendo en confianza con el azar, apostó no sólo el dinero sino además, parte de su rectitud y honestidad. El desenlace fue fatal, pierde el dinero en una apuesta a través de Spielraten, luego es obligado a pedir prestado a un oficial con la finalidad de saldar su deuda, en un sentido: "sus deudas de honor". Acto seguido, después de conseguir el dinero se topa con la imposibilidad de pagar, ya que no encuentra al oficial que le hizo el préstamo. Hecho que lo lleva a andar de un lado a otro, en la búsqueda del oficial hasta decidir dejar en deuda su situación.

La trascendencia de la anécdota se sitúa, por su conformación en la estructura de un mito que acompañará al Hombre de las Ratas. Esta inscripción, se comporta de la misma manera que el retorno de lo reprimido, característica de las formaciones del inconsciente, por presentarse de un modo incomprensible en el paciente, obligándolo a ejecutar actos de pensar, ideas de las que desconoce su procedencia, como si le viniera de otra parte, de la otra escena. Las circunstancias lo acercan a una postura similar a la del padre: tener la imperiosa necesidad de saldar

una deuda por el reembolso de unos anteojos que él solicita, después de haber extraviado los originales. El comportamiento del mito como retorno de lo reprimido, se traduce en la necesidad de pagar ese pequeño paquete que contiene los lentes de repuesto, un reembolso donde es puesta en juego una deuda que debe ser pagada, pero bajo un modelo similar al del padre; una deuda imposible de pagar.

Uno de los artículos de Freud, donde realiza precisiones sobre la manera en que se pueden concebir los procesos psíquicos es en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911). En este manuscrito, desarrolla una concepción en torno a la realidad y el placer, además de puntualizar algunos de los procesos de la represión; dejando en claro que este proceso el de la represión, busca alcanzar un desvío del dolor, mismo que pertenece predominantemente al principio de placer.

Desde este particular modo de proceder, se observa en el Hombre de las Ratas la sucesión de un deseo del orden de lo criminal hacia su padre. Destacándose respecto al crimen deseado y tratado en realidad como un crimen realizado, deseo que se encuentra en la dinámica del no saber propio de la represión primaria, así como en el desvío establecido en la represión secundaria. Pero a partir de que retorna la representación del deseo a la conciencia en forma de delirio, de síntoma, posibilita cierto paso al saber, considerándose, por tanto, en una incompatibilidad en lo que es el saber y la verdad del deseo.

El Hombre de las Ratas se encuentra presto al saber, con la peculiaridad de que nada de la verdad queda atrapada en el saber, ésta condición es con la que el deseo edípico se sostiene en el desconocimiento de la verdad del deseo, muy a pesar de reconocer y saber en el fondo que el principio de realidad no se va a oponer al placer. Lo que le es extraño en realidad no es el placer sino la verdad, por lo que el obsesivo trata de alejarse de ella. El Hombre de las Ratas, puede saber que su padre esta muerto, pero la verdad sobre esa muerte aún no la ha registrado, de eso no sabe nada. Las cosas llegan a tal grado, que incluso el mismo Freud, es tomado por

sorpresa cuando se percata que el padre del Hombre de las Ratas, tenía un tiempo de haber fallecido.

Sobre la línea de este apartado –la función paterna- retorna a la problemática de la deuda y la muerte del padre en el Hombre de las Ratas, quien se fija esta respuesta para asegurar el pago de su deuda por los anteojos: *“Tan cierto como que mi padre y mi amada pueden tener hijos, devolveré el dinero a él”* (Freud, S. [1909/1980]:170). Aún que era bien conocido por el Hombre de las Ratas, que tanto su novia como su padre estaban imposibilitados de tener hijos, uno por estar muerto y la otra porque en una cirugía le había extirpado los ovarios. Patentizándose entonces, la imposibilidad de lograr el cometido, dificultad encarada por medio de una deuda imposible de pagar con la finalidad de continuar subsistiendo en una dinámica que le permite eternizarse en el tiempo.

En esta historia, las circunstancias del pago pondrán de manifiesto una idea, “si logra concretar el pago, algo le sucederá a su dama y a su padre”. Idea subsistente pese al error en el pago. Para el Hombre de las Ratas, este saber se elimina por la intervención del proceso de la represión secundaria, dejando las cosas, en una especie de ceremonial que le permite mantenerse en el plano del goce, ceremonial posibilitador de crea algo que es imposible de pagar.

El deseo de qué algo le suceda a su padre y a su amada, se deslizará sobre otros objetos, la prohibición y en consecuencia la represión no suprime o cancela el deseo, muy por el contrario, lo entroniza, le da un lugar, un status que no tenía, recayendo sobre el objeto, más que sobre el deseo. De ahí el hecho de que arrastre consigo la desaparición del objeto y suscite el desplazamiento del deseo sobre otros objetos, permitiendo la deriva, el despliegue del deseo, planteamiento que indica y confirma que la prohibición no elimina al deseo, por el contrario, deja establece su huella, su marca a través de las diversas posibilidades que le brindan las formaciones del inconciente.

En el campo de la prohibición, el psicoanálisis señala como una de sus aportaciones fundamentales la existencia de la prohibición paterna, la cual se constituye por la ligazón del sujeto con el deseo, muestra por otra parte que el padre en cuestión no es el padre real, es un padre simbólico. El asesinato del padre es invocado a partir del deseo ligado al temor de que suceda alguna cosa funesta al padre, pero no se trata más que de un simulacro, al igual que el juramento del padre por pagar una deuda de juego, de honor. En el obsesivo su deseo de dominio es un deseo vacío, equivalente a decir el deseo de ser el origen del discurso. Deseo que define el "asesinato del padre" apareciendo en el Hombre de las Ratas, como ese deseo vacío para ponerse en la incompreensión de la muerte, como si necesitará mantener vivo al muerto (al padre) para que la deuda quede impagable, porque ¿cómo puede un muerto paga una deuda?

El deseo de dar muerte al padre permanece atado a la existencia y registro del padre simbólico, sobre quien recae la posibilidad de la muerte. Siendo este deseo de muerte el que por momentos hace su irrupción en las ideas del Hombre de las Ratas, de manera clara cuando se plantea su deseo de ver mujeres desnudas, ocurriría la muerte del padre. Sin embargo esta muerte es la condición de la aparición de su deseo, ya que muy a su pesar el padre está muerto.

Lo que el Hombre de las Ratas no sabe, no es solamente que ha deseado la muerte del padre, sino que además, al igual que Edipo, la muerte es el momento fecundo de la constitución de mismo como sujeto deseante.

Por otra parte la culpa en la neurosis obsesivas, se torna como uno de los elementos que adquieren un grado significativo y dejan una clara marca en este caso, el Hombre de las Ratas dice: "Porque agredía en la realidad o en la fantasía soy culpable" O bien, "Porque quedé como culpable, deduzco que he agredido". Estos deseos aparecen asociados a la idea de ser un asesino y permanecen bajo la forma de reproches que se hace constantemente. Freud retomará, estos reproches

como resultado de un desplazamiento de autoreproches que de forma inconciente se formulan en el paciente a causa de los deseos de muerte hacia los seres queridos.

Pero, ¿por qué el temor por un muerto? es porque en los "reproches obsesivos" sé palpa la culpa por la muerte del otro, por eso se teme su venganza. Se recuerda el deseo inconciente de dar muerte como un pensamiento omnipotente que incluso pone en juego la posibilidad de dar muerte al padre.

En la secuencia del mito de Tótem y tabú y del mismo complejo de Edipo, quedan los dos anhelos inconcientes: el asesinato del padre y el goce de la madre; es justamente sobre el asesinato del padre que recae la culpa y la de necesidad de castigo, así que cegarse es el castigo de Edipo. En el Hombre de las Ratas, el deseo de ser deseado por el Otro, se enfrenta con el muro a convertirse en el objeto del deseo del Otro, o de ser aquello que lo complementa, en otras palabras, angustia ante la muerte, ante no ser más que una parte del Otro, sin diferencia, sin existencia propia. Es por ello que continuamente divaga entre su existir. El padre en su función paterna ocupa un lugar en lo real que introduce la castración simbólica, su función es transmitir la castración del padre como exigible de la propia castración. Identificarse con el falo, que de cualquier manera arroja a un espacio vacío, un significante sin referencia a Otro, que significa nada.

Una de las escenas ligadas al escenario del deseo en la vida del Hombre de las Ratas, es el relato que escucha de su madre, del que no recuerda nada. Se trata del enfrentamiento ante su padre: en una ocasión el Hombre de las Ratas muere a una de sus niñeras en el trasero, al saber del acontecimiento el padre en un arrebato de ira se vuelca contra el hijo, para reprimirlo y golpearlo.

Esta reacción del padre permite observar la manera en que, por una parte, surte en realidad efecto el hecho de ser golpeado, y por otra, la impresión permanente que se registran el padre, precisamente, porque al parecer éste nunca le volvió a golpear o maltratar. Pero no todo queda resuelto por un acto de esta índole,

existe además una sentencia enunciada por el padre, registrada en un acto con su correspondiente parte simbólica, se trata de la frase siguiente: "*Este niño será una criminal o un gran hombre*" (Freud, S. [1909/1980j]:161).

Sentencia expresada en el decir del padre y por medio de la cual inserta en el hijo un designio, pero esta sentencia además de ambigua, da lugar a un cierre y deja las cosas desde la significación para el sujeto, desencadenando otra salida propia para una gran duda en él, que lo marca es su manera de proceder en el futuro. Con la particularidad de que en el Hombre de las Ratas no hay una seguridad como en Edipo, sino solamente un padre que duda. Por medio de esta escena violenta, tomado como referente la cara de asombro puesta por el padre, cuando su hijo toma como salida viable los golpes y gritar una serie de incoherencias. Es en la cara de sorpresa del padre, cuando el Hombre de las Ratas confirma el peligro que puede alcanzar su propia cólera y la importancia que adquiere ésta. Marcando un proceder señalando como causante de un agravio como la muerte, así las complicaciones y consecuencias van a ser vistas desde la cara del padre.

Ante la expresión de susto que lee en la cara de su padre, el Hombre de las Ratas se ve en ella por medio de la identificación alienante, imaginaria. Producto de sentirse asustado con respecto a su propia cólera. O sea, la cara y la mirada del padre le moldea la peligrosidad, la fantasía de su propia reacción. Cabe aclarar que no se refiere simplemente a un gesto facial, sino a la producción de la significación lograda, a la forma en como una cara sirve para que se inscriba una parte del lenguaje, a la cara dentro de un contexto, a un discurso codificando: La cólera.

Al indicarle el padre en el contexto de su sentencia, que puede ser un gran hombre o un criminal, como puede ser una cosa puede ser otra, le proporciona un lugar, una ubicación respecto de él y de los otros, le asigna el lugar de un ser peligroso, como si su propio hijo en un arrebato de cólera, lo hubiese golpeado.

La sentencia emitida por el padre, también se dirige a otra salida: le posibilita un lugar para la identificación. Se abre paso a través del discurso y los deseos inconcientes del padre, el cual le ofrece un modelo de identificación que deja fuera la codificación de la violencia, como si ésta no fuese perteneciente a él, sino a otro, ya que marca un hecho: El violento es otro, el hijo.

En otro momento, en una especie de accidente, le dispara con la escopeta a su hermano se tira al suelo y se culpa por todo lo que hizo, escena en donde no escapa la importancia que adquirió la identificación, una identificación que en parte es de un padre asustado por su propia ira y, por la otra, un padre que permanece criticándolo. No en balde llega a describir a su padre como una persona fácil de irritar, incluso en su violencia no se sabía hasta donde podría llegar, de esta forma mantiene frente de sí la imagen de una violencia incontrolable, una imagen que es del padre por identificación se torna en su propia imagen. Queda entonces una estructura, de la cual ese episodio es una parte constituyente, dejándole una honda huella, señalándolo como criminal.

Si fuera un gran hombre, como reza la sentencia, se verá obligado a recoger una vara que yace en la calle, para evitar que el carruaje de su amada pueda voltearse y pueda padecer un accidente. Pero a pesar de sus intenciones: si es un gran hombre, será un gran salvador y protegerá a su dama frente a sus impulsos y propios deseos de muerte hacia ella, si no, entonces tendrá que andar pidiendo que le indiquen que él no es un asesino.

Finalmente un último episodio, un acto fallido. En un momento dado, el Hombre de las Ratas quiso rogar diciendo: "Que dios la bendiga", y en su lugar surgió desde su inconciente un "Nicht", contrario, "Que dios aun no la bendiga", formulando una maldición. Este lapsus en su aparición, muestra una negación que sustituye una afirmación. La primera, si bien inconciente, irrumpe en la conciencia y desplaza la afirmación, que se presupone aparecería.

Ante un doble discurso, un discurso inconciente, se pone un sello emitido por la conciencia. Este "Nicht", hostil, aparece como deseo inconciente pegado a un sentimiento de dar muerte y de destrucción. Por otra parte –como ya se señaló– no es un deseo admitido por el Hombre de las Ratas, mucho menos en el sentido de dar muerte a su padre al señalamiento de Freud interpola la idea de muerte, lo que no implica ninguna expresión de deseo, la rechaza a causa del contenido formal. Ante esta salida Freud indicará, sobre el contenido formulado no basta, puesto que se puede construir una frase que se encuentra presente, sin sentirse en la necesidad de rechazar: *"Si mi padre muere, me mataré sobre su tumba"* (Freud, S. [1909/1980]:142). El Hombre de las Ratas muy a su pesar, se enfrenta a su deseo, por una parte como sujeto que desea y por la otra como objeto de su propio deseo.

Lacan reconocía de Freud, su intuición de haber puesto en correspondencia los elementos iniciales de la constelación subjetiva (pacto parental, deuda del padre), la serie de comportamientos delirantes del sujeto para encontrar una solución a la angustia que el desencadenamiento de la crisis había hecho surgir al Hombre de las Ratas. La angustia no engaña sobre la presencia del objeto. El desdoblamiento imaginario se produce en el escenario donde los términos, tal cual como se había ubicado en la deuda del padre, se encuentran investidos en un reembolso no al amigo, sino a la mujer pobre, sustituida por la mujer rica.

Justo aquí y de manera velada, es donde se encuentra este padre con el significante del Nombre-del-Padre, en la mediada en que la madre del Hombre de las Ratas será el fundamento desde donde se origina para el hijo lo que se llama autoridad paterna, la madre hace de la palabra del padre su autoridad, su lugar, su Nombre-del-Padre en promoción de la Ley. El padre aparece no como un objeto sensible, sino como un significante, aparece como un nombre. Un padre instaurador de la prohibición en la culpabilidad de los hijos después de su muerte, el Hombre de las Ratas cavilaba entre sus deseos homicidas y su culpa. Un padre es un significante del Nombre-del-Padre, remite a la castración, es decir, esa operación limita y ordena el deseo del sujeto.

La crisis que se desencadena por el relato del capitán cruel sobre el tormento de las ratas. Relato provocador en el sujeto del temor que se puede infligir al suplicio de las personas que quiere. El Hombre de las Ratas, en la persona del capitán cruel, ha hecho el reencuentro con un padre, cuya crueldad bastante dice sobre el goce que exige. Después de un primer movimiento de rechazo, sancionado por la defensa: "No devolver el dinero o eso ocurrirá", viene el juramento de entregar las 3,80 coronas al teniente A, lo que se traduce en el esfuerzo del sujeto por virar este goce al inconciente.

Se trata de un testimonio que toma a Dios o a cualquiera que ocupe su lugar. El asesinato del padre es evocado continuamente, el temor de que avenga un suceso funesto al padre. En el Hombre de las Ratas, el sujeto está obligado a apostar su vida sobre un asesinato posible del padre; para que no suceda, se mantendrá en el temor de un asesinato imposible que le significaría su muerte y su lugar en la generación. El del obsesivo es un padre imposible de romper.

El padre del Hombre de las Ratas, es portador de un amor intenso, amor que mantiene reprimido el odio por el padre. El Hombre de las Ratas toma en cuenta, en su misión de reembolso un fragmento de historia que no es la suya. El hecho de que desde un principio aparezca la deuda, en una suerte de "hecho generador", como una deuda de juego no reembolsable porque jamás encontrará a su verdadero acreedor. La vida del hijo y la del padre, los votos, juramentos, las blasfemias, apuntan al padre real. Los enunciados perforados de partículas de negación.

El padre ha fallado con relación al deseo. Entonces el obsesivo, trata de construir un Otro donde él tenga el dominio y pueda verificar que está siempre ahí. El padre muerto le asegura al obsesivo la naturaleza de la falta en el Otro y le permite recubrirla con significantes. Alcanza un reencuentro con un otro que no está muerto, reclama ser pagado con goce para que las "intenciones agresivas" de sujeto

obsesivo se movilicen en tentativas de reducir a nada, desencadenando movimientos catastróficos que el Hombre de las Ratas conoce en su historia.

Conclusiones

Sobre la pregunta qué es un padre, se abre la causalidad psíquica de la neurosis. Para Freud hay dos vertientes del padre: un rol normativo en el mito edípico, soporte del deseo normalizante en la identificación y un rol patógeno puesto en la figura del mito de *Totem y tabú* en el padre gozador. Esto permite situar al padre en los tres registros de la estructura Real, Simbólico e Imaginario

El padre simbólico es el padre muerto, ubicado en un significante: el Nombre del Padre, es un puro significante que no tiene correspondencia en la representación. De tal forma que como intermediario de la metáfora paterna, permite interpretar el deseo de la madre. La atribución de la procreación al padre es efecto de un puro significante, de un reconocimiento no tanto al padre genitor sino a aquello que la religión ha enseñado a invocar como "*en nombre del padre*". Se trata de situar para cada sujeto cual es la invocación que permite darle un nombre a las cosas.

El padre imaginario para el Hombre de las Ratas es un espectro que retorna en imágenes fantaseadas cuasi reales. Estructurado las diferentes respuestas al enigma central del complejo de Edipo en tanto éste es esencialmente una pregunta por el deseo, sigue la lógica de lo contingente y demuestran lo verdaderamente seguro de un padre, la paradoja que es también incierta, es decir introduce un vacío en los orígenes. El sujeto se construye como respuesta a un significante que será su estricta referencia al padre.

Un padre existe a condición de algo plural: una variedad de nombres de padre, pueden crear una referencia que cumple la función específica de un significante en lo real. Una vez invocado puede dar significación al ser del sujeto y en esa operación, ordenar un campo de la realidad.

El Nombre-del-Padre en el orden simbólico dará significado al hijo a partir del significante del deseo de la madre, aquello que falta en ella es decir, el falo simbólico. En Nombre-del-Padre en la madre, será el fundamento desde donde se

origina para el hijo lo que se llama autoridad paterna. Sin este fundamento el padre podrá ser todo lo que se quiera, fuerte, débil, trabajador o perezoso, gentil o tiránico, apegado a la mujer o frívolo; es decir, la madre hace de la palabra del padre, su autoridad, su lugar, su Nombre-del-Padre en promoción de la Ley. Para que el padre ocupe un lugar es necesario que la madre permita la existencia de ese lugar, lugar que ocupará más o menos bien. Para el hijo es necesaria la palabra de la madre sobre el padre. Julien señala en este sentido todo padre es "no adoptivo", sino "adoptado".

Freud, al leer el síntoma del Hombre de las Ratas se queda con el dicho de la madre sobre el padre. Abandonó a la mujer amada por ser pobre, se endeudó con el dinero de la esposa, dejó una deuda impagable. Es precisamente la madre del Hombre de las Ratas quien se encarga de sus finanzas y gastos, llegando a discutir con él por el derroche cometido para su tratamiento analítico.

Este hecho, no consignado en la redacción final del caso, podría crear la falsa imagen de que no se contempla con adecuada propiedad la trascendencia de la figura de la madre en un discurso obsesivo; sin embargo, quizá Freud ha tomado partido por una perspectiva que dispense en la historia del obsesivo la extraña pregunta: ¿qué quiere un padre? Es allí donde puede situarse el nacimiento de sus dudas e incertidumbres, de sus síntomas.

El Hombre de las Ratas, viaja excesivamente en tren para evitar encontrarse con su objeto de deseo. De lo anterior, queda una reflexión: la obsesión no necesariamente implica inhibición de la acción, puede servir de protección contra el deseo. El obsesivo se enfrenta antes la grandes dudas que apuntará su lógica a temas inciertos para la humanidad, como la paternidad, la duración de la vida, la vida después de la muerte y la fidelidad.

En el Hombre de la Ratas, Pilon, Jérôme, la cuestión a la que apuntan es la del análisis de la función paterna y como incide en la formación del síntoma. El

complejo de Edipo, se inscribe hacia un deseo enclavado en las experiencias primordiales de satisfacción, en donde se separa lo propiamente orgánico de la posibilidad de quedar en un orden imaginario y luego simbólico, dando peculiar sentido al jugarse como buscador de un objeto de deseo, o como propiamente un objeto deseado.

La madre aparece deseando lo que el niño demanda, pero al mismo tiempo el niño demanda lo que la madre desea, el falo. La madre está ubicada en un deseo insatisfecho, esto está en su sexualidad femenina, en su complejo de Edipo, su deseo insatisfecho proviene del gran Otro, y posiblemente en algún momento establece el apego en demasía con su hijo, ubicándolo como ese falo que remite a la castración, a la representación del cuerpo del que la cosita puede ser separado. El padre castra a la madre de toda pretensión de tener el falo y al mismo tiempo castra al niño de ser el falo para la madre. Castrar al Otro materno de tener falo y castrar al niño de ser el falo. Sin embargo, la referencia a la función del padre, la da la palabra de la madre. Es la que permite que ese padre entre en su rol castrador como padre simbólico como Nombre-de-Padre.

En el obsesivo sus síntomas surgen de la ruptura del apego con la madre, corte de su gran fantasía de realizar su deseo compartiendo el de su madre. Su deseo de esta forma prontamente satisfecho, llevará este estigma, conservará su cercanía con la exigencia de la primordial necesidad. La ruptura la hará el padre real, con la castración simbólica, el obsesivo se queda con la esperanza de que alguien, lo que sea lo liberé para su deseo, aún tratándose de alguien que lo castigue e incluso que lo llegue a sumir en la mas espantosa contingencia: la de estar vivo o muerto.

Bibliografía

- Chertok, Leon y Raymond De Saussure., 1980., Nacimiento del Psicoanalista, Ed. Gedisa, Barcelona, España. Primera Parte.
- Freud, S., 1897. Manuscrito M, Obras Completas (traducción a cargo de José L. Etcheverry), Amorrortu Editores, Bs. As. (1982a)
- (1897) Manuscrito N [Anotaciones III], op. cit. Tomo I. (1982a)
- (1896) Manuscrito K. La neurosis de defensa (Un cuento de Navidad), op. cit. Tomo I. (1982a)
- (1896) Carta 52, op. cit. Tomo I. (1982a)
- (1897) Carta 69, op. cit. Tomo I. (1982a)
- (1897) Carta 71, op. cit. Tomo I. (1982a)
- (1950 [1895]) Proyecto de Psicología para Neurólogos. Parte II Psicopatología, op. cit. (1982a)
- Breuer J. y Freud, S. 1893-1895, Estudio Sobre la Histeria, op. cit. Tomo II. (1980b)
- Freud, S. 1896 La etiología de la histeria, op. cit. Tomo III. (1981c)
- (1894) Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida,, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias), op. cit. O.C. Tomo III. (1981c)
- (1896) Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa, op. cit. Tomo III. (1981c)
- (1898) La sexualidad en la etiología de las neurosis, op. cit. Tomo III. (1981c)
- (1899) Sobre los recuerdos encubridores, op. cit. Tomo III. (1981c)
- (1990[1899]), La interpretación de los sueños parte IV, op. cit. Tomo IV. (1981d)
- (1901) Psicopatología de la vida cotidiana, op. cit. Tomo VI. (1980f)
- (1905) Tres ensayos de teoría sexual, op. cit. Tomo VII. (1983g)
- (1906 [1905]) Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis, op. cit. Tomo VII. (1983g)

- (1905) El chiste y su relación con lo inconciente, op. cit. Tomo VIII. (1979h)
- (1907) Acciones obsesivas y prácticas religiosas, op. cit. Tomo IX. (1979i)
- (1908) Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, op. cit. Tomo IX. (1979i)
- (1908) Carácter y erotismo anal, op. cit. Tomo IX. (1979i)
- (1908) Sobre las teorías sexuales infantiles, op. cit. Tomo IX. (1979i)
- (1909[1908]) La novela familiar del neurótico, op. cit. Tomo IX. (1979i)
- (1909) A propósito de un caso de neurosis obsesiva, op. cit. Tomo X. (1980j)
- (1910) Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (contribuciones a la psicología del amor, I), op. cit. Tomo XI. (1980k)
- (1911), Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico, op. cit. Tomo XII. (1980l)
- (1912) Contribuciones para un debate sobre el onanismo, op. cit. Tomo XII. (1980l)
- (1913) La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribuciones al problema de la elección de neurosis, op. cit. Tomo XII. (1980l)
- (1913[1912-13]), Tótem y tabú, op. cit. Tomo XIII. (1980ll)
- (1914) Introducción del narcisismo, op. cit. Tomo XIV. (1984m)
- (1915) La represión, op. cit. Tomo XIV. (1984m)
- (1915) Lo inconciente, op. cit. Tomo XIV. (1984m)
- (1915) Pulsiones y destinos de pulsión, op. cit. Tomo XIV. (1984m)
- (1917 [1915]) Duelo y melancolía, op. cit. Tomo XIV. (1984m)
- (1916) Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico, op. cit. Tomo XIV. (1984m)
- (1919) «Pegan a un niño». Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales, op. cit. Tomo XVII. (1979p)

(1917) Sobre las trasposiciones de las pulsiones, en particular del erotismo anal, op. cit. Tomo XVII. (1980p)

(1920) Más allá, del principio de placer, op. cit. Tomo XVIII. (1979q)

(1920) Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina, op. cit. Tomo XVIII. (1979q)

(1925), Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, op. cit. Tomo XIX. (1984r)

(1924) El problema económico del masoquismo, op. cit. Tomo XIX. (1984r)

(1923) El yo y el ello, op. cit. Tomo XIX. (1984r)

(1926 [1925]) Inhibición, síntoma y angustia, op. cit. Tomo XX. (1979s)

(1928 [1927]) Dostoievski y el parricidio, op. cit. Tomo XXI. (1979t)

(1933 [1932]) La feminidad. Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, op. cit. Tomo XXII. (1979u)

Galindo Pérez, C. G., 1982. La función Paterna. Universidad Autónoma de Querétaro, México.

Gerez-Ambertín, M., 1993. Las voces del superyó. Bs. As. Manantial. Cap. XIII.

Julien Philippe, 1990. El amor al Padre en Freud, Litoral no. 9, Editorial La Torre Abolida, Argentina.

Julien Philippe, 1990. Seminario "La Función Paterna", México D.F., Julio 27-30 de 1990.

Lacan Jacques, 1958. Seminario 5. Las formaciones del inconciente, Clase 26, 11 de junio de 1958. Material Electrónico, Hipertextos Infobase.

(1957) Seminario 4. La relación de Objeto. Clase 3. El Significante y el Espíritu Santo. 5 de diciembre de 1956. Clase 6. La primacía del falo y la joven homosexual. 9 de Enero de 1957. Clase 12. La identificación con el falo. 6 de Febrero de 1957. Clase 13. Del complejo de castración. 13 de Marzo de 1957. Material Electrónico, Hipertextos Infobase.

(1962) Seminario 10. La Angustia- Clase 1. Del 14 de noviembre de 1962. Material Electrónico, Hipertextos Infobase.

(1975) Seminario 23. El síntoma y el padre (18 de Noviembre de 1975). Material Electrónico, Hipertextos Infobase.

- (1984) Escritos 2 (10ª Ed.), La significación del falo. Escritos2. Editorial Siglo XXI. México
- Laplache J. y J.B. Pontalis, 1983. Diccionario de Psicoanálisis (2ª Ed.), Editorial Labor, Barcelona.
- Leclaire Serge, 1991. Desenmascarar lo Real. El objeto en Psicoanálisis, Editorial Paidós, Bs. As.
- Massota Oscar, 1983. Lecciones de Introducción al Psicoanálisis (4ª Ed.), Editorial Gedisa.
- Nasio Juan D, 1982. La Forclusión y el nombre del padre, 10 de mayo de 1982. Material fotocopiado, (Traducción de Judith Santos)
- Pommier Gerard, 1982. Cuestiones (Sobre el final del análisis) Ed. Catálogos. Bs. As.
- Safouan, Moustapha, 1997. Malestar en el Psicoanálisis, Editorial: Nueva Visión
- Safouan, Moustapha, 1981. Estudios sobre el edipo (2ª Ed.), Editorial S. XXI, México. Primera Parte.